RELEER LOS POPULISMOS

DIALOGOS

KURT WEYLAND
CARLOS DE LA TORRE
GERARDO ABOY CARLES
HERNAN IBARRA

caap

Diálogos

RELEER LOS POPULISMOS

Kurt Weyland
Carlos de la Torre
Gerardo Aboy Carlés
Hernán Ibarra

caap
Centro Andino de Acción Popular

Serie: DIÁLOGOS

Título: RELEER LOS POPULISMOS

Autores: Kurt Weyland, Carlos de la Torre,
Gerardo Aboy Carlés, Hernán Ibarra

Ediciones: Centro Andino de Acción Popular –CAAP-
Diagramación: Martha Vinueza
Portada: Gisela Calderón
Impresión: Albazul Offset
Derechos Autor: 019361
ISBN: 9978-51-019-2
Febrero 2004
Quito-Ecuador

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
Fecha: 25 - marzo - 2004
Donado: CAAP

9709

INDICE

Presentación 5

Clarificando un concepto: "el populismo en el estudio de la política latinoamericana"
Kurt Weyland 9

Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo
Carlos de la Torre 51

Repensando el populismo
Gerardo Aboy Carlés 79

El populismo en la política ecuatoriana contemporánea
Hernán Ibarra 127

PRESENTACION

Asistimos a una creciente crisis de representación política, en tanto los partidos políticos se muestran incapaces de cumplir con su función de universalizadores de las demandas de las mayorías, cada vez más empobrecidas, de conversión de éstas en políticas públicas en las que prevalezca el bien común, otrora la razón de legitimación del Estado. Como señala H. Ibarra, en su artículo "La desinstitucionalización del Estado y la creciente desintegración social han incidido en la actual situación de pérdida de interés de la población por la política. Hecho común a América Latina que además según la CEPAL, muestra los más altos índices de inequidad y concentración de la riqueza.

De manera que este DIALOGOS, intenta por una parte, desentrañar esos "vacíos políticos", en los que emergen los populismos y la apropiación que el líder populista hace de estos escenarios; y por otra, más académica, contribuir al esclarecimiento del concepto, que según A. Moreano, citado por H. Ibarra, "ha transitado con éxito desde las ciencias sociales hacia el sentido común.

En su uso en el lenguaje común, el populismo tiene varias acepciones apareciendo como una especie de comodín comunicacional con el que se quiere visualizar, sin buscar ni querer explicar, situaciones tan diversas como el recurso a posturas circenses de tarima, de ciertos candidatos, hasta la negación a la aplicación de políticas de ajuste estructural que enarbolan determinados actores políticos.

Algo de ello observamos en las narraciones y comentarios de presentadores y periodistas en la última contienda electoral. Todo aquello que apelaba al sentimentalismo popular era calificado como populismo y el hacedor del mensaje: populista.

Al decir de B. Hernández San Juan, en su artículo publicado en el Boletín ICE Económico, número 2779, de Septiembre 2003, el fantasma del populismo recorre América Latina, aunque no le depara triunfos, anota una recurrente actitud de actores políticos que se manifiestan reacios a la aplicación de reformas económicas, que las considera necesarias para lograr el crecimiento de la región, aunque reconoce que las ya aplicadas han provocado que muchos "se sientan defraudados. Aquí, el populismo aparece como un sinónimo de gobiernos que confrontados a las tensiones sociales, tratan de optar, al menos en el discurso oficial, por la no aplicación de reformas (ajustes) económicas.

Roberto Laserna, en su artículo, Bolivia: entre populismo y democracia, publicado en el número 188 de la Revista Nueva Sociedad, asume el símil mencionado al señalar: "En las elecciones del 2002 la disputa electoral básica entre todos los candidatos, salvo Sánchez de Lozada, se dio por ocupar el espacio de «crítica al modelo» y tratar de aprovechar el renovado impulso populista. "Este se estaría manifestando.." por la emergencia de un nuevo movimiento populista, aunque tiene raíces profundas en la cultura política boliviana, y de orientación conservadora, en la medida en que los diversos actores agrupados en él buscan rescatar el pasado para enfrentar lo que consideran amenazas de la globalización y el capitalismo. "El populismo, según el mencionado autor, es una ideología que se traduce en una acción colectiva, de reacción conservadora que irrumpe en el vacío creado por la ausencia de una "convicción colectiva", en favor de la modernización y la democracia".

En un recorrido por las democracias de América Latina, C. Grzybowski, anota: "Tenemos una nueva versión de populismos de "descamisados" como en Venezuela y la vuelta al viejo populismo autoritario como en Haití". Esto en un "contexto de avasalladora globalización neoliberal". El énfasis está en las formas de expresión y protesta hacia la creación de una democracia que siente" las bases de un desarrollo humano sostenible, de ahí su referencia a los "descamisados" análogos a sus antecesores peronistas.

Del breve recorrido sobre algunos análisis políticos, se advierte una diversidad de usos y de lecturas sobre este fenómeno político. Ello nos advierte de la complejidad del problema y del uso del término. Por lo que es pertinente alcanzar mínimos acuertos que posibiliten su estudio y el debate. Como bien señala K. Weyland, en el artículo que publicamos, los desacuerdos conceptuales"... obstruyen el debate y la crítica..."

Varias interrogantes plantea el uso de un concepto y las valoraciones teóricas que subyacen y lo explican. K. Weyland, como él lo señala: "inspirado en las «guías para el análisis del concepto» de Sartori..." introduce tres estrategias para aclarar lo que denomina "conceptos difusos". Su preocupación se relaciona en como determinar "el espacio de dominio de un concepto y sus atributos de definición". Asumimos la pertinencia de la definición conceptual ya que nos permite comprender y explicar la realidad; tanto como efecto de conocimiento en sus relaciones conceptuales, como en la genealogía de uso. K. Weyland nos ofrece, en su recorrido crítico de las definiciones acumulativas, radiales y clásicas, un sólido aporte a la discusión.

Carlos de la Torre, en su trabajo: "Un balance crítico sobre los debates sobre el nuevo populismo, enfatiza que el populismo es una relación social que implica el cómo la gente común participa en la política; cuestiona así la rigidez conceptual por la que el populismo se define por ser antiinstitucional y antiorganización, atributos que les son dados a los partidos políticos, por lo que éstos adquieren características de atentados a la estabilidad democrática, según F. Gutiérrez, en el artículo: Democracia, economía y conflicto en Ecuador, publicado en el No. 50 de la Revista Análisis Político.

La ambigüedad del concepto parece haber conspirado para podernos explicar momentos políticos cruciales en la historia política del país, en los que el populismo, pudo haber actuado como una "de las formas de negociar esa tensión irresoluble entre la división y la homogenización de la comunidad política", citando a G. Aboy Carlés, en el artículo que publicamos, quien se pregunta: "¿Hay alguna utilidad pa-

ra el término populismo en las ciencias sociales? Existen rasgos comunes a los fenómenos intuitivamente asociados bajo esa nominación? Responde afirmativamente. Los trabajos que conforman este número de DIALOGOS, también.

Expresamos a Kurt Weyland nuestra gratitud por habernos permitido traducir y publicar su trabajo por supuesto a María Fernanda Lobos y Ana Lucía Torres que hicieron la traducción. A Marcelo Cavarozzi, director de la Revista Política y Gestión, por permitirnos reproducir el artículo de Gerardo Aboy Carlés, a quien también extendemos nuestro reconocimiento por su aceptación. La inclusión de este artículo no hubiese sido posible sin la generosa ayuda de Hugo Quiroga.

Con Carlos de la Torre nos une preocupaciones mutuas sobre el quehacer de las ciencias sociales en Ecuador, así como una profunda amistad, sus contribuciones a los caminos que se recorren desde el CAAP, se encuentran en varias publicaciones que hemos podido materializar. Con Hernán Ibarra mantenemos un permanente diálogo que nos enriquece, sus contribuciones nos alientan y enseñan. A ellos, nuestro agradecimiento.

CLARIFICANDO UN CONCEPTO CUESTIONADO: "EL POPULISMO" EN EL ESTUDIO DE LA POLÍTICA LATINOAMERICANA

Kurt Weyland

CLARIFICANDO UN CONCEPTO CUESTIONADO:
"El populismo" en el estudio de la política latinoamericana*

*Kurt Weyland***

Introducción

Los cientistas sociales comúnmente inspirados por teorías que compiten, enfatizan los diferentes atributos de un complejo grupo de características determinantes, cuyas diferencias en contenido producen diferencias en extensión, más aún cuando los académicos aplican los mismos términos para diversos tipos de casos. De ahí que sea poco claro cómo los hallazgos de un autor se aplican en los casos limitados por las diferentes definiciones de sus colegas, por lo que los desacuerdos conceptuales obstaculizan la acumulación de conocimiento. De hecho, los académicos pueden proteger sus argumentos de las críticas, atribuyéndoles resultados discordantes con las diferencias conceptuales. Debido a la carencia de una armonía conceptual, los autores comunican y entienden mal ("correr la voz") y no consiguen formular contraargumentos dirigidos y específicos. Esta fragmentación resultante en la comunidad académica obstruye el debate y la crítica que son el motor del progreso científico[1].

---

* La versión en inglés se publicó en Comparative Politics, Vol. 34:1, Octubre 2001. Traducido por María Fernanda Lobos y Ana Lucía Torres

** Profesor Asociado de la Universidad de Texas, Austin.

1 Por ejemplo, la literatura sobre democratización empezó a avanzar únicamente después de la superación de los largos debates sobre el concepto de "democracia," cuando surgió un consenso a favor de una definición mínima y de procedimiento, la cual ha permitido determinar el límite que un país debe cruzar para poder calificar como democrático.

Un concepto particularmente controversial es el de "populismo" Los académicos difieren no únicamente sobre los atributos específicos del populismo, sino también sobre su principal dominio. ¿Debe definirse el "populismo" en términos políticos, sociales económicos y/o de discurso? Debido a estos desacuerdos conceptuales, una gran variedad de gobiernos, partidos políticos, movimientos, líderes y políticas han sido calificados como "populistas" (De la Torre 2000: Cap. 2; Viguera 1993). Como resultado, los académicos han encontrado que el populismo tiene características radicalmente diferentes (ej. Roberts 1995 vs. Quijano 1998: 183- 197; Sachs 1989 vs. Weyland 1996).

Hacia salir de esta situación, algunos autores han optado por abandonar el concepto (Roxborough 1984: 14). No obstante, la comunidad académica ha rechazado el seguir este llamado y en la última década se ha visto una próspera literatura sobre populismo (Burbano 1998; Conniff 1999; De la Torre 2000; Dresser 1991; Gibson 1997; Grompone 1998; Knight 1998; Lynch 1999; Mayorga 1995; Oxhorn 1998; Philip 1998; Roberts 1995; Sanborn 1991; Viguera 1993; Weyland 1996). Evidentemente, muchos autores continúan viendo al "populismo" como a un concepto útil –incluso indispensable- para dilucidar la política latinoamericana contemporánea.

Por lo expuesto, este ensayo aplica un acercamiento diferente, inspirado por las "guías para el análisis del concepto" de Sartori (1984). Basándose en Knight (1998) y Weyland (1996), busca aclarar el concepto de "populismo" y proponer una nueva definición. Para situar al debate en un contexto sistemático, se distingue en primer término diferentes tipos de conceptualización; la segunda sección establece cual de ellos es el más útil para clarificar el "populismo"; la tercera sección redefine al "populismo" en una forma sistemática, determinando su dominio y *genus* (Sartori 1984), esclareciendo sus características específicas y distinguiendo dos subtipos.

I. Diferentes estrategias de conceptualización

La confusión conceptual persiste cuando los académicos enfatizan los atributos divergentes como características determinantes de

una noción; este problema es particularmente agudo cuando los autores difieren en el dominio de una idea, ya sea que se defina como un concepto político, económico, social y/o de discurso, o como un concepto múltiple que incluya todas estas esferas.

Existen tres estrategias para aclarar este tipo de conceptos difusos: acumulación, adición o redefinición. La acumulación elabora definiciones que combinan los atributos centrales enfatizados por diferentes académicos a través de un lógico "Y"; que se utiliza solamente, en casos en los cuales todas las características principales están presentes simultáneamente, calificando estos casos como instancias del concepto.

Por el contrario, la adición conecta los varios atributos propuestos por diferentes autores con un lógico "O"; en cualquier caso que tenga por lo menos una de las características determinantes bajo este concepto. Mientras solo los casos que comparten todos estos atributos son considerados como instancias completas, los casos que toman parte en algunas de estas características -no en otras- también son incluidos en la categoría general, pero como "subtipos disminuidos" marcados por adjetivos calificativos (Collier y Levitsky 1997). La adición crea entonces conceptos radiales (Collier y Mahon 1993)[2].

Finalmente, la redefinición identifica el dominio primario dentro de las diferentes esferas acentuadas por varios académicos y con propósitos determinantes descarta atributos de otras esferas (Sartori 1984:55-56). La redefinición se basa en una diferenciación lógica, principalmente en la distinción de atributos determinantes de características lógicamente accidentales (aunque empíricamente coincidentes). De ahí que la redefinición establezca conceptos clásicos. Estas definiciones "mínimas" contienen solamente los atributos que son necesarios y en conjunto suficientes para identificar las instancias de un concepto (Sartori 1984: 32-33, 54-57).

---

2 Este ensayo se refiere a los "conceptos radiales" presentados por Collier y Mahon (1993), no a los de Ostiguy (1992) que tienen una interpretación diferente.

¿Cuáles son las ventajas y desventajas de estas diferentes estrategias de conceptualización? Los conceptos acumulativos sitúan parámetros altos para una inclusión y mayor claridad, minimizando el peligro de "afirmaciones falsas". En cualquier caso en el que se encuentre este criterio claramente califica como una instancia de una noción, y por lo tanto, merece una investigación intensiva. Las definiciones acumulativas ayudan entonces a identificar los casos más promisorios para el análisis de un número pequeño de casos. No obstante, los conceptos acumulativos son problemáticos si las conexiones lógicas entre los atributos de diferentes dominios están abiertos a un cuestionamiento. Los acercamientos económico-estructurales, tales como las teorías marxistas que "derivan" políticas de su argumento socioeconómico base, proveen una justificación teórica para unir características de diferentes dominios. Pero para los académicos que rechazan el estructuralismo socioeconómico, los conceptos acumulativos son cuestionables porque estipulan conexiones causales o funcionales entre diferentes esferas por mandato de definición, en vez de dejarlas abiertas a una búsqueda empírica.

Más aún, los conceptos acumulativos son de uso empírico limitado si éstos poseen una extensión excesivamente limitada. Este problema aparece cuando los diferentes atributos estipulados en una definición acumulativa tienen pocas áreas de coincidencia (Sartori 1984:47). Bajo estas circunstancias, un concepto teórico rico tiene pocos –si no alguno- referentes empíricos.

Para evitar estos problemas, los académicos podrían transformar un concepto acumulativo en un **concepto radial**, incluyéndoles como subtipos disminuidos los casos en los cuales faltan uno o más atributos de definición. Atenuando los requerimientos para incluir casos en la definición, ésto se dirige hacia un concepto radial que contiene nociones de dominio múltiple más ampliamente aplicables y de ahí que se reduzca el peligro de las "afirmaciones falsas". Ofrece también un compromiso conceptual para los académicos de diferentes percepciones teóricas. Mediante la alineación de los atributos enfatizados por las di-

ferentes escuelas y el conocer las diferentes contribuciones teóricas, los conceptos radiales facilitan un acuerdo conceptual mínimo.

Sin embargo, los conceptos radiales bien pueden propiciar un pseudo-consenso al conducir a los académicos a aceptar un término aún sin estar de acuerdo con su significado. Al alinear la diversidad conceptual, se puede perpetuar –más que reducir- la confusión[3]. Este peligro es agudo porque los subtipos disminuidos coexisten con los subtipos clásicos que son instancias completas del concepto (Collier y Levitsky 1997: 435- 441, 450- 451). Por ejemplo, la "democracia electoral" no satisface todos los requerimientos de definición de la democracia (Collier y Levitsky 1997: 440), pero la "democracia delegativa" (O' Donnell 1994) sí. ¿Mantendrá íntegramente la comunidad académica estas claras distinciones?

Los conceptos radiales y acumulativos aumentan también el número de "conflictos de límite" porque estos engloban algunos atributos de diferentes dominios. Por lo tanto, los académicos tienen que decidir en varios frentes si un caso realmente debe someterse a un concepto. Por el contrario, los conceptos clásicos minimizan el conflicto de límites porque estos descansan en definiciones mínimas que se enfocan en un dominio y estipulan el menor número posible de características de definición. Los conceptos clásicos tienden a tener un tamaño de extensión razonable - un número intermedio de referentes empíricos- porque éstos no demandan simultáneamente la presencia simultánea de atributos de diferentes dominios, que puede ser infrecuente en la realidad empírica.

Más aún, los conceptos clásicos no descansan en el estructuralismo socioeconómico, al contrario, permiten la autonomía de diferentes dominios. Por lo tanto, éstos provocan que los académicos investiguen empíricamente las conexiones entre las características de definición y otros atributos hipotéticos más que determinarlos por su mandato de

3 Incluso Collier y Levitsky (1997: 450) admiten estos peligros.

definición, como los conceptos acumulativos lo hacen, o dejándolos completamente abiertos, como los conceptos radiales lo hacen.

Finalmente, los conceptos clásicos son por naturaleza parte de un sistema de conceptos. El procedimiento de *per genus et differentiam* sitúa una noción en referencia con los conceptos relacionados. De ahí que, mientras que la relación entre los conceptos acumulativos y radiales con conceptos del mismo tipo frecuentemente permanece poco clara, eso no es el caso con los conceptos clásicos, cuya definición requiere de una aclaración del "campo semántico" en su conjunto (Sartori 1984: 54- 56).

Sin embargo, los conceptos clásicos enfrentan un reto crucial, principalmente sobre cómo determinar el dominio de un concepto y sus atributos de definición. Frecuentemente es difícil identificar las características necesarias y articuladamente suficientes para clasificar un caso como una instancia de un fenómeno y para diferenciar estos atributos de definición de sus condiciones de fondo, causas, requerimientos funcionales, o consecuencias de un fenómeno, así como Sartori (1984: 54- 56) demanda. Por consiguiente, los académicos han cuestionado la factibilidad de los conceptos clásicos en las ciencias sociales (recientemente Gerring 1999: 363- 364). Esta particular confusión de la noción de populismo parece proveer el "mejor caso" (cf. Eckstein 1975) para esta posición escéptica.

Hacia la siguiente discusión se necesita evaluar las ventajas y desventajas de las diferentes conceptualizaciones de populismo. En particular, se fija en cómo son teóricamente justificables y empíricamente útiles los conceptos acumulativos y radiales y si una redefinición del populismo como concepto clásico es factible.

II. Divergentes conceptualizaciones de populismo

¿Qué tipo de concepto han usado los académicos para definir el populismo latinoamericano? Y ¿Qué tipo de concepto es más útil para este propósito? La siguiente revisión muestra que desde la década de los

60 hasta la de los 80, la mayoría de autores asumía conceptos acumulativos. Esta preferencia por las nociones de dominio múltiple fue inspirada por las teorías de desarrollo y subdesarrollo prevalecientes, tanto la teoría de la modernización como la de la dependencia tuvieron claras tendencias económico-estructuralistas: ellas asumían que los procesos socioeconómicos moldean y dirigen las políticas[4]. Los conceptos acumulativos de populismo también tenían bases empíricas porque muchas instancias del populismo clásico –que prevalecieron desde los 30 hasta los 60- o mostraban este síndrome de atributos determinantes. De ahí que, en ese entonces existían considerables características comunes entre las diferentes cualidades presuntas del populismo.

Sin embargo, las teorías de la modernización y la dependencia cayeron en descrédito en la década de los 70, los acercamientos económico-estructuralistas en general sufrieron un criticismo convincente. Más aún, las políticas populistas inesperadamente reaparecieron en los 80 y 90, en un contexto socioeconómico muy diferente al del populismo clásico. De hecho, algunos presidentes quienes alcanzaron y mantuvieron su labor a través de tácticas populistas, pusieron en marcha reformas neoliberales que se separaban radicalmente del "populismo económico". De esta manera, las características similares dentro de los presuntos atributos del populismo disminuyeron drásticamente.

Los académicos han respondido a esta disolución del paquete populista de diferentes maneras, muchos autores -como Di Tella (1997), Drake (1991, 1999), Lynch (1999), Nun (1994), Quijano (1998) y Vilas (1992 – 93, 1995)- continúan comprometidos con las definiciones acumulativas y por lo tanto se rehusan a aplicar la etiqueta populista a muchos de los nuevos movimientos, especialmente a aquellos que ponen en marcha al neoliberalismo; otros autores argumentan que incluso los gobiernos neoliberales aplican algunas particularidades del

4 La siguiente discusión de la teorías de la modernización y la dependencia se enfocan en las similitudes dentro y entre estas "escuelas" y no en las diferencias innegables entre autores individuales, algunos de los cuales avanzan más calificadamente, con visiones más cualificativas

populismo económico (Roberts 1995: 102-108; Palermo 1998) y por lo tanto, retienen una definición de populismo de dominio múltiple, pero en la versión "relajada" de los conceptos radiales (Roberts 1995: 89 –91). Finalmente, varios académicos redefinen al populismo como un concepto clásico, identificando a la política como su dominio central y declarando a las peculiaridades como lógicamente accidentales (Knight 1998; Mayorga 1995: 29-30; Mouzelis 1985; Taguieff 1995: 9; Weyland 1996). Estos autores no vacilan en llamar a líderes como los Presidentes Alberto Fujimori del Perú (1990 – 2000) y Carlos Menem de Argentina (1989 - 99) como "populistas".

La siguiente sección analiza más profundamente estos desarrollos conceptuales. Luego de discutir las nociones acumulativas que prevalecieron desde la década de los 60 a la de los 80, se enfoca en el renovado debate acerca del "populismo" en los 90. Este análisis establece las ventajas y desventajas de los tres tipos de conceptos que diferentes académicos han aplicado en los últimos años. La sección concluye en que la redefinición del populismo como concepto clásico tiene mayores posibilidades de mejorar la claridad conceptual.

1. Predominancia de las definiciones acumulativas

La mayor parte de las definiciones tradicionales del populismo latinoamericano fueron conceptos acumulativos que armonizaron varios atributos de dominios diferentes. En particular, estas asumían una conexión cercana entre las políticas populistas y sus raíces sociales, condiciones socioeconómicas de fondo y/o políticas sustantivas, especialmente programas económicos expansivos y generosas medidas distributivas.

La mayor parte de los autores percibieron un estilo personalista plebiscitario de liderazgo político como una característica determinante del populismo: un individuo carismático gana y ejerce el poder a través del mantenimiento de un contacto directo y sin mediadores con una masa desorganizado de seguidores (ej: Conniff 1982: 21- 22; Drake 1978: 2 – 3, 8; Weffort 1980: 69, 73-74; excepción: Di Tella 1965). No

obstante, este atributo político fue ampliamente visto como parte de un paquete de características sociales y económicas igualmente esenciales para la definición del populismo. Así mismo, los autores comúnmente acentuaban la base social heterogénea del populismo, definida como una masa amorfa (Di Tella 1965; Germani 1974); un movimiento urbano de múltiples clases (Conniff 1982: 13-23; Drake 1978: 2-13; Drake 1982: 218; ver también Collier y Collier 1991: 788); o como una amplia alianza de clases urbanas (Ianni 1975: 121-122, 137-177; Jaguaribe 1985: 13-17; Weffort 1980: 75). Ellos también enfatizaron en la búsqueda de las políticas económicas expansionistas y desarrollistas y en la extensión de beneficios sociales, por ejemplo, la provisión de incentivos materiales como instrumentos cruciales para el mantenimiento del apoyo de las masas (Cardoso y Faletto 1979: 138- 143; Drake 1978: 2-4, 8- 10; O' Donnell 1979: 53- 57). Finalmente, muchos autores situaron al populismo históricamente dentro de ciertas etapas de desarrollo, así como la transición de la sociedad tradicional a la moderna (Di Tella 1965; Germani 1974: caps. 5, 8, 9); el surgimiento de la sociedad de masas después de la caída del régimen oligárquico (Jaguaribe 1985: 7-17; ver también Collier y Collier 1991: 161- 168, 788); o la reciente, etapa "fácil" de industrialización por sustitución de importaciones –ISI- (Cardoso y Faletto 1979: cap. 5; O' Donnell 1979: 53- 57; Malloy 1977: 5- 10).

Estas definiciones acumulativas reflejan las teorías de desarrollo prevalecientes en aquella época, las cuales postulan una conexión cercana entre los factores políticos y socioeconómicos. Tanto la teoría de la modernización como la de la dependencia asumen que la política es moldeada por procesos sociales y económicos. Comparten la idea de que las políticas tienen autonomía relativamente limitada –"autonomía relativa"– de las estructuras y los procesos[5] socioeconómicos. Esta premisa sugiere definiciones de populismo como un paquete de características políticas y socioeconómicas.

---

5 Ver por ejemplo las definiciones de dominio múltiple de "el Estado" en la teoría de la dependencia (críticas en Remmer y Merkx 1982: 6-7).

Específicamente, la teoría de la modernización mantiene que el rápido avance de la urbanización, la industrialización y la educación genera una explosión de participación masiva, quebranta los regímenes políticos tradicionales, obstaculiza el establecimiento gradual de nuevos regímenes institucionalizados y de este modo da origen a tipos de regímenes inestables, tal como el populismo (Di Tella 1965; Germani 1974: caps. 5, 8,9; Jaguaribe 1985: 7- 17). En un análisis inspirado por otro tipo de estructuralismo económico, la teoría de la dependencia establece que la incorporación de países periféricos en el sistema capitalista mundial y sus distorsiones económicas y sociales resultantes, obstruyen el surgimiento de una clase hegemónica capaz de instaurar un gobierno estable. Combinado la heterogeneidad estructural y la fragmentación de las clases populares, este "vacío político" (Weffort 1980: 159) conduce a la formación de alianzas de clase temporales tensas que se mantienen por medio de líderes personalistas, dando lugar al surgimiento del populismo (Cardoso y Faletto 1979: cap. 5; O'Donnell 1979: 53- 57; Ianni 1975; Weffort 1980: caps. 3, 7; Malloy 1977: 5- 12).

Las teorías de la modernización y la dependencia son también aportes historicistas: ambas asumen que la historia tiene una dirección. La teoría de la modernización postula el progreso, mientras que la teoría de la dependencia diagnostica un estancamiento y declive ("el desarrollo del subdesarrollo"), pero llama a un cambio radical para concientizar el potencial histórico del progreso. En estos grandes esquemas, el populismo aparece como una fase de desarrollo histórico. Las teorías de la modernización y la dependencia incluyen atributos determinantes que sitúan históricamente al "populismo" –durante la temprana fase de movilización social.

Así, la preferencia por definiciones acumulativas que enlazaron las características políticas con los atributos sociales y económicos y especificaron la ubicación histórica del populismo se derivó lógica y consecuentemente de las aseveraciones básicas de las teorías de desarrollo predominantes. De hecho, las definiciones acumulativas se volvieron tan consensuales que fueron adoptadas aún por los académicos que no estaban comprometidos con las teorías de modernización y dependen-

cia (ej: Dix 1985). En particular los historiadores que al no estar comprometidos con las amplias generalizaciones pueden por consiguiente, conferir conceptos a contextos históricos específicos, abarcaron las nociones de dominio múltiple sobre populismo (ej: Conniff 1982: 13-23; Drake 1978: 2- 13; 1982: 218).

Ciertamente, en la década de los 70 este consenso empezó a desgastarse lentamente; la principal razón teórica era el creciente énfasis en la autonomía de la política, inclusive entre académicos marxistas. Los autores empezaron a cuestionar las fuerzas determinantes de la "estructura" socioeconómica y enfatizaron la importancia de la "superestructura" política y cultural. Este cambio teórico contribuyó a nuevas conceptualizaciones del populismo, especialmente el enfoque de Laclau sobre el discurso populista[6]. Collier y Collier (1991: 788) han modificado también los conceptos acumulativos prevalecientes de populismo: mientras incluían atributos políticos, sociales y de discurso en las definiciones, ellos enfatizaban "la relativa autonomía de lo político" (10-12) y desvinculaban al populismo de una etapa específica del desarrollo económico.

Sin embargo, durante muchos años, las nociones acumulativas de populismo que asignaban una importancia crucial a los factores socioeconómicos fueron ampliamente aceptadas; de hecho, estas complejas definiciones fueron muy útiles para la búsqueda empírica de la época porque reflejaban bastante bien el síndrome de rasgos políticos y socioeconómicos que caracterizaban al populismo clásico, que prevaleció desde los años 30 hasta los 60. Durante este período una estrategia política populista tendía a ser asociada con una base social compuesta por múltiples clases sociales que tenía en su centro a la clase trabajadora; con políticas económicas desarrollistas y la expansión de programas sociales; con tempranas fases de industrialización y/o movilización so-

6 Laclau 1981; discusión en Roxborough 1984: 10; ver también O' Donnell 1979: 288-294, recientes elaboraciones sobre "lo popular" en De la Torre (2000), Ostiguy (1997), Schedler (1996).

cial aceleradas. Siendo así, que durante estas décadas, los atributos de diferentes esferas establecidas en definiciones acumulativas de populismo, a menudo coincidían en sus características.

Ciertamente, no todas las experiencias calzan perfectamente bajo estos conceptos acumulativos[7]. Por ejemplo, durante el gobierno de José Battle y Ordóñez en Uruguay se extendió la participación masiva, poniendo en marcha generosos programas de bienestar en un contexto preindustrial; de manera similar, José María Velasco Ibarra en Ecuador, utilizó tácticas políticas populistas en una nación pobre y agrícola, que no tenía suficientes recursos para generosos programas distributivos. De esta manera, las políticas populistas no siempre estuvieron acompañadas por las presuntas características socioeconómicas del populismo. Por otro lado, Lázaro Cárdenas en México, se centró no solamente en grupos urbanos –tal como las definiciones prevalecientes de populismo en Latinoamérica estipulaban[8]- sino que también extendió la movilización masiva al campo (Dix 1985: 35-39). Es así que hubo varios casos que no concordaban con todas las características centrales estipuladas en las definiciones acumulativas existentes de populismo. Pero un buen número de casos cumplían la mayor parte de estos parámetros determinantes. Como resultado, los académicos empíricamente orientados no vieron problema alguno en abarcar un concepto de populismo que cubra diferentes dominios.

2. Desafíos emergentes a las definiciones acumulativas

Este síndrome del populismo –descrito tendencialmente como una combinación de demagogia política, inestabilidad organizacional,

---

7 Roxborough (1984: 11-14) cuestiona la aplicabilidad de los conceptos acumulativos tradicionales de populismo, incluso sus casos "clásicos", los gobiernos de Juan Perón, Getulio Vargas y Lázaro Cárdenas, pero su desafío se basa en demandas cuestionables concernientes a la autonomía de la clase trabajadora.

8 El enfoque urbano es la principal diferencia en el populismo latinoamericano de sus predecesores en Rusia y los Estados Unidos (Conniff 1982).

irresponsabilidad económica y excesiva generosidad distributiva- fue uno de los enemigos que los regímenes militares de los 60 y 70 buscaron extirpar. No obstante, las políticas populistas sobrevivieron al embate y experimentaron un asombroso resurgimiento en los años 80 y 90; en un contexto socioeconómico diferente. Algunos de los antiguos protagonistas del populismo clásico, como Leonel Brizola y Miguel Arraes en Brasil, lograron un éxito electoral considerable en las nuevas democracias (Perruci y Sanderson 1989; Castro Rea, Ducatenzeiler y Faucher 1992). Además, surgió una nueva generación de líderes que retenían muchos –pero no todos- de los elementos del síndrome de populismo clásico, destacándose Alan García en Perú (Sanborn 1991). Finalmente, otra ola de líderes personalistas utilizó estrategias políticas populistas para alcanzar y mantener el poder, pero puso en marcha políticas neoliberales que eran completamente diferentes de los programas populistas clásicos y que buscaban eliminar los legados socioeconómicos de éste (Roberts 1995; Weyland 1996).

Esta proliferación inesperada de líderes personalistas que dirigieron el apoyo de masas ampliamente desorganizadas, pero que divergieron claramente de las políticas asociadas al populismo clásico- constituyó un reto conceptual para los académicos. Principalmente, la creciente divergencia de las estrategias políticas populistas y las características socioeconómicas del populismo clásico llamaban a cuestionar las definiciones acumulativas. Los diferentes atributos que han sido descritos como partes integrales de un síndrome coherente, evidentemente han tenido muy poca coincidencia empírica; de hecho, ninguno de los nuevos líderes desplegó todas las características determinantes estipuladas por las nociones acumulativas. ¿Fue necesario desatar el conjunto de atributos que cubría diferentes dominios? ¿Quiénes de entre los nuevos líderes personalistas deben ser clasificados como populistas?

Los defensores de las nociones acumulativas enfrentaron el problema del desliz conceptual; fue difícil negar a los viejos populistas que estaban en retorno político –como Brizola- la etiqueta populista. Aún si estos líderes eran clasificados como populistas, se volvió imposible sujetar el concepto a un contexto socioeconómico específico, como es

el del "fácil" ISI (Perruci y Sanderson 1989). El resurgimiento del viejo populismo en los años 80, liberó el concepto de populismo. Consecuentemente, Alan García debe también llamarse populista porque además de utilizar tácticas populistas, sostiene políticas socioeconómicas similares a las de Brizola. Esta ulterior extensión del concepto eliminó una característica adicional del populismo clásico, principalmente el recurrir a los trabajadores; García traspasó largamente la clase trabajadora industrial y calificó a un sector electoral central diferente, el sector urbano informal (Sanborn 1991: 293-294, 340-349, 363-364). Si el "populismo" se extendiera aún más lejos hasta cubrir a Menem, Fujimori, Fernando Collor de Brasil (1990-92) y Abdalá Bucaram de Ecuador (1996-97), las características socioeconómicas restantes tendrían que ser abandonadas y el concepto se tornaría en una categoría puramente política.

De este modo, la recuperación del populismo y la proliferación de líderes personalistas hacen dudar las definiciones acumulativas porque disuelven la conexión cercana entre los atributos políticos del populismo y sus presuntas características socioeconómicas. ¿Pueden prosperar las políticas populistas fuera de su contexto socioeconómico propuesto e inclusive pueden desligarse de las políticas socioeconómicas del populismo clásico? Los desarrollos políticos que han intensificado drásticamente las divergencias entre las distintas características del populismo han postulado de esta forma desafíos conceptuales para las nociones acumulativas.

Adicionalmente, las justificaciones teóricas para las definiciones acumulativas del populismo enfrentaron una crítica incisiva, dado que las teorías de la modernización y la dependencia fueron desacreditadas en la década de los 70; la aseveración central que compartían ambos enfoques produjo particularmente un rechazo agudo, sobretodo un reclamo acerca del postulado de que las estructuras y los procesos socioeconómicos eran más importantes que las políticas y al contrario daban forma a éstas últimas. Específicamente, contrariando a la teoría de la modernización, la urbanización, la industrialización y la expansión de la educación no conducen automáticamente hacia la democratización

política (Huntington 1968). A diferencia de la teoría de la dependencia, los constreñimientos económicos creados por el capitalismo internacional no giran hacia los debilitados estados tercermundistas vis-à-vis, a las fuerzas y a los actores económicos externos que no preceden a una democratización política doméstica (Packenham 1992). Rechazando el estructuralismo socioeconómico que inspiró a ambas teorías, modernización y dependencia, muchos autores de finales de los 70 han reafirmado la autonomía de la política (Krasner 1984; Skocpol 1985).

Este rechazo al estructuralismo socioeconómico tuvo un impacto profundo en la formación del concepto que fue más allá de la noción misma de populismo, lo cual estimuló un replanteamiento de otros conceptos que usualmente habían sido definidos de forma cumulativa. Es de mayor importancia el que los académicos hayan criticado las nociones de dominio múltiple sobre la democracia y hayan adoptado las definiciones clásicas que enfatizaban las características político institucionales. Los autores que examinan las transiciones de los gobiernos autoritarios, en particular, coincidían en las definiciones mínimas y de procedimiento, y eliminaron las características más ambiciosas, tal como las políticas de aumento de la equidad (O'Donnell y Schmitter 1986: 7-14). De ahí que, la renovada insistencia en la autonomía de la política quebrantó los conceptos acumulativos en general y activó redefiniciones de las nociones centrales de las ciencias sociales.

En lo concerniente al "populismo", el descrédito de las teorías de modernización y dependencia minó la justificación teórica de las definiciones acumulativas del concepto, así como las aseveraciones historicistas que yacían bajo estos dos acercamientos que se volvieron cuestionables: El populismo ya no pudo limitarse solamente a un nivel específico de movilización social ni a un tardío desarrollo dependiente como el de una economía del ISI (Perruci y Sanderson 1989: 34-36). Mientras los enunciados acerca de las bases sociales de la política enfrentaban una creciente crítica, no tenía mucho sentido definir al populismo a través de bases sociales específicas, como por ejemplo los trabajadores organizados (Sanborn 1991: 47, 340-349, 382). Los académicos alineados con el renovado énfasis en la autonomía de la política, empezaron

a dudar sobre si las estrategias políticas asociadas con el populismo necesariamente caminaban junto a ciertas políticas económicas y sociales (Knight 1998: 240-244). De ahí que, la crítica contra la modernización y la teoría de la dependencia inspiró la revisión de las nociones acumulativas de populismo.

3. ¿El resurgimiento del populismo: definiciones acumulativas, radiales o clásicas?

Las nociones acumulativas de populismo que se extienden a diferentes dominios, enfrentan un doble desafío: el resurgimiento del populismo político, al margen del contexto socioeconómico del populismo clásico, y el cuestionamiento teórico del estructuralismo socioeconómico. ¿Cómo han respondido los estudiosos del populismo a estos problemas teóricos y empíricos? En particular, ¿cómo han conceptualizado las nuevas experiencias de liderazgo personalista que despliegan algunas características del síndrome del populismo clásico, mientras otras no?, ¿Ha surgido una nueva definición consensual de populismo, o varios autores abarcan diferentes tipos de conceptos? ¿Si el desacuerdo prevalece, qué tipo de definición es más útil?

La literatura sobre líderes políticos personalistas de los años 1980 y 1990 revela una fuerte discrepancia en el uso de la etiqueta populista. Mientras algunos autores mantienen el compromiso con las nociones acumulativas, otros buscan adaptar estos conceptos tan complejos, a una creciente diversidad de experiencias populistas mediante la redefinición del populismo como un concepto radial. Otros autores, sin embargo, dejan atrás las definiciones de dominio múltiple, descartan las características socioeconómicas como atributos determinantes del populismo, conceptualizándolo en términos políticos y de esta forma adoptan un concepto clásico.

La principal controversia se centra en cómo clasificar a los líderes personalistas que ponen en marcha reformas de mercado y que cuentan con un apoyo popular masivo. Muchos académicos -especialmente autores de extracción marxista- asumen que el neoliberalismo

viola los intereses "populares" y que es por esto "excluyente" e impopular. Estos rechazan el llamar populistas a presidentes tales como Carlos Menem y Alberto Fujimori - como líderes personalistas que sustentaban su gobierno por medio de las masas-. Otros académicos de diferentes orientaciones teóricas apuntan al hecho de que Menem y Fujimori obtuvieron niveles altos y duraderos de aprobación popular que creó un soporte masivo, crucial para su estrategia de gobierno, y por lo tanto estos líderes son calificados como populistas.

El primer grupo de autores se mantiene comprometido con las definiciones acumulativas del populismo (Lynch 1999; Nun 1994; Quijano 1998; Vilas 1992-93, 1995). En particular, insisten en políticas económicas desarrollistas y nacionalistas y generosos programas sociales como atributos indispensables del populismo (Igualmente Drake 1991; 1999: 63; Mauceri 1997: 900, 909; Gibson 1997: 340). De hecho, Lynch (1999), Quijano (1998) y Vilas (1992-93) se adhieren también al estructuralismo económico. Por estas razones, critican a los académicos que clasifican como populistas a Menem, Collor y Fujimori de promover una distorsión conceptual (à la Sartori 1970).

Sin embargo, este conservadurismo conceptual subestima las importantes similitudes del estilo y la estrategia política entre los "verdaderos populistas" y los líderes personalistas que cuentan con el apoyo popular masivo y practican el neoliberalismo. Esto conduce a un particularismo excesivo en la formulación del concepto que "en última instancia" parece basarse en un estructuralismo socioeconómico teóricamente cuestionable. La insistencia en los atributos socioeconómicos exagera también los compromisos políticos sustantivos de los líderes populistas. Más que abarcar programas de desarrollo específicos, incluso los populistas clásicos eran flexibles y oportunistas (Lambert 1969: 204, 208). En Argentina, por ejemplo, Juan Perón adoptó políticas económicas expansionistas a finales de los 40, pero impuso ajustes ortodoxos a principios de los 50. Por consiguiente, las definiciones tradicionales de dominio múltiple no corresponden a la adaptabilidad y al oportunismo característicos de los líderes populistas.

Por esto muchos autores han abogado por una innovación conceptual. En una contribución particularmente interesante e importante, Roberts (1995: 88-89) ha redefinido al populismo como un concepto radial. Estipula cinco características que tradicionalmente han sido asociadas con el populismo, principalmente "un liderazgo personalista y paternalista"; "una coalición política heterogénea y de varias clases"; "un proceso de movilización política que atraviese las formas de mediación institucionalizadas"; "una ideología amorfa o ecléctica" y "un proyecto económico que utilice métodos redistributivos o clientelistas bien difundidos" (Roberts 1995: 88). Mientras la presencia simultánea de los cinco atributos caracteriza al populismo en su máxima expresión, la presencia de algunos -pero no todos- de los mencionados atributos, establece subtipos disminuidos que también caen bajo la rúbrica general de populismo.

Esta reconceptualización preserva la naturaleza de dominio múltiple del concepto, pero relaja el requerimiento para la coexistencia simultánea de diferentes atributos determinantes. De ahí que Roberts proponga un compromiso conceptual que pueda ser aceptable para los académicos con diferentes puntos de vista. Los estructuralistas socioeconómicos pueden enfocarse en el área central, eso es, en los casos en que los distintos atributos determinantes coinciden en sus características; los académicos que quieran aplicar más ampliamente el concepto pueden invocar los subtipos disminuidos que carecen de algunos de estos atributos.

No obstante, esta capacidad de los conceptos radiales para acomodar las diferentes nociones específicas, también crea el riesgo de perpetuar y legitimar la confusión: Varios autores talvez van a adoptar un mismo término, pero asociar diferentes significados a él; por ejemplo, tanto Knight -quien defiende una definición política del populismo (Knight 1998: 226-227)- como Greskovits -quien aplica una definición económica (Greskovits 1998: 99-101)-, someten sus diferentes nociones bajo el concepto radial de Roberts (Knight 1998: 224, 248; Greskovits 1998: 100). Adicionalmente, la connotación peyorativa de "subtipos disminuidos" puede inducir a los académicos a la búsqueda del

área central en la que coincidan las características determinantes; así, implícitamente van transformando su concepto radial en un concepto acumulativo. Por ejemplo, para demostrar que Fujimori califica como populista, Roberts (1995:102-108) clasifica los limitados programas anti-pobreza adoptados en Perú bajo un marco general de ajuste estructural, como populismo económico. Este esfuerzo para probar que Fujimori cumple con todos los atributos determinantes del populismo constituye una distorsión conceptual. En suma, los conceptos radiales pueden crear más confusión que claridad.

Por estas razones, parece aconsejable abandonar las nociones de dominio múltiple -tanto las acumulativas como los conceptos radiales- y redefinir al "populismo" como un concepto clásico ubicado en un único dominio. Esta reconceptualización mejora la claridad al identificar el dominio central del populismo mientras descarta atributos de otras esferas que no son esenciales. Mientras que los conceptos acumulativos y radiales requieren que la extensión de una noción sea delimitada en diferentes dominios y de esta manera creen múltiples "conflictos limítrofes", los conceptos clásicos enfatizan un dominio y por lo tanto facilitan la delimitación de la extensión del "populismo". Más allá, los conceptos clásicos calzan en un sistema jerárquico de conceptos mientras que la relación entre los diferentes conceptos acumulativos o radiales -que crean una amplia zona gris de instancias imperfectas o subtipos disminuidos- es menos clara.

Para definir al "populismo" como un concepto clásico se necesita primero identificar su dominio principal. El resurgimiento de viejos y nuevos populistas en los 80 dificulta el uso de una ubicación histórica (ejemplo, el "fácil" ISI) como un asidero determinante. De igual manera, el hecho de que neopopulistas como García se hayan dirigido primero al sector informal urbano y no al de trabajo industrial, elimina cualquier fundamento de clase como base del populismo. Por consiguiente, la política socioeconómica o el estilo y la estrategia política continúan siendo los candidatos más promisorios. Recientes debates entre los seguidores de las nociones clásicas, de hecho, se han centrado en el populismo económico (Sachs 1989; Dornbusch y Edwards 1991)

versus el populismo político (Knight 1998; Mouzelis 1985; Philip 2000; Taguieff 1995; Weyland 1996).

¿Qué tipo de definición es preferible? La definición económica de populismo es confusa para los análisis políticos porque engloba bajo la misma nominación a líderes tan diversos como el populista clásico Juan Perón, el neopopulista Alan García, el conservador José Sarney y el marxista Salvador Allende (Sachs 1989: 17-23; Crítica en Knight 1998: 241-243). Es también lógicamente cuestionable porque no clarifica si la irresponsabilidad económica que esta definición asocia al populismo se debe al diseño o al mero constreñimiento. Las políticas económicas expansivas pueden resultar de una decisión gubernamental deliberada, del rechazo parlamentario a un aumento de impuestos diseñado para financiar un gasto adicional, o de un administrativo incapaz de recuperar la elevación de los impuestos que el Congreso aprobó. Dado que el resultado es idéntico, los tres casos parecen ser de populismo económico, pero este sometimiento de diferentes experiencias bajo el mismo concepto es problemático.

Una definición política de populismo es entonces preferible. Ésta conceptualiza al populismo como la forma específica de competencia y de ejercicio del poder político. A la vez, sitúa al populismo en la esfera de la dominación y no de la distribución. Primero y principalmente, el populismo da forma a patrones de reglamentación política, y no a la distribución de beneficios o pérdidas socioeconómicas. Esta redefinición política captura de mejor forma el objetivo básico de los líderes populistas, principalmente el ganar y ejercer el poder mientras utilizan políticas económicas y sociales como un instrumento para este propósito. Por lo tanto, esta reconceptualización está más acorde con el oportunismo de los líderes populistas y la carencia de un compromiso firme con políticas sustantivas, ideas o ideologías[9].

---

9 Knight 1998. La naturaleza instrumental del populismo se vuelve evidente en el caso de Getlio Vargas, quien condujo un gobierno autoritario y no populista desde 1937 hasta 1945, y adoptó una estrategia populista únicamente cuando enfrentó un fuerte desafío democratizador en 1945 y buscó reconquistar el poder en la nueva democracia (French 1992).

Al juntar la retórica anti-élite y desafiar al status quo, el populismo descansa en la distinción entre "amigo vs. enemigo" que es constitutiva de la política (Schmitt 1987: 26-37; Krasner 1984: 224-225). Históricamente, surge como una promesa del líder para proteger a "la gente" de un enemigo pernicioso (Novaro 1989: 96- 97). Originado en un conflicto real o imaginario, el populismo es esencialmente político y por lo tanto, es mejor definido en términos políticos.

III. Una redefinición política del populismo

1. La dimensión ampliada (genus) del populismo

Las definiciones clásicas utilizan un acercamiento sistemático y jerárquico que empieza por identificar la dimensión ampliada de un concepto (*Genus*). ¿Cuál es el *genus* del populismo? Algunos autores conceptualizan al populismo como un estilo político (Knight 1998: 226,233; Taguieff 1995: 9; Viguera 1993: 53, 62); otros ven a éste como una estrategia política (Ducatenzeiler, Faucher y Castro Rea 1993: 175; Weyland 1996: 5). Un "estilo político" denota la forma de hacer política y enfatiza los aspectos expresivos del populismo, incluyendo su discurso. Sin embargo, el "estilo político" es muy amplio, no es un concepto claramente delimitado: muchos líderes a los cuales algunos de los investigadores no clasificarían como populistas (tal como José Sarney en Brasil), ocasionalmente imitan, elementos del estilo populista, especialmente en campañas electorales. Entonces, al definir el populismo como un estilo político, se arroja una red conceptual que es demasiado amplia y que no permite una clara delimitación de los casos.

Por el contrario, una "estrategia política" se enfoca en los métodos y los instrumentos para ganar y ejercer el poder, el sustento de la reglamentación política. Las estrategias políticas están caracterizadas por la principal base de poder (Anderson 1967: 89- 101) que el actual gobernante o líderes que aspiran a ser gobernantes despliegan. Una "estrategia política" está entonces mejor delimitada que un "estilo político": ésta engloba únicamente a los líderes que basan su dominación en cierta base de poder y no a aquellos que ocasionalmente utilizan esta base de poder.

Los actores políticos pueden hacer uso de diferentes estrategias para ganar y mantenerse en el poder del gobierno. Una simple clasificación distingue tres tipos de actores políticos -individuales, grupos informales y organizaciones formales- y dos bases de poder fundamentales, principalmente números (como aquellos demostrados en votos, encuestas electorales y encuentros masivos) y el peso especial, particularmente recursos socioeconómicos o la coerción militar (Weyland 1995: 128-129). La intersección de estas dos dimensiones da lugar a una variedad de estrategias políticas y de tipos de gobierno.Por ejemplo, bajo el caudillismo, un individuo basa su ordenamiento en el poder militar; en una oligarquía, un grupo informal dominante se apoya en el peso económico y en el prestigio social. El populismo emerge cuando un líder individual (personalista) utiliza el apoyo de la gran masa poblacional como la base de su sustento político.

Tabla 1: Estrategias de Gobierno
(Tipo de gobernante, base principal de poder y la relación del gobernante con su base de apoyo)

TIPO DE GOBERNANTE	CAPACIDAD PRINCIPAL DE PODER			RELACION DEL GOBERNANTE CON LA BASE DE APOYO
		Peso Especial		
	Númeración	Recursos Socio-Económico	Coerción Militar	
Individual	Populismo	Patrimonialismo	Caudillismo	Fluida y Desorganizada
Grupo Informal	Clientelismo	Oligarquía	Gobierno por Facción Militar	Lazos informales Firmes
Organización Formal	Partido de Gobierno	Corporativismo	Gobierno por Institución Militar	Vínculos Organizacionales Estables

Nota: Las columnas derecha e izquierda se refieren a la misma dimensión pero se nfocan en diferentes ángulos.

2. *Una definición sistemática de populismo*

El populismo emerge cuando un líder individual busca o ejerce el poder gubernamental basándose en el apoyo de un gran número de seguidores (Weyland 1995: 128-130). De ahí que, las elecciones, los ple-

FLACSO - Biblioteca

biscitos, las demostraciones de masa y los actuales escrutinios de opinión, sean los instrumentos cruciales con los cuales los líderes populistas movilizan y demuestran la base de poder que los distingue. Los aspirantes populistas buscan con urgencia el apoyo de grandes masas desorganizadas para acceder al poder gubernamental; y los presidentes populistas constantemente invocan el apoyo masivo para incrementar su propia influencia y para destruir las bastiones institucionales de sus oponentes.

En situaciones de crisis, en las cuales los líderes populistas enfrentan la amenaza de perder el poder, se vuelve más evidente el que el respaldo de un gran número de ciudadanos comunes es el fundamento esencial del populismo. Cuando los líderes se sienten presionados, invocan –y de esta forma revelan- la *última ratio* del populismo: el apoyo masivo. Por ejemplo, el desbordante apoyo a Juan Perón el 17 de Octubre de 1945 fue el momento crucial del populismo Peronista. Alberto Fujimori estableció su predominio en la política peruana y controló a sus aliados –especialmente militares- mediante la impresionante adquisición de alta popularidad con su *autogolpe* en Abril de 1992 y su posterior desempeño presidencial. Rafael Caldera de Venezuela (1994–1999) salió victorioso de un peligroso conflicto constitucional luego de amenazar con llamar a un plebiscito, el mismo que estaba prácticamente ganado debido a su gran popularidad (Philip 1998: 84). Y Fernando Collor invocó los 35 millones de votos que ganó en la elección presidencial de 1989 cuando enfrentó graves acusaciones de corrupción en 1992[10]; pero los partidarios de Collor habían desaparecido y él sufrió una infame acusación y remoción de la silla presidencial. Todos estos casos muestran que el populismo descansa primera y principalmente en el apoyo masivo de la población.

---

10 Al contrario, el Presidente Clinton de los Estados Unidos no invocó demostraciones de masa, ni llamó a un plebiscito cuando enfrentó procedimientos incriminatorios en 1998; de igual manera, cuando la Asamblea Constituyente del Brasil intentó reducir los poderes presidenciales en 1987 - 88, el afectado José Sarney no apeló a las masas sino a los políticos clientelistas y a los militares.

El apoyo de la masa popular puede tener diferentes niveles de organización e institucionalización. Dado que bajo el populismo, el gobernante es un individuo –un líder personalista- la conexión entre líder y seguidores se basa principalmente en el contacto directo y casi personal y no en la mediación organizativa. Al contrario, cuando el apoyo masivo está garantizado a través de estructuras institucionales formales, el "gobernante" efectivamente es parte de una organización, usualmente un partido establecido; y cuando un grupo no organizado formalmente gobierna delineando el apoyo de un gran número de personas, los seguidores están ligados a los líderes a través de extensas y duraderas redes clientelistas[11]. En lugar de una fuerte organización provista por un partido institucionalizado y con conexiones estables fijadas por medio de lazos clientelistas, la relación entre líderes populistas y el electorado es fluida y no institucionalizada. La lealtad de los seguidores puede evaporarse rápidamente si el líder falla al llenar las expectativas populares; este declive en la popularidad amenaza al fundamento del gobierno populista y puede catalizar su colapso.

Para compensar la fragilidad del apoyo de masa, los líderes populistas buscan crear conexiones particularmente intensas con sus partidarios. Lograr tal intensidad requiere carisma[12], el cual en la era de la soberanía popular significa una capacidad "sobrenatural" de representar y gobernar "al pueblo", de rescatarlo de la adversidad y guiarlo al progreso. Por consiguiente, los líderes populistas demuestran constantemente su cercanía "al pueblo" y estimulan la identificación popular con su liderazgo. Ellos buscan contacto cara a cara con la masa, hoy en día a través de la televisión; también actúan en formas que personifiquen y vivan los sueños del "hombre común" (De la Torre 2000); así mismo prometen "incluir" a la gente común que largamente ha sido rechazada, en la corriente principal del desarrollo y protegerla de fuerzas

11 Para la diferencia entre populismo y clientelismo, ver especialmente a Mouzelis (1985).

12 Por lo tanto, el carisma tiende a ser una característica empírica de los líderes populistas, pero no es un requisito determinante.

siniestras e implantar en sus seguidores un sentido de misión, para transformar el status quo y trascender los confines del marco institucional establecido, a fin de encontrar la emancipación bajo su guía redentora (Novaro 1996). De esta manera, los líderes populistas utilizan la potencia del carisma para mantener su base de seguidores constantemente fluida.

Sin embargo, para consolidar su gobierno, muchos líderes populistas eventualmente buscan "hacer de su carisma una rutina" (Weber 1976: 142-148, 661-687) y solidificar la masa de seguidores introduciendo elementos de organización partidaria o clientelar. La relación sigue siendo populista en la medida que el partido tenga bajos niveles de institucionalización y deje al líder un espacio amplio para moldear y dominar la organización del mismo (Ver Panebianco 1988: Cap. 8); y en tanto la distribución clientelista de beneficios sea un instrumento de demostración de interés personal del líder hacia sus seguidores y de una capacidad "sobrenatural" para resolver problemas (De la Torre 2000; Mayorga 1998: 122-124). Pero cuando se consolida la organización del partido, y de esta forma se constriñe la libertad del líder, cada vez más fuertemente, convirtiéndolo en un funcionario del partido, o cuando el clientelismo transforma la relación del líder y sus seguidores en un intercambio puramente pragmático, la dominación política basada en direccional apoyo de un gran número de seguidores eventualmente puede perder su carácter populista[13]. De ahí que el éxito político transforme al populismo en un tipo diferente de gobierno que descansa en estrategias no populistas[14]. Por lo tanto, el liderazgo populista tiende a ser transitorio; éste puede fallar o –si es exitoso- trascenderse a sí mismo.

---

13 Esto sucedió en el Partido Socialista chileno (Drake 1978) y en el Partido Revolucionario Institucional mexicano.

14 Pero dadas las memorias duraderas del período de fundación, el mantenimiento del discurso y del ritual populista, y la preservación del liderazgo circunstancial, la organización pos- populista resultante es susceptible de revivir el populismo así como se demostró en el caso mexicano por medio del "populismo tardío" del Presidente Luis Echeverría. (1970-76).

La discusión de diferentes tipos de gobierno sugiere que *el populismo es mejor definido como una estrategia política a través de la cual los líderes personalistas buscan o ejercitan el poder de gobierno basados en el apoyo directo, no mediado ni institucionalizado de un gran número de seguidores que son principalmente desorganizados.* Esta relación directa y quasi-personal sobrepasa las organizaciones intermediarias establecidas o erosiona su institucionalización y las subordina al deseo del líder. Muchos de los seguidores carecen de lazos institucionalizados hacia el líder y por consiguiente, constituyen una masa desorganizada en la arena política (ej: Estado-Nación) donde el líder los llama con sus apelos populistas (incluso si éstos participan en organizaciones a nivel local). Un líder carismatico gana un amplio apoyo, difuso pero intenso por parte de dicha masa desorganizada "representando" a la gente que se siente excluida o marginada de la política nacional y prometiendo rescatar a esta gente de las crisis, las amenazas y los enemigos. El líder recurre a la gente para que colabore en su esfuerzo heroico para regenerar a la nación, combatir a los grupos privilegiados que defienden intereses especiales y transformar las "corruptas" instituciones establecidas.

3. Subtipos de populismo

Después de elaborar una definición "mínima" de populismo como un concepto clásico, la última labor es descender un nivel en la "escalera de la abstracción" y distinguir diferentes subtipos. Dado que el liderazgo populista descansa en el apoyo masivo, el populismo tiene dos versiones, dependiendo de si sus seguidores tienen un nivel muy rudimentario de organización o están completamente desorganizados. Estas variantes corresponden, más o menos –pero de ninguna manera perfecta- al populismo clásico de los años 30 hasta los 60 y al neopopulismo de los años 80 y 90. La variante que emerja depende de dos factores principalmente, de la saturación organizativa del sistema político y de los instrumentos principales del líder para movilizar a sus seguidores y demostrar su apoyo masivo.

En sistemas políticos con bajo nivel de institucionalización –por ejemplo en las tempranas fases de participación masiva- gran parte de

los posibles seguidores del líder populista nunca han participado en una organización a nivel nacional. Por lo tanto los líderes populistas pueden promover la "incorporación inicial" de esta gente (Collier y Collier 1991). Bajo estas circunstancias, los populistas crean organizaciones (pero las mantienen bajo un control personal, limitando severamente su institucionalización). Por el contrario, en sistemas políticos organizativamente saturados, los líderes populistas surgen adoptando tácticas anti- organizacionales. Los líderes recurren a la gente que desconfía de los partidos establecidos y de los grupos de interés y ofrecen un canal diferente – el liderazgo personalista- para "representar" sus intereses. Los líderes neopopulistas surgen en sistemas con organizaciones políticas débiles, con partidos fragmentados, y deliberadamente debilitan las organizaciones intermediarias establecidas y se rehusan a transformar sus propios vehículos electorales en partidos organizados (ej. Collor y Fujimori). En sistemas de partidos más consolidados, los cuales bloquean el aparecimiento de candidatos anti-partidistas, los líderes neopopulistas emergen por medio de la toma de partidos de origen populista, quebrantando el aparato partidista establecido y subordinando estas organizaciones débilmente institucionalizadas a su control personal (ej. García y Menem).

Los instrumentos disponibles de movilización y demostración de apoyo masivo condicionan también el tipo de populismo que emerge. Ciertamente, los votos en las elecciones o los plebiscitos son los medios más importantes para probar el apoyo de "la gente". Sin embargo, las elecciones y los plebiscitos no se llevan a cabo con frecuencia y no pueden ser programados a voluntad. Dada la naturaleza precaria de su organización, los líderes populistas necesitan instrumentos para demostrar su amplio apoyo en cualquier momento. Tradicionalmente, los encuentros públicos cumplen esta función. Para movilizar a cientos de miles de seguidores los líderes populistas necesitan algunos núcleos de apoyo organizado, especialmente un cuadro de activistas. Por consiguiente, los populistas clásicos construyen organizaciones (pero las mantienen bajo control personal).

Durante las últimas dos o tres décadas, sin embargo, el avance de las indagaciones sistemáticas de opinión ha devaluado los encuentros de masas y los ha hecho menos útiles para demostrar el respaldo popular. Dado que las encuestas miden las actitudes de una porción representativa de la población, éstas son más efectivas para determinar "la voluntad del pueblo" que los encuentros masivos, los cuales sacan a flote a los activistas auto-seleccionados y a sus seguidores, mientras dejan a la "mayoría silenciosa" al margen. La encuesta de opinión mide el "interés general" mientras que las demostraciones se han convertido en instrumentos de medición de "intereses especiales"; a la vez que, los líderes populistas tienen menos control sobre los resultados de los escrutinios que sobre las masas, las indagaciones son menos costosas y más fáciles de conducir. En la era del escrutinio los líderes populistas tienen entonces una menor necesidad de una base organizativa.

La descomunal difusión de la televisión ha disminuido también la necesidad de organización; a través de la televisión los líderes populistas alcanzan directamente a sus seguidores y establecen contacto quasi personal con millones de personas simultáneamente (ej: Grompone 1998: 17-26). Mientras la radio jugaba un rol similar para los populistas clásicos (Conniff 1999: 10), la televisión es un instrumento mucho más poderoso para proyectar el liderazgo carismático. Siendo así, los medios de comunicación modernos han disminuido considerablemente el interés de los populistas en la mediación organizativa.

Por estas razones, el neopopulismo está aún menos institucionalizado que el populismo clásico; éste adopta una postura más anti-organizacional, alcanza a los seguidores en la esfera privada y depende de las respuestas individuales de ciudadanos individuales a encuestas de opinión y no de las manifestaciones colectivas del "pueblo" en la esfera pública. La *volonté des tous* ha reemplazado a la *volonté générale* como base de la legitimidad plebiscitaria del populismo. El neopopulismo es por lo tanto menos movilizacional, transformador y redentor que el populismo clásico y su carácter incluyente es más simbólico que efectivo. Pero apelando a toda la ciudadanía y estableciendo "la voluntad de la gente" a través de votos y de respuestas a escrutinios, el neopopulis-

mo se vuelve más "representativo" que el populismo clásico y más compatible con la democracia liberal (Novaro 1998: 35-43). Y de acuerdo a mi redefinición, la misma que se enfoca en el liderazgo personalista con un apoyo masivo en su mayor parte desorganizado, el neopopulismo no es de modo alguno un subtipo disminuido de populismo; al contrario, debido a su bajo nivel de institucionalización, es aún más populista que el populismo clásico en términos de estrategia política.

IV. Utilidad de la redefinición

La presente redefinición de populismo en términos políticos es útil para analizar la política latinoamericana contemporánea. Por sobre todo, ésta esclarece importantes fenómenos que de otra manera continuarían inexplicables. Por ejemplo, mi énfasis en el apoyo masivo no institucionalizado, como base del gobierno populista, ayuda a describir los dramáticos incrementos y declives de varios líderes políticos de la década de los 80 y 90, tales como Alan García y Fernando Collor. Estos políticos personalistas disfrutaron de una sorprendente popularidad y encabezaron grandes golpes políticos al inicio de sus períodos, pero rápidamente perdieron apoyo cuando tuvieron que enfrentar problemas económicos serios. Aún más impresionante es el que tres presidentes que calzan en mi definición de populismo –Collor, Abdalá Bucaram y Carlos Andrés Pérez de Venezuela (1989-1993)- fueron removidos de sus funciones antes del final de sus períodos, mientras presidentes no populistas que cometieron actos similares o peores, terminaron sus gobiernos sin problema (Weyland 1998: 117-119). La falta de un apoyo organizado firme hizo a estos líderes políticamente vulnerables en períodos de adversidad. Centrando la atención en la insegura base de apoyo de estos presidentes, la redefinición hecha de populismo esclarece su destino político.

Esta redefinición muestra también casos sorprendentes de éxito político y continuidad; por ejemplo, el Presidente Menem gobernó manteniendo la lealtad de las masas, incluyendo el apoyo de muchos sectores del movimiento Peronista, mientras deshacía el proyecto socioeconómico del Peronismo tradicional. Los académicos que definen

al "populismo" bajo características socioeconómicas y por lo tanto contrastan las políticas nacionalistas, expansionistas y redistributivas ejecutadas por Juan Perón y el programa neoliberal de Menem no pueden describir fácilmente su éxito político. Al contrario, mi definición, resalta la naturaleza flexible y débilmente institucionalizada del movimiento Peronista (McGuire 1997), lo cual provee de una mayor libertad para el resurgimiento de un liderazgo personalista y predispone a la incorporación de partidarios Peronistas para seguir a su nuevo líder. Esta redefinición captura también la flexibilidad y adaptabilidad del populismo, la cual invoca Menem para su beneficio político argumentando que Perón –el fundador del partido- "hubiera aplicado las mismas políticas" si él hubiera enfrentado la profunda crisis económica que Menem atravesó (Menem en Baizán 1993: 21).

Fundamentalmente, mi redefinición del populismo ayuda principalmente a entender uno de los hechos más contradictorios en Latinoamérica: la frecuente convergencia de políticas populistas y medidas económicas neoliberales (Weyland 1996). Específicamente, esta definición política da a conocer las afinidades importantes y las tensiones innegables entre los líderes políticos personalistas y sus consejeros económicos orientados al mercado. En cuanto a las afinidades, las tácticas populistas fueron cruciales para garantizar el apoyo popular necesario –por lo menos el consentimiento- para las dolorosas y arriesgadas reformas neoliberales. Los líderes personalistas lograron resguardar su respaldo combatiendo las severas crisis y protegiendo a la vez a la gente común del peligro del total colapso económico y político. A través de sus valientes esfuerzos, demostraron carisma, el cual intensificó su lazo con su desorganizada base de apoyo.

Más aún, la orientación anti status quo del populismo, que surge del esfuerzo de los líderes populistas para incitar el apoyo de la masa desorganizada atacando a los enemigos declarados del "pueblo", coincide con los esfuerzos ejecutados por los expertos neoliberales, los cuales buscaban transformar el modelo de desarrollo establecido. Para romper la resistencia a las costosas reformas de mercado, estos expertos difamaban a sus oponentes tachándolos de defensores egoístas de

privilegios especiales y de esta manera invocaban una línea de argumentos típicamente populistas. La declaratoria de los líderes personalistas hacia progresar para el "bien común", también ayudó a legitimar las reformas de mercado, las cuales traerían sufrimiento a corto plazo pero beneficio a largo plazo.

Mi redefinición de populismo también explica la tensión entre los líderes personalistas y los expertos neoliberales, como se evidenciara en la difícil relación del Presidente Menem y el Ministro de Economía Domingo Cavallo en Argentina y en la del Presidente Fujimori con el Ministro de Economía Carlos Boloña en Perú. Actuando con flexibilidad y el oportunismo típicos de los líderes populistas, Menem y Fujimori no se comprometieron enteramente con el neoliberalismo; a ellos no les gustaban los constreñimientos que tal conversión ideológica implicaría y en su lugar buscaron preservar y mejorar su propia autonomía y poder (Cavallo 1997: 273-275; Boloña 1993: vii – ix, 202). Para este propósito, debían mantener el apoyo masivo, base crucial de su gobierno. Por consiguiente, se desviaron de los principios neoliberales y promovieron su conveniencia política ejecutando nuevos programas sociales y comprometiéndose en aumentos "imprudentes" del gasto público antes de elecciones cruciales.

En suma, mi redefinición política de populismo ayuda a entender la relación cercana, pero tensa entre expertos económicos neoliberales y los líderes políticos personalistas que guían a las masas. Así, esta reconceptualización facilita el análisis de este nuevo fenómeno importante en la política de Latinoamérica, que otras conceptualizaciones han dilucidado con dificultad.

Conclusión

Este ensayo busca aclarar el vago y cuestionado concepto de populismo, analizando las definiciones acumulativas, radiales y clásicas existentes en la literatura de las ciencias sociales. Un acuerdo mínimo en el tipo de conceptualización y en el contenido de una definición de términos es importante para facilitar la comunicación académica, el

debate, la crítica, así como la acumulación de conocimiento. En particular, el situarse en un campo conceptual común forza a los autores a tomar seriamente la evidencia potencialmente discordante, más que a desecharla, apuntando a las diferencias conceptuales. Por estas razones, la explicitación de los debates determinantes, realizan una importante contribución al progreso académico.

Como la discusión precedente lo demuestra, los conceptos acumulativos y radiales del populismo, que estipulan la presencia simultánea de atributos de diferentes dominios, adolecen de problemas teóricos y empíricos, en tanto tienden hacia el estructuralismo socioeconómico y se les dificulta delimitar la extensión del populismo "verdadero". Así mismo, la proliferación de nuevos tipos de liderazgo personalista ha reducido la coincidencia entre los diferentes atributos estipulados por las definiciones acumulativas y radiales y la extendida zona gris de subtipos disminuidos.

Por lo tanto, defiendo una redefinición del populismo como un concepto clásico enfocado en la política. Ubicando al "populismo" en un único dominio, esta reconceptualización deja abierta a la investigación empírica la relación entre factores políticos y socioeconómicos, en lugar de estipularlos *a priori*. El enfoque hacia un único dominio minimiza también los conflictos limítrofes y de esta manera facilita la clara delimitación de la extensión del populismo. Finalmente, la reconceptualización como un concepto clásico sitúa al "populismo" en un sistema jerárquico de conceptos, lo cual facilita la comparación y el contraste.

El populismo es mejor definido como: una estrategia política que se caracteriza por la base de poder que un cierto tipo de gobernante utiliza como la base principal de su sustento político. Bajo el populismo, el gobernante es un individuo –un líder personalista-, y no un grupo u organización. En referencia a las bases de poder, el populismo descansa en los números y no en una influencia especial. El populismo emerge cuando los líderes personalistas basan su gobierno en la masa, que es en su mayoría un apoyo no institucionalizado de un gran núme-

ro de gente. Esta definición "mínima" engloba tanto a los populistas clásicos de 1930 hasta 1960 como a los neopopulistas de 1980 y 1990[15]. Esta definición enfatiza la racionalidad central del populismo –la búsqueda de poder político- pero deja abierto para la investigación empírica la asociación de la estrategia política populista con una composición social, un entorno económico y políticas socioeconómicas específicos. De esta forma, esta redefinición política corresponde a la flexibilidad y oportunismo de los líderes populistas.

Esta redefinición se inspira en los desarrollos teóricos, especialmente el cuestionamiento al estructuralismo socioeconómico y el restablecimiento de la autonomía potencial de la política. La otra motivación principal se origina en el surgimiento de nuevos tipos de gobernantes personalistas quienes comparten muchas características políticas con los populistas clásicos, pero que difieren en otros atributos. De manera que las revelaciones de la realidad empírica, las cuales reducen la coincidencia entre los atributos de las definiciones de dominio múltiple, llaman a una reconceptualización del populismo. Respondiendo a estos cambios en "el mundo real", el presente análisis difiere de un nominalismo puro (similar a Sartori 1984) y abarca un pragmatismo conceptual. Obviamente, los académicos pueden definir los conceptos en cualquier forma, pero el que tales estipulaciones sean útiles para la investigación empírica, es una cuestión diferente. Desde mi perspectiva, esta es la cuestión central. Como se sugiere en la sección IV, la presente redefinición del populismo es útil para investigar el rico y fascinante universo de los movimientos populistas.

Más allá de calificar la noción del populismo, este ensayo tiene un propósito más general: argumentar a favor del uso de los conceptos clásicos. Muchos autores han dudado que el objetivo de los conceptos clásicos –especialmente una delimitación clara de la extensión, la consistencia y la parsimonia del contenido, y la ubicación sistemática en

15 Pero esta excluye a los partidos organizados con que no tienen líderes personalistas predominantes, tal como Acción Democrática en Venezuela, desde 1960

una estructura jerárquica de conceptos- sea factible o apropiada para las ciencias sociales (recientemente Gerring 1999: 363-364). La noción de populismo, particularmente confusa y cuestionada, parece constituir el "caso más apropiado" para confirmar esta posición crítica. Sin embargo, la presente redefinición de populismo arroja dudas sobre este escepticismo y sugiere que la categorización clásica es, de hecho, una vía factible y prometedora para las ciencias sociales.

Bibliografía

Anderson, Charles
1967 The Latin American Political System. Chap. En *Politics and Economic Change in Latin America*, 87-114. New York: Van Nostrand Reinhold.

Baizán, Mario
1993 *Conversaciones con Carlos Menem.* Buenos Aires: Editorial Fraterna.

Boloña, Carlos
1993 *Cambio de Rumbo.* Lima: Instituto de Economía de Libre Mercado.

Burbano de Lara, Felipe, ed.
1998 *El Fantasma del Populismo.* Caracas: Nueva Sociedad.

Cardoso, Fernando Enrique y Enzo Faletto
1979 *Dependency and Development in Latin America.* Berkeley: University of California Press.

Castro Rea, Julián, Graciela Ducatenzeiler y Philippe Faucher
1992 Back to Populism. En Archibald Ritter et al., eds. *Latin America to the Year 2000*, 125-146. New York: Praeger.

Cavallo, Domingo
1997 *El Peso de la Verdad.* Buenos Aires: Planeta.

Collier, David y Steven Levitsky
1997 Democracy with Adjectives. *World Politics*, 49:3 (Abril): 430- 451.

Collier David y James Mahon Jr.
1993 Conceptual 'Stretching' Revisited. American Political Science Review 87:4 (Diciembre): 845-855.

Collier, Ruth Berins y David Collier
1991 *Shaping the Political Arena.* Princeton University Press.

Conniff, Michael
199 Introduction. En idem, ed. *Populism in Latin America,* 1-21. Tuscaloosa: University of Alabama Press.

1982 Toward a Comparative Definition of Populism. En idem, ed. *Latin American Populism in Comparative Perspective,* 3-30. Albuquerque: University of New Mexico Press.

De la Torre, Carlos
2000 *Populist Seduction in Latin America.* Athens: Ohio University Press.

Di Tella, Torcuato
1997 Populism into the Twenty-first Century. *Government and Opposition* 32:2 (Primavera): 187- 200.
1965 Populism and Reform in Latin America. En Claudio Véliz, ed. *Obstacles to Change in Latin America,* 47- 74. London: Oxford University Press.

Dix, Robert
1985 Populism: Authoritarian and Democratic. *Latin American Research Review* 20: 2: 29-52.

Dornbusch, Rüdiger y Sebastian Edwards, eds.
1991 *The Macroeconomics of Populism in Latin America.* Chicago: University of Chicago Press.

Drake, Paul
199 Chile's Populism Reconsidered, 1920s-1990s. En Michael Conniff, ed. *Populism in Latin America,* 63-74. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
1991 Comment. En Rüdiger Dornbusch y Sebastian Edwards, eds. 1991. *The Macroeconomics of Populism in Latin America,* 35-40. Chicago: University of Chicago Press.
1982 Requiem for Populism? En Michael Conniff, ed. *Latin American Populism in Comparative Perspective,* 217-245. Albuquerque: University of New Mexico Press.
1978 *Socialism and Populism in Chile, 1932-52.* Urbana: University of Illinois Press.

Dresser, Denise
191 *Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems.* San Diego: University of California, San Diego. Center for U.S.- Mexican Studies.

Ducatenzeiler, Graciela, Philippe Faucher y Julián Castro Rea
1993 "Amérique Latine: Les Échecs du Libéral. Populisme." *Revue Canadienne d'Études du Développement* 14: 2: 173-195.

Eckstein, Harry
1975 Case Study and Theory in Political Science. En Fred Greenstein y Nelson Polsby, ed. *Handbook of Political Science*, vol.7: *Strategies of Inquiry*, 79-137. Reading, MA: Addison- Wesley.

French, John
1992 *The Brazilian Workers' ABC.* Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Germani, Gino
1974 *Política y Sociedad en una Época de Transición*, 5ta ed. Buenos Aires: Paidos.

Gerring, John
1999 What Makes a Concept Good? *Polity* 31: 3 (Primavera): 357-393.

Gibson, Edward
1997 The Populist Road to Market Reform. *World Politics* 49: 3 (Abril): 339-370.

Greskovits, Béla
1998 *The Political Economy of Protest and Patience.* Budapest: Central European University Press.

Grompone, Romeo
1998 *Fujimori, Neopopulismo y Comunicación Política.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Documento de Trabajo No. 93.

Huntington, Samuel
1968 *Political Order in Changing Societies.* New Heaven: Yale University Press.

Ianni, Octavio
1975 *La Formación del Estado Populista en América Latina.* México: Ediciones Era.

Jaguaribe, Hélio
1985 *Sociedade e Política.* Río de Janeiro: Jorge Zahar.

Knight, Alan
1998 Populism and Neo. Populism in Latin America, especially Mexico. *Journal of Latin American Studies* 30: 2 (Mayo) 223- 248.

Krasner Stephen
1984 Approaches to the State. *Comparative Politics* 16: 2 (Enero): 223- 248.

Laclau, Ernesto
1981 *Politik und Ideologie im Marxismus.* Berlin: Argument.

Lambert, Jacques
1969 *Latin America: Social Structures and Political Institutions.* Berkeley: University of California Press.

Lynch, Nicolás
1999 Neopopulsimo: Un Concepto Vacío. *Socialismo y Participación* (Diciembre).

Malloy, James
1977 Authoritarianism and Corporatism in Latin America. En idem, ed. *Authoritarianism and Corporatism in Latin America*, 3-19. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Mauceri, Philip
1997 Return of the *caudillo. Third World Quarterly* 18: 5: 899-911.

Mayorga, Fernando
1998 Compadres y Padrinos. En Felipe Burbano de Lara, ed. 1998. *El Fantasma del Populismo*, 119-130. Caracas: Nueva Sociedad.

Mayorga, René Antonio
1995 *Antipolítica y Neopopulismo.* La Paz: CEBEM.

McGuire, James
1997 *Peronism without Perón.* Stanford: Stanford University Press.

Mouzelis, Nicos
1985 On the Concept of Populism. *Politics and Society* 14: 3 (Septiembre): 329-348.

Novaro, Marcos
1998 Populismo y Gobierno. En Felipe Burbano de Lara, ed. *El Fantasma del Populismo*, 25-48. Caracas: Nueva Sociedad.
1996 Los Populismos Latinoamericanos Transfigurados. *Nueva Sociedad* 144 (Julio- Agosto): 90-103.

Nun, José
1994 Populismo, Representación y Menemismo. *Sociedad* 5 (Octubre): 93-119.

O'Donnell, Guillermo
1994 Delegative Democracy. *Journal of Democracy* 5:1 (Enero): 55- 69.
1979a *Modernization and Bureaucratic- Authoritarianism*, 2da ed. Berkeley: Institute of International Studies. University of California.
1979b Tensions in the Bureaucratic-Authoritarian State and the Question of Democracy. En David Collier, ed. *The New Authoritarianism in Latin America*, 285-318. Princeton: Princeton University Press.
1978 Reflections on the Patterns of Change in the Bureaucratic Authoritarian State. *Latin American Research Review* 13: 1: 3-38.

O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter
1986 *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies.* Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Ostiguy, Pierre
1997 Peronism and Anti-Peronism. Paper for XX LASA Congress, Guadalajara, Abril, 17-19.
1992 The Concept of Democracy: A Radial Category. Unpublished paper.

Oxhorn, Philip
1998 The Social Foundations of Latin America's Recurrent Populism. *Journal of Historical Sociology* 11: 2 (Junio): 212-246.

Packenham, Robert
1992 *The Dependency Movement.* Cambridge, MA: Harvard University Press.

Palermo, Vicente
1998 Moderate Populism. *Latin American Perspectives* 25: 4 (Julio): 36-62.

Panebianco, Angelo
1988 *Political Parties.* Cambridge: Cambridge University Press.

Perruci Jr., Gamaliel y Steven Sanderson
1989 Presidential Succession, Economic Crisis, and Populist Resurgence in Brazil. *Studies in Comparative International Development* 24:3 (Otoño): 30- 50.

Philip, George
1998 The New Populism, Presidentialism and Market-Orientated Reform in Spanish South America. *Government and Opposition* 33: 1 (Invierno): 81- 97.

Quijano, Aníbal
1998 Populismo y Fujimorismo. En Felipe Burbano de Lara, ed. 1998. *El Fantasma del Populismo.* 171-205. Caracas: Nueva Sociedad.

Roberts, Kenneth
1995 Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. *World Politics*: 48: 1 (Octubre): 82-116.

Roxborough, Ian
1984 Unity and Diversity in Latin American History. *Journal of Latin American Studies* 16: 1 (Mayo): 1-26.

Sachs, Jeffrey
1989 *Social Conflict and Populist Policies in Latin America.* Working Paper No. 2897. Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research.

Sanborn, Cynthia
1991 *The Democratic Left and the Persistence of Populism in Peru.* Ph.D. Dissertation, Harvard University.

Sartori, Giovanni
1984 Guidelines for Concept Analysis. En idem, ed. *Social Science Concepts,* 15-85. Beverly Hills: Sage.
1970 Concept Misformation in Comparative Politics. *American Political Science Review* 64: 4 (Diciembre): 1033-1053.

Schmitt, Carl
1932/ 1987 Der Begriff des Politischen. Berlin: Duncker & Humblot.

Skocpol, Theda
1985 Bringing the State Back In. En Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol, eds. *Bringing the State Back In,* 3-37. Cambridge: Cambridge University Press.

Taguieff, Pierre-André
1995 Political Science Confronts Populism. *Telos* 103 (Primavera): 9-43.

Viguera, Aníbal
1993 'Populismo' y 'Neopopulismo' en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología* 55: 3 (Julio-Septiembre): 49-66.

Vilas, Carlos

1995 Entre la Democracia y el Neoliberalismo: Los Caudillos Electorales de la Posmodernidad. *Socialismo y Participación* 69 (Marzo): 31-43.

1992-93 Latin American Populism. *Science & Society* 56: 4 (Invierno): 389-420.

Weber, Max

1976 *Wirtschaft und Gesellschaft,* 5ta ed. (editado por Johannes Winckelmann). Tübingen: J.C.B. Mohr.

Weyland, Kurt

1996 Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities. *Studies in Comparative International Development* 31:3 (Otoño): 3-31.

UN BALANCE CRÍTICO A LOS DEBATES SOBRE EL NUEVO POPULISMO

Carlos de la Torre

UN BALANCE CRÍTICO A LOS DEBATES SOBRE EL NUEVO POPULISMO[1]

Carlos de la Torre[2]

Durante las últimas décadas se ha dado un renacer de estudios sobre el populismo latinoamericano. Estos trabajos, en cierta medida, responden al surgimiento de políticos cuyo estilo y estrategia política es similar que la de sus antecesores populistas, pero cuyas políticas económicas neoliberales son la antítesis de las políticas estatistas, nacionalistas y redistributivas de sus predecesores. Este nuevo interés en el populismo, además y como lo señala Kurt Weyland en su trabajo incluido en este volumen, coincide con una nueva preocupación teórica y metodológica de entender lo político sin reducirlo a lo económico. Es así que en lugar de estudiarse al populismo como un régimen que se explica por una modalidad específica de desarrollo, se lo analiza como un estilo o estrategia política (Connif 1999; Knight 1998; Weyland 1996, 2001; Roberts 1995).

El objetivo de este trabajo es discutir una serie de problemas no resueltos en los debates sobre el populismo clásico que han reaparecido en los trabajos sobre los nuevos populismos. Estos son: 1) la relación entre el líder y sus seguidores, en especial la visión de éstos como "masas" desorganizadas; 2) los diferentes usos de la categoría "el pueblo;" y 3) las relaciones entre el populismo y la democracia liberal.

---

1 Una versión anterior fue publicada en la Revista de Ciencia Política XIII (1) 2003. Agradezco a Francisco Rhon, Carmen Martínez, Alan Knight y Steve Levistky por sus comentarios.

2 Profesor-Investigador de FLACSO-Ecuador y profesor de sociología en Northeastern University, Boston.

El líder y las "masas"

Tal vez uno de los temas más discutidos en los debates sobre el populismo ha girado en torno al comportamiento político de los seguidores populistas y su relación o vínculo con los líderes. Los estudios basados en las teorías de la sociedad de masas construyeron a los seguidores populistas como desorganizados y en estado de anomia esto es en una situación en la que no existen reglas claras para dirigir el comportamiento. Argumentaron que al vivirse en condiciones de aislamiento, desorganización y sin reglas claras estos sectores estaban disponibles para la movilización populista. Es así que explican los lazos entre seguidores y líder por su carisma, por su demagogia, en fin por atributos subjetivos que supuestamente explican el comportamiento político emotivo y no racional de sus partidarios.[3]

Estas visiones basadas en las ideas de irracionalidad y desorganización fueron cuestionadas por estudios que demostraron que los seguidores populistas fueron movilizados a través de estructuras políticas clientelares, que su acción fue más bien racional e instrumental al votar por políticos que fundamentaban su liderazgo en la capacidad de distribuir bienes materiales y simbólicos.[4] Es así que la idea de masas desorganizadas fue remplazada por la noción del actor racional instrumental integrado a estructuras partidistas.

Parecería que, pese a las críticas, la noción de masas disponibles sigue informando los análisis sobre el nuevo populismo. Por ejemplo, Kurt Weyland (1996: 10) sostiene que "la gente pobre, no organizada del sector informal" está disponible para la movilización neopopulista. Kenneth Roberts (1995: 113) concluye su trabajo sobre el neopopulismo peruano con la afirmación de que "la fragmentación de la sociedad

---

3 El estudio clásico es el de Gino Germani (1971). Para el caso ecuatoriano véasen los textos sobre el velasquismo de Agustín Cueva (1989) y Osvaldo Hurtado (1989).

4 Véase las críticas a las nociones de desorganización, anomia y carisma de Rafael Quintero (1989) y Amparo Menéndez Carrión (1986).

civil, la reestructuración de los lazos institucionales y la erosión de las identidades colectivas han permitido a líderes personalistas establecer relaciones verticales y sin mediaciones con masas atomizadas." ¿Por qué perduran estas visiones en autores que conocen las críticas a las teorías de la sociedad de masas?

La persistencia de estas perspectivas, que surgieron con los primeros estudios sobre el populismo, tal vez se explique porque muchos investigadores analizan el populismo como un fenómeno excepcional. Si bien la política normal está basada en organizaciones, las rupturas provocadas por procesos de cambio social abrupto, que supuestamente explican por qué emerge el populismo, deben causar desorganización. Sin negar que el populismo a veces surja en condiciones de crisis, no hay que olvidar que éste también aparece en épocas "normales" (Knight 1998; Canovan 1999) y que en algunas naciones el populismo es un fenómeno recurrente de la vida política. "Los movimientos populistas –para no mencionar a los regímenes- son totalmente mundanos, hasta convencionales; no pertenecen a un universo político extraordinario que requiere un tipo de análisis o categorización excepcional" (Knight 1998: 229).

Una segunda respuesta que explica la obstinada visión de quienes ven a los seguidores populistas como masas desorganizadas tiene que ver con la manera en la que se entiende a los partidos políticos. La mayoría de científicos sociales siguen la distinción weberiana entre burocracia y carisma, y al notar que los partidos políticos populistas no se basan en la organización burocrática formal, inmediatamente asumen desorganización. Es por esto que Kurt Weyland, en su influyente y excelente trabajo sobre el concepto de populismo incluido en este volumen, analiza la relación entre líderes y seguidores como "no institucionalizada y en flujo."

El problema es que estas conceptualizaciones no dan cuenta de cómo funcionan los partidos políticos populistas. Javier Auyero (2001) y Steve Levistky (2001) han demostrado que el partido peronista se organiza a través de redes informales que distribuyen información, recur-

sos y trabajos. En condiciones de pobreza estas redes dan accesos a recursos vitales para la sobrevivencia, además generan y revitalizan identidades peronistas. Los significados del peronismo dependen de la localización de los pobres en estas redes. Quienes están más cerca a los punteros o "brokers" tienden a aceptar la visión contemporánea del peronismo como intercambios clientelares. Quienes están más lejos de los punteros y de sus círculos de íntimos siguen viendo al peronismo como un movimiento obrero o tienen visiones más cínicas e instrumentales sobre el mismo. Para estos últimos las redes peronistas ocasionalmente distribuyen recursos más no identidades.

Los partidos populistas ecuatorianos, al menos desde la creación de Concentración de Fuerzas Populares en Guayaquil a finales de los años 40, han construido redes clientelares (Martz 1989: 335; Menéndez-Carrión 1986). Estas redes se usaron para reclutar el voto para elecciones municipales en Guayaquil y elecciones nacionales que llevaron a Velasco Ibarra con apoyo cefepista al poder. Pertenecer al CFP, al que se imaginó como una familia, creó identidades basadas en el intercambio de recursos económicos y simbólicos. Luego de la muerte de Asaad Bucaram y de Jaime Roldós a principios de los 80, cuando se restablecía la democracia ecuatoriana, muchos de estos "brokers" se convirtieron en seguidores de Abdalá Bucaram. Éste y su hermana Elsa habían trabajado como intermediarios del CFP en el suburbio de Guayaquil en la elección de 1978 que llevó a Jaime Roldós al poder. El triunfo de Abdalá Bucaram en las elecciones de 1996 se debe en parte a las redes de su partido. La organización partidista también explica por qué luego de la caída de Bucaram en 1997 y de la campaña de los medios masivos para desprestigiarlo, el Partido Roldosista Ecuatoriano sigue teniendo fuerza en muchas ciudades del país en especial en la costa (Freidenberg 2003; Freidenberg y Alcántara 2001).

El uso y organización de los pobres en redes no es un patrimonio exclusivo de los partidos populistas ecuatorianos ni de los partidos políticos costeños. Partidos no populistas como la Izquierda Democrática de orientación social demócrata o la Democracia Popular de ideología demócratacristiana basan su apoyo de los sectores más pobres de

la población de Quito en la organización de éstos en redes clientelares (Burgwal 1995). De lo que se inferiría que el clientelismo es una característica común en la forma en la que los partidos políticos trabajan con los sectores populares ecuatorianos. Estas redes distribuyen recursos, información, trabajos y también generan identidades populares basadas en la distinción entre los ricos y los pobres. Los sectores populares, a su vez, se organizan en redes para negociar con políticos el acceso a estos recursos y se presentan como el pueblo virtuoso y sufrido que necesita de la atención de los políticos. ¿Si todos los partidos políticos usan redes clientelares cuál es la especificidad de las redes de los partidos populistas? Tal vez esta radica en que estos partidos han construido los términos "el pueblo" y "la oligarquía" como categorías sociales y culturales antagónicas.

El caso que parecería estar más cercano a la visión de los estudiosos del neopopulismo en tanto masas desorganizadas, es el de Alberto Fujimori (Roberts 1995; 1998, 2003; Cameron 1997; Cameron y Levitsky 2001; Degregori 2000; Weyland 2002). En el Perú los partidos políticos colapsaron y Henry Dietz (1998: 223) en su estudio de veinte años de participación política popular en los barrios populares de Lima reporta que los caciques no jugaron ningún papel en las elecciones en que triunfó Fujimori. En todo caso esto no significa que los pobres estaban desorganizados. Dietz (1998) demuestra como, pese a la hiperinflación y al terrorismo estatal y de Sendero Luminoso, los pobres incrementaron sus redes organizativas. Si bien las demandas al estado bajaron en número, los pobres incrementaron su participación en grupos barriales. Este cambio de estrategias organizativas se debe, en parte, al hecho de que los barrios analizados por Dietz ya habían accedido a infraestructura básica. Además, "el apoyo a Fujimori no se puede explicar en términos de manipulación... El apoyo a Fujimori fue condicional y selectivo" (Tanaka: 1998: 239).

Si en tiempos electorales la mayor parte de investigadores han construido a los seguidores populistas con imágenes que se asemejan a las visiones decimonónicas conservadoras de la desorganización y peligrosidad del lumpen proletariado y de las "masas," luego de la elección

se los ve como clientes instrumentales. Muchos contraponen al cliente con el ciudadano. Pese a que estas visiones de la política popular basada en nociones de racionalidad instrumental y estratégica corrigen las ideas de las masas desorganizadas e irracionales, no explican cómo la gente común entiende la política y por qué apoyan a los líderes neopopulistas.

Los convocados y partícipes en los movimientos populistas no deben ser vistos como un grupo que automáticamente responde con su voto cuando le dan recursos. Éstos pueden abandonar una red clientelar votando de forma diferente a lo que les propone el "broker", o pueden sentirse en la obligación de pagar un favor. La posición de los "brokers" es muy inestable y los pobres no pueden verse como una base de votación cautiva y manipulable (Burgwal 1995; Gay 1997; Cross 1998; Auyero 2001). Si los pobres pueden abandonar a un "broker", éstos pueden cambiarse de partido o favorecer a otro político. La incertidumbre del apoyo político da ciertas ventajas a los pobres. Para que el sistema funcione los políticos tienen al menos que distribuir recursos e información.

Los trabajos etnográficos sobre las estrategias de sobrevivencia y la política, en sectores populares, demuestran sus altos niveles organizativos y su capacidad estratégica para negociar con los partidos políticos y el estado.[5] Debido a que los pobres, ya sea que ocupen terrenos para construir sus casas y/o vendan en las calles sin permisos, viven en condiciones de marginalización y al borde de la ilegalidad tienen que organizarse. En palabras de John Cross, "la organización es necesaria para la regulación interna. Los invasores de terrenos tienen que dividirse los lotes. Los vendedores ambulantes al menos deben reconocer el derecho de que otros vendan en lugares específicos y deben cooperar para construir sus mercados" (1998: 35-36). La organización además permite, en un primer momento, escapar de la regulación estatal y lue-

5 Véase los trabajos de Auyero (2001); Burgwal (1995); Cross (1998); Dietz (1998); Gay (1994; 1997); Levistky (2001); Lomnitz (2001).

go negociar con los agentes estatales el proceso de regulación y legalización (Ibíd.: 36). Los agentes estatales, además, promueven e incentivan la organización porque no les conviene negociar con un gran número de personas que dicen representar a un grupo. Prefieren negociar con un líder que, además de ser representativo de un buen número de seguidores, sea reconocido por el estado.

Guillermo O'Donnell (1999; 2001) ha demostrado que en las democracias recientemente restablecidas, con las excepciones de Costa Rica y Uruguay, los derechos civiles no son respetados. Además de ser pobres en un sentido económico y social los pobres también lo son en el sentido legal y viven en condiciones de inseguridad y de violencia.[6] Debido a que sus derechos constitucionales no son respetados, dependen de los políticos y de sus redes de intermediarios para acceder a una cama en un hospital, un cupo en una escuela, a un puesto de trabajo, o a información de donde ir y a quien solicitar un favor. Los "brokers" son los intermediarios entre la gente común y los políticos. Acaparan información y recursos y están conectados a redes y círculos de políticos y burócratas. El sistema funciona a través del patronazgo, las obligaciones mutuas y los regalos. A diferencia de las normas impersonales, los favores crean obligaciones personalizadas. En estos países es difícil mantener la distinción entre normas burocráticas y racionales y las normas informales. Las reglas y leyes burocráticas funcionan junto a redes de amigos y conocidos que hacen favores, que a veces incluyen la corrupción. En situaciones en que la reproducción social y la sobrevivencia dependen de pertenecer a redes personalizadas, es difícil sostener la imagen del pobre como un actor individual y desorganizado.

Este sistema que funciona a través de reglas burocráticas y de redes personalizadas obliga a que los políticos cumplan y distribuyan servicios, información y tengan los contactos necesarios para que "sus" pobres y allegados tengan acceso a sus derechos. En muchas naciones

6 Véase O'Donnell 1999, 2001; daMata 1987, 1991; Márquez 2003; de la Torre 2002.

los políticos han construido a los pobres como los habitantes nobles y virtuosos de la patria que necesitan de su protección paternalista. Los pobres tienen necesidades y el papel de los políticos es atender, proteger y cuidar a "sus" seguidores. Muchas veces los pobres utilizan estos discursos paternalistas para establecer lazos y contratos morales con los políticos. Éstos tienen que cumplir y probar que son los verdaderos paladines y protectores de los desamparados.

El populismo y el "pueblo"

El término "el pueblo" es profundamente ambiguo y elástico (Canovan 1984). En su discusión clásica sobre el populismo Ernesto Laclau (1977: 165) escribió, "el pueblo es un concepto sin un estatuto teórico definido; pese a los usos frecuentes en el discurso político, su precisión conceptual no va más allá del nivel metafórico o alusivo." Para desentrañar las ambigüedades del término "el pueblo" es importante empezar con la observación de Laclau que "el pueblo en el discurso populista no opera como un dato primario sino como una construcción" (ms). ¿Quien está incluido y excluido en estas construcciones? ¿Cómo diferentes actores utilizan este término? ¿Cuáles son las diferencias entre los apelativos populistas al pueblo y otro tipo de discursos políticos?

En el Ecuador, el caso con el que estoy más familiarizado, el populismo es parte de la cultura política. La gente común fue incorporada a la vida política a través de su participación en redes organizadas para apoyar a líderes. Éstos articularon discursos de la lucha antagónica del pueblo en contra de la oligarquía. Los líderes y sus seguidores populistas entendieron a la democracia como actos de masas donde se aclama a los líderes y se abuchea a los rivales. La democracia también fue vivida y entendida como la ocupación de espacios públicos de donde la gente común estaba y se sentía excluida. Estos tipos de participación litúrgica fueron vistos como más importantes que el voto y el respeto a las instituciones de la democracia liberal. Al basar la democracia en formas plebiscitarias de aclamación al líder, se dificultó consolidar

estos regímenes por lo que la historia política del Ecuador se basa en el ciclo régimen populista-golpe de estado.

Si bien la confrontación discursiva del pueblo contra la oligarquía ha estado presente en la política ecuatoriana desde los años 30 y 40, los grupos sociales asignados a estas categorías no han permanecido inmutables. En los años 40 Velasco Ibarra, al igual que muchos grupos de la sociedad civil, construyeron los términos pueblo y oligarquía con referentes eminentemente políticos. La oligarquía fueron las "argollas" del partido liberal que se mantenía en el poder gracias al fraude electoral y el pueblo eran los ciudadanos cuya voluntad electoral no se respetaba. Esta construcción política del pueblo excluía a quienes no podían votar por ser analfabetos y a los indígenas y afroecuatorianos que ni votaban ni eran vistos como parte de la nación (de la Torre 2000: 28-80).

Desde la creación de Concentración de Fuerzas Populares a finales de los años 40, la categoría "el pueblo" adquiere significados sociales (Guerrero 1994). "El pueblo" son los pobres que se diferencian de la oligarquía y de los ricos en términos socioeconómicos, culturales, políticos y de estilos de vida. Cuando se da una dimensión étnica a la oposición del pueblo contra la oligarquía se sostiene que la lucha es entre la "gente de 'aristocracia' y los 'cholos'." (CFP 1958: 19). Por esta razón se caracteriza al CFP como "auténticamente popular... y que no admite la superioridad de castas ni de clases (Ibid: 24). Estas construcciones discursivas del pueblo no incluyen a los indios y los negros. Más bien se sostiene que el mestizaje definido como "crisol de equilibrio racial" junto a la extensión del "habla castellana, en forma correcta, a todos los rincones del país" serán los mecanismos que permitirán aglutinar y cohesionar a todos los ecuatorianos (Ibid: 43).

Otro ejemplo de la construcción de la categoría "el pueblo" como clases bajas, honestas y mestizas es el famoso discurso de José María Velasco Ibarra "¡Querida Chusma!" en la campaña presidencial de 1960. En éstas compitieron Velasco Ibarra candidato del Frente Nacional Velasquista, grupo ad hoc en el que se encontraban conservadores,

arnistas de ultra derecha como Nicolás Valdano Raffo, liberales independientes, y caudillos como Manuel Araujo partidario de Fidel Castro y de la Revolución Cubana; Galo Plaza apoyado por el Frente Democrático Nacional integrado por liberales y socialistas; Gonzalo Cordero por el Partido Conservador y Antonio Parra Velasco por la Unidad Democrática Anticonservadora que aglutinó al Partido Comunista, al CFP y a un grupo de socialistas. Refiriéndose a la descalificación de sus partidarios por parte de los seguidores de Galo Plaza y de Gonzalo Cordero como "la chusma," Velasco citó al Presidente Allesandri que

> decía en ocasión análoga: ¡Querida chusma, con vosotros cuento para levantar la grandeza internacional del pueblo...! (aplausos).
>
> Solemne insolencia: "chusma, chusma." En esta chusma hay artesanos beneméritos, de gran corazón y noble espíritu; en esta chusma hay mujeres abnegadas que sacrifican su existencia para salvar a sus hijos de la pobreza, por educarlos, por redimirlos, por darlos a la patria; en esta chusma hay campesinos que siembran, cosechan...; en esta chusma hay brazos esforzados, grandes almas, nobles espíritus, hombres que saben morir por su ideal, hombres que saben luchar y vencer por dar al país la libertad electoral; si ¡esta chusma es el alma de la patria, esta chusma es la que redime a la República de la corrupción, del estancamiento egoísta, calculador y corrompido en que hoy está; sí esta chusma es la que nos purifica, nos da fuerzas y nos levanta! ¡Pobres señores del gamonalismo estrecho y miserable! (Aplausos). (Velasco Ibarra s/f. 247)

La oposición del pueblo trabajador, pobre y mestizo es en contra de los gamonales estrechos, no de todos los ricos pues entre las personas de clase alta hay personas honestas que comprende a la chusma. Entre éstos se encuentra nada menos que Velasco Ibarra.

Cuando el CFP conquista la presidencia de la República con la elección de Jaime Roldós en 1979 se modifica los significados del término "el pueblo." En su mensaje a la nación al asumir el mando el 10 de agosto de 1979 Jaime Roldós se pregunta "¿para quien hablo?" Su respuesta es no excluir a nadie y menciona a los "humildes hermanos ecuatorianos... mis hermanos indígenas, los montubios, los negros del

Chota y Esmeraldas" (Roldós 1982: 10). Además de incluir a diferentes grupos étnicos, Roldós da parte de su discurso en quichua, idioma que por primera vez es usado por un presidente en un mensaje a la nación. Esta apelación política a los indígenas y otros grupos étnicos destacando sus particularidades no es sólo una estrategia para conquistar los votos de quienes recientemente habían sido incorporados a la política al eliminarse las restricciones al voto de los analfabetos. Estos cambios discursivos sobre quién está incluido en la categoría "el pueblo" que se inauguran junto con el nuevo proceso democrático marcarán el discurso político de las décadas posteriores.[7]

A partir de los años 90 los líderes del movimiento indígena y de organizaciones negras usan el término "el pueblo" cuando hacen demandas al estado. Exigen pertenecer al pueblo ecuatoriano pero manteniendo su cultura o nacionalidad. En el golpe de estado en contra del presidente Jamil Mahuad en el año 2000, los líderes indígenas y los militares encabezados por el coronel Lucio Gutiérrez articulan una visión diferente de quién es el pueblo. El verdadero pueblo son los indígenas que ocupan los espacios públicos de los cuales se sienten marginados como el Palacio de Justicia y el Congreso.[8] Los indígenas no sólo pasan a encarnar al pueblo también son vistos como la vanguardia de éste en las luchas en contra de la corrupción, de las políticas de ajuste estructural y de defensa de la soberanía nacional. En palabras de Felipe Burbano "la interpelación por parte del movimiento indígena tiene una novedad política y cultural." Esta se basa en "una confluencia de discur-

---

7 Tal vez el primer momento en que un presidente de la república incluye a los indígenas en su discurso fue el 16 de diciembre de 1961 cuando Carlos Julio Arosemena marcha junto a los "millares de indígenas que desfilaron por primera vez por las calles céntricas [de Quito] pidiendo se haga efectiva la Reforma Agraria" (*El Comercio*, Quito, 17 de diciembre 1961, p. 1). En esta marcha organizada por el Partido Comunista el presidente Arosemena se refiere a los indios como "la raza explotada," "ecuatorianos, compatriotas nuestros [que] siguen siendo explotados... por individuos a quienes llegará la hora de la justicia" (Ibid: p. 3).

8 Véase los análisis de Bustamante (2000); y Ponce (2000).

sividades e identidades múltiples entre lo étnico, lo clasista y lo popular que genera nuevas y diversas dinámicas de conflicto con el poder" (Burbano de Lara 2003: 69).

En países en que los políticos no sólo pretenden representar al pueblo sino que dicen encarnarlo y personificarlo, diferentes organizaciones subalternas cuando hacen demandas al estado han asegurado ser el verdadero pueblo. En el Ecuador los trabajadores del sector público, los obreros, los taxistas y ahora los indígenas dicen ser "el pueblo." Al presentarse como el pueblo sufrido y auténtico, estos grupos logran que sus demandas sean escuchadas y atendidas por los agentes estatales. Además disminuyen las posibilidades de que se los reprima. Pero es importante reiterar que cada construcción de quién es el pueblo incluye grupos y excluye a otros que o son vistos como parte de la oligarquía o son invisibilizados.

"El pueblo" no sólo tiene visiones positivas. Las percepciones de las élites sobre "el pueblo" han oscilado entre el paternalismo y la hostilidad.[9] Al igual que muchos populistas Velasco Ibarra a la vez que admiraba y alababa a su pueblo sentía hostilidad racista en contra de los cholos y visiones racistas-paternalistas sobre los indígenas. En su texto *Conciencia O Barbarie* contrasta a indios y cholos en los siguientes términos: "el indio del campo no hace males. Alimenta al país con trabajo. En cambio el indio de las ciudades es sumamente peligroso. Ha leído libros. Ha subido sin etapas. Ha invadido toda la administración... Es indelicado con los fondos ajenos. Es ratero. Rara vez alcanza a ladrón. Pero despilfarra y derrocha los dineros públicos" (Velasco Ibarra 1937: 156-7).

En Venezuela la imagen benevolente y paternalista del pueblo como masas virtuosas e ignorantes que son la base de la democracia cambió con la introducción de reformas estructurales. Durante la se-

9 Véase el trabajo de Levine (1989) sobre las percepciones de las élites brasileras sobre el pueblo.

gunda administración de Carlos Andrés Pérez "el pueblo" se transformó en "una masa no gobernable y parasítica que debía ser disciplinada por el estado y el mercado" (Coronil 1977: 378). Coronil y Skurski (1991) analizan como el Caracazo fue visto por las élites como la irrupción de las masas desorganizadas e incivilizadas que invadían los centros de la civilidad. Estas construcciones de los marginales como la antítesis de la razón y de la civilización permitieron o justificaron la represión brutal.

Fernando Coronil argumenta que los sectores populares tenían interpretaciones diferentes. Vieron a las élites como "un cogollo corrupto que ha privatizado el estado, saqueado la riqueza de la nación y abusado al pueblo... El pueblo ha sido traicionado por sus líderes y la democracia se ha vuelto una fachada que permite a la élite usar el estado para sus beneficios personales" (Coronil 1997: 378). Dadas estas construcciones de las categorías pueblo y oligarquía, Hugo Chávez se constituyó y fue construido por sus seguidores como la encarnación del caudillo popular antioligárquico.[10]

¿En culturas políticas como las de Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil, Argentina, México, Bolivia, donde los políticos, los líderes de los movimientos sociales y la gente común usa apelativos al pueblo para legitimar sus demandas, cuál es la peculiaridad de la retórica populista?

Una de las peculiaridades del populismo es la construcción discursiva de la sociedad como un campo antagónico y maniqueo en el que se enfrentan el pueblo y la oligarquía. Algunos populismos se basan en la polarización de los conflictos en términos políticos y sociales. El chavismo se parece a los populismos clásicos de Perón, Vargas o Gaitán por su construcción maniquea de la política y de la sociedad como una lucha antagónica entre el pueblo, encarnado en su líder, y la oligarquía. Obviamente que Chávez se asemeja a los populistas clásicos también por su nacionalismo, anti-imperialismo, glorificación del pueblo

10 Véase el libro editado por Ellner y Hellinger 2003.

como "el soberano" y por su uso de manifestaciones masivas a favor del líder y en contra de los opositores vistos como "los escuálidos."

En otras experiencias populistas, como el caso de Velasco Ibarra en los años 40 o Fujimori en los 90, los términos pueblo y oligarquía se construyeron políticamente y no llevaron a la polarización social. Hay casos mixtos como la elección y corta administración de Abdalá Bucaram. Pese a que Bucaram siempre se manifestó partidario de la economía de mercado, fue visto por las élites económicas tradicionales como un intruso peligroso y un nuevo rico cuya fortuna venía del contrabando. No aceptaron su propuesta de convertibilidad económica con un nivel de inflación de alrededor del 25 por ciento. Además tuvieron recelo de ser excluidas del reparto del pastel estatal ya que, si exitoso, Bucaram podría ser reelecto como Fujimori y Menem. Todas las acciones de Bucaram fueron leídas a través de imágenes de clase en las que el "líder de los pobres" fue visto como la encarnación de la barbarie, la falta de cultura y civilización de los marginales. El recelo y el odio a Bucaram llevaron a que las élites se libren de él usando la falacia legal de su supuesta "incapacidad mental" para gobernar, sin pruebas médicas sobre su locura (de la Torre 2000: 80-112).

El populismo, como lo anota Alan Knight (1998: 231), no puede reducirse a las palabras, acciones y estrategias de los líderes. Las expectativas autónomas de los seguidores, sus culturas y discursos son igualmente importantes para entender el lazo o nexo populista. Es por esto que el estudio de los discursos de los líderes tiene que ser acompañado por el análisis de cómo los seguidores reciben estos mensajes. ¿Se puede asumir que los seguidores aceptan las visiones de los líderes de que la política es una lucha ética y moral entre el pueblo y la oligarquía? O, como lo señala Joel Wolfe (1994), ¿usa la gente común el discurso del líder para avanzar sus agendas e intereses propios?

No se puede asumir que los seguidores aceptan pasivamente los discursos de los líderes, o que los discursos tengan un solo significado. Cuando investigaba a Abdalá Bucaram me di cuenta que existían varias lecturas sobre sus discursos y espectáculos públicos. La mayoría de gen-

te común no le veía como el líder de los pobres que decía ser. Para la mayoría Bucaram representaba un rechazo a sus patronos y votar por él fue una oportunidad para expresar su resentimiento u odio de clase. Para muchos "brokers" su elección era la oportunidad de estar cerca de los centros del poder para tener acceso a recursos, servicios, información, trabajos y prestigio. Otros fueron a un espectáculo gratis en el que vieron "al loco" bailar y cantar con el grupo musical Los Iracundos.

Las identidades peronistas no son tan intensas y maniqueas como en el pasado. La sociedad argentina no está polarizada entre peronistas y no peronistas (Novaro 1998, Auyero 2001). Además como lo demuestra Auyero, las diferentes interpretaciones del peronismo varían de acuerdo a la posición de los pobres en las redes clientelares. Quienes están más cerca a los punteros y su círculo íntimo ven el peronismo como intercambios clientelares. De manera similar, Degregori, Coronel, y del Pino (1998: 259) analizan los diferentes significados de ser un fujimorista en Ayacucho. "Debido a la falta de una identidad oficial cada cual podía imaginar e internalizar el fujimorismo como les parezca." Para algunos tenía un lado tecnocrático ligado a los trabajos públicos. Además democratizaba las relaciones étnicas y se evidenciaba en el uso neopopulista de Fujimori del vestido (Degregori 2000: 55). Pero sobre todo fue un régimen autoritario y desmovilizador. Aún el fenómeno del "acarreo" en México implica al menos tres realidades diferentes. "Hay acarreados que en realidad tienen un compromiso (lealtad) con su líder (y, a través de su líder con el PRI), hay 'acarreados' que han sido coercionados para asistir por medio del control burocrático de las fuentes de trabajo, y hay 'acarreados' que son simplemente gente que ofrece su presencia en mítines al mejor postor" (Lomnitz 2001: 310. Énfasis en el original).

El populismo y la democracia liberal

El argumento de Margaret Canovan (1999) que el populismo es un componente esencial de la democracia es tentador. Si bien la democracia tiene una fase pragmática y administrativa, también tiene una fase redentiva. La crítica populista a las élites, los apelativos y glorifica-

ción a la gente común dan vitalidad y renuevan el ideal democrático. La fase redentiva del populismo está asociada a su glorificación discursiva del pueblo, a su estilo dirigido a la gente común, y a los fuertes sentimientos que motivan a que gente poco interesada en la política o apolítica participe (Canovan 1999: 4-6).

Pero la redención populista también está basada en la apropiación autoritaria de la voluntad popular. Debido a que los políticos dicen encarnar al pueblo y ya que no se crean instituciones para expresar la voluntad popular, los regímenes populistas tienden al autoritarismo. Además el discurso maniqueo y la polarización social y política recuerdan a situaciones de guerra. Los opositores y los creyentes en el líder se ven como si fueran enemigos y no como rivales democráticos que aceptan que el otro tiene el derecho a existir y expresar sus opiniones y demandas.

Los populismos viejos y nuevos son regímenes delegativos. Las democracias delegativas (O'Donnell 1994) no respetan los derechos civiles de los ciudadanos y los procedimientos democráticos y se basan en la idea de que quien gane la elección tiene el mandato de gobernar de acuerdo a lo que crea que es el mejor interés de la colectividad. El presidente dice personificar a la nación y debido a que se cree el redentor de la patria sus políticas de gobierno no tienen relación con las promesas de campaña o con los acuerdos logrados con los partidos políticos que lo ayudaron a ser electo.

Toda la responsabilidad de los destinos de la nación cae sobre el líder, por esto es plebiscitado constantemente como la fuente de la redención o como el causante del desastre nacional. La lógica es que el tiempo apremia y los intereses y cálculos a corto plazo caracterizan la actuación del gobierno y de la oposición. La legalidad y el basar la acción en la normatividad democrática cuentan menos que actuar directamente en beneficio de lo que los delegados del mandato popular creen que son los mejores intereses de la nación. Al verse como la encarnación de la voluntad nacional el presidente tiene pocos alicientes para concertar y dialogar con la oposición. Éstos no tienen más opción

que actuar de forma similar al gobierno y usan mecanismos de dudosa legalidad para frenar al Presidente.

Las relaciones ambiguas y las tensiones entre la democracia liberal y el populismo deben estudiarse en cada caso. No se puede asumir como Kurt Weyland que el neopopulismo tiene mejores posibilidades de coexistir con la democracia liberal que el populismo clásico. Si bien los populismos clásicos tuvieron tensiones con las instituciones liberales, es difícil defender las credenciales democráticas de Fujimori, o de olvidarse la democratización social y política que se dio con el populismo clásico (Vilas 1995). Además el caso Venezolano cuestiona la aseveración de Weyland de que los neopopulismos son "menos movilizadores, transformadores y redentivos que los populismos clásicos" (Weyland 2001: 16).

Conclusiones

Este trabajo ha discutido algunos problemas en los trabajos recientes sobre el neopopulismo. Se ha problematizado la construcción de lo popular, las relaciones entre el populismo y la democracia liberal y se ha argumentado que la imagen de los seguidores populistas como masas desorganizadas necesita revisión. Si se busca comprender por qué una estrategia populista funciona mejor que otras estrategias políticas, el análisis de las acciones y retórica del líder deben complementarse con el estudio de las diferentes recepciones de estos discursos e imágenes por parte de seguidores que están organizados al menos en redes. Los seguidores no son actores individuales que tienen la capacidad de interpretar los discursos de la manera que mejor les convenga. La gente pobre pertenece a redes a través de las cuales circulan recursos y significados. Para comprender por qué el populismo se niega obstinadamente a desaparecer y para comprender sus diferentes significados, el énfasis de los trabajos que miran lo político desde arriba y desde las élites tiene que ser complementado con trabajos etnográficos de cómo la gente común vive la política.

Muchos politólogos usan los sondeos de opinión pública como el único indicador de cómo los pobres ven la política. El problema es que los sondeos de opinión pública son indicadores débiles sobre la política popular. Debido a que el populismo articula resentimientos y aún odios de clase es un poco ingenuo pensar que los pobres revelarán sus visiones a extraños de clase social más alta. En Perú y Ecuador se usa el término "voto vergonzante" para referirse a la gran cantidad de electores que no revelan sus preferencias. En el Ecuador, tal vez por incompetencia técnica, los sondeos de opinión pública no han podido dar cuenta del fuerte nivel de apoyo a los candidatos populistas. De manera similar a 1996 cuando consideraron que Abdalá Bucaram no tenía opciones de ganar, no dieron cuenta del apoyo a Lucio Gutiérrez en las elecciones de noviembre del 2002. Los sondeos de opinión pública tampoco explican por qué grandes números de pobres salieron a las calles a manifestarse por Hugo Chávez cuando bajaba su nivel de aceptación aún entre éstos.

Como lo anota Kenneth Roberts (2003) muchos trabajos sobre el neopopulismo no han analizado los mecanismos a través de los cuales se da la movilización. Debido a que los lazos entre los líderes y los seguidores son supuestamente débiles y no están mediados por organizaciones, los mecanismos concretos a través de los cuales se movilizan los seguidores populistas no han recibido atención. Para explicar la movilización se tienen que analizar las organizaciones y los discursos que las articulan. En diferentes culturas políticas y momentos históricos los términos pueblo y oligarquía tienen significados distintos. En algunas experiencias la confrontación es política en otros se da una verdadera polarización política y social. La naturaleza del populismo no puede ser predeterminada teóricamente. Varía en función de las tradiciones políticas y culturales. En sistemas políticos con una institucionalización débil o frágil como el Ecuador, la movilización y la ocupación de espacios públicos es vivida e interpretada como si fuera la verdadera democracia. Es así que las manifestaciones y movilizaciones en contra de Abdalá Bucaram en 1997 y de Jamil Mahuad en el 2000 que terminaron en golpes de estado en los cuales las fuerzas armadas no ocu-

pan directamente el poder, fueron vistas por los partícipes y varios analistas como actos de refundación de la democracia. La movilización, la aclamación de líderes y las chiflas a los opositores, son vistas como más democráticas que el respeto a los resultados electorales y a la normativa de la democracia liberal.

En lugar de imaginar al seguidor populista como un individuo aislado y solitario, se lo debería estudiar como alguien que pertenece a redes. Los estudiosos deberían explicar mejor cómo se articulan las reglas burocráticas formales con las relaciones personalizadas mediadas por redes que en algunos casos son simétricas y en otros asimétricas.[11] Larissa Lomnitz ha demostrado cómo las redes por las que circulan favores explican el comportamiento económico, político y social de las clases altas y bajas mexicanas y de las clases medias chilena y mexicana. En condiciones de pobreza y marginalidad los pobres usan redes para acceder a recursos, información y pertenecer a estas redes de identidades y significados políticos.

Finalmente, parecería que los intentos de desarrollar teorías generales sobre el populismo terminan en problemas. Las teorías de la modernización y de la dependencia, como lo señala Kurt Weyland, al conceptualizar la política como reflejo de la economía y al ligar al populismo con una fase en el desarrollo histórico de la región, no pudieron dar cuenta ni de las experiencias de los países donde se dio populismo sin substitución de importaciones, o del renacer del populismo en la últimos procesos de democratización que en algunos casos ha ido de la mano con políticas económicas totalmente diferentes a las de las experiencias clásicas.

El intento más reciente de desarrollar una teoría general del populismo de Kurt Weyland tiene la ventaja de ver al fenómeno como eminentemente político y da cuenta de experiencias populistas en diferentes períodos históricos y con diferentes políticas macroeconómicas.

---

11 Véase da Matta (1987; 1991); Lomnitz (2001); Tilly (1998); Auyero (2001).

El problema es que Weyland conceptualiza el populismo como una estrategia política, privilegiando las acciones del líder y sin dar suficiente atención a las respuestas y acciones de los seguidores que son vistos como masas relativamente desorganizadas. Su apego a la idea de desorganización le lleva a contraponer la organización partidista y el clientelismo con el populismo.

La distinción entre populismo clásico y neopopulismo es también problemática. ¿Es esta una diferenciación temporal para dar cuenta de la re-emergencia del populismo en los últimos procesos de democratización? ¿O es esta una diferencia entre tipos de populismo? Kurt Weyland (2001; 2002) distingue el populismo clásico del neopopulismo por las estrategias que usan los líderes para demostrar que tienen apoyo popular y por el nivel organizacional de la política. Los viejos populismos tenderían al uso de reuniones masivas, mientras que los neopopulismos usan los sondeos de opinión. Y si los populismos clásicos estuvieron más dispuestos a construir organizaciones e instituciones, los nuevos populismos son menos compatibles con la creación de instituciones y organizaciones. El problema de esta conceptualización es que se pueden encontrar un gran número de excepciones. Por ejemplo, Hugo Chávez está más cercano a los populismos clásicos y si bien Velasco Ibarra usó mítines políticos no construyó organizaciones e instituciones. Parecería que la distinción entre tipos de populismo de Weyland en lugar de ayudar confunde la investigación.

El análisis del populismo es de alguna forma circular y escapa a conceptos estrechos. Los apelativos al pueblo y la movilización popular son parte de la política. El populismo es una relación social que tiene que ver con la forma en la cual se incorporó a la gente común a la política como el pueblo que es diferente y está en oposición a la oligarquía. Debido a que las aspiraciones democráticas siguen siendo en gran parte promesas incumplidas, el populismo es una tentación recurrente de las democracias. Se necesita estudiar las manifestaciones específicas de los populismos en diferentes momentos históricos y en diferentes culturas políticas. Tal vez para lograrlo deberíamos aprender a vivir con

FLACSO - Biblioteca

conceptos menos rígidos. En palabras de Alan Knight (1998: 231), "las categorías rígidas deben ser remplazadas por tendencias fluidas."

El populismo tiene una serie de características que deben ser estudiadas. Los populismos nuevos y viejos se basan en la movilización de los seguidores. En lugar de asumir que el populismo no se basa en la organización, me parece que se deben estudiar los mecanismos concretos a través de los cuales se moviliza a los seguidores. La retórica populista opone maniqueamente al pueblo contra la oligarquía. La naturaleza de esta confrontación y los grupos incluidos y excluidos de estas categorías deben ser analizados. El populismo se originó como una respuesta a la exclusión de muchos de la política. La durabilidad del populismo se debe a que los pobres en varios países no tienen acceso a sus derechos. En sistemas políticos más institucionalizados donde el estado de derecho da garantías a los pobres y donde de alguna manera funcionan las instituciones políticas el populismo tiene dificultades de manifestarse. Es por esto que Chile y Costa Rica son en la actualidad los países en los que la tentación populista si bien existe no logra cuajar. Si bien el populismo tiene diferentes manifestaciones discursivas, y conlleva a diferentes niveles de polarización social en diferentes períodos y culturas políticas, éste continúa siendo recurrente en los países donde los derechos de la gente común no son respetados, pese a que la legislación los reconozca.

Referencias

Auyero, Javier
2001 *Poor People's Politics.* Durham and London: Duke University Press.

Burbano de Lara, Felipe
2003 "Lucio Gutiérrez, la política indígena y los frágiles equilibrios en el poder." *Anuario Social y Político de América Latina y el Caribe* Nº 6: 61-77.

Burgwall, Gerrit
1995 Struggle of the Poor. Neighborhood Organization and Clientelist Practice in a Quito Squatter Settlement. Unpublished Ph. D. Dissertation University of Amsterdam.

Bustamante, Fernando
2000 "¿Y después de la insurrección qué?" *Ecuador Debate* N 49: 43-56.

Cameron, Maxwell
1997 "Political and Economic Origins of regime Change in Peru: The Eighteen Brumaire of Alberto Fujimori." En *The Peruvian Labyrinth.* Editado por Maxwell Cameron y Philip Mauceri. Pp. 37-70.

Canovan, Margaret
1984 "People, Politicians and Populism." *Government and Opposition* 19 (3): 312-327.
1999 "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy." *Political Studies* 47: 2-16.

C.F.P.
1958 *¿A dónde va C.F.P..? Ideología y Táctica Cefepistas.* Guayaquil: Departamento de Prensa de C.F.P.

Michael Conniff, ed.
1999 *Populism in Latin America.* Tuscaloosa: The University of Alabama Press.

Coronil, Fernando
1997 *The Magical State.* Chicago and London: The University of Chicago Press.

Coronil, Fernando y Skurski, Julie
1991 "Dismembering and Remembering the Nation: The Semantics of Political Violence in Venezuela," *Comparative Studies in Society and History,* 33 (2): 288-337.

Cross, John
1998 *Informal Politics. Street Vendors and the State in Mexico City.* Stanford: Stanford University Press.

Cueva, Agustín
1989 "El Velasquismo: un ensayo de interpretación." En Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre, eds. *El Populismo en el Ecuador.* Quito: ILDIS. Pp.113-147.

DaMatta, Roberto
1987 "The Quest for Citizenship in a Relational Universe." En *State and Society in Brazil. Continuity and Change,* editado por John D. Wirth, Edson de Oliveira Nunes, y Thomas E. Bogenschild. Boulder: Westview Press. Pp. 308-335.

1991 *Carnivals, Rogues, and Heroes. An Interpretation of the Brazilian Dilemma.* Notre Dame: University of Notre Dame.

De la Torre, Carlos
2000 *Populist Seduction in Latin America.* Ohio University Press.
2002 *Afroquiteños Ciudadanía Y Racismo.* Quito: CAAP.

Degregori, Carlos Iván
2000 La *Década de la Antipolítica. Auge y Huida de Alberto Fujimori.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
1998 "Government, Citizenship and Democracy: A Regional Perspective." En *Fujimori's Peru: The Political Economy.* Editado por John Crabtree y Jim Thomas. London: Institute of Latin American Studies. Pp. 243-265.

Dietz, Henry
1998 *Urban Poverty, Political Participation, and the State. Lima 1970-1990.* Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Ellner, Steve and Hellinger Daniel
2003 *Venezuelan Politics in the Chávez Era.* Boulder and London: Lynne Reinner.

Freidenberg, Flavia
2003 *Jama, Caleta y Camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y del PRE para ganar elecciones.* Quito: Corporación Editora Nacional.

Freidenberg, Flavia y Alcántara, Manuel
2001 *Los dueños del poder. Los partidos políticos en Ecuador (1978-2000).* Quito: FLACSO.

Gay, Robert
1994 *Popular Organization and Democracy in Rio de Janeiro. A tale of two favelas.* Philadelphia: Temple University Press.
1997 "Entre el clientelismo y el universalismo. Reflexiones sobre la política popular. En *¿Favores por Votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo.* Editado por Javier Auyero. Buenos Aires: Editorial Losada. Pp. 65-93.

Germani, Gino
1971 *Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires: Editorial Paidós.

Guerrero, Rafael
1994 *Regionalismo y democracia social en los orígenes del "CFP".* Quito: CAAP Diálogos.

Hurtado, Osvaldo
1989 "Populismo y carisma." En Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre, eds. *El Populismo en el Ecuador.* Quito: ILDIS. Pp.173-197.

Laclau, Ernesto
1977 *Politics and Ideology in Marxist Theory.* London: Verso. m.s Populism: What's in a Name?

Levine, Robert
1989 "Elite Perceptions of the Povo." En *Modern Brazil Elites and Masses in Historical Perspective.* Editado por Michael L. Conniff y Frank D. MacCann, Lincoln: The University of Nebraska Press.

Levitsky, Steve
2001 "An 'Organized Disorganization': Informal Organization and the Persistance of Local Party Structures in Argentine Peronism." *Journal of Latin American Studies* 33: 29-65.

Levitsky, Steven y Cameron, Maxwell
2001 "Democracy without Parties? Political Parties and Regime Collapse in Fujimori's Peru. Paper prepared for presentation in the Congress of the Latin American Studies Association.

Lomnitz, Larissa
2001 *Redes Sociales, Cultura y Poder. Ensayos de Antropología Latinoamericana.* México: FLACSO.

Márquez, Patricia
2003 "The Hugo Chávez phenomenon: what do 'the people' think?" En *Venezuelan Politics in the Chávez Era.* Editado por Steve Ellner y Daniel Hellinger. Boulder and London: Lynne Reinner. Pp. 197-215.

Martz, John D.
1989 "La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960. En Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre, eds. *El Populismo en el Ecuador.* Quito: ILDIS. Pp. 323-351.

Menéndez-Carrión, Amparo
1986 *La Conquista del Voto en el Ecuador: De Velasco a Roldós.* Quito: Corporación Editora Nacional.

Novaro, Marcos
1998 "Populismo y gobierno. Las transformaciones en el peronismo y la consolidación democrática argentina." En *El Fantasma del Populismo. Aproxima-*

ción a un Tema [Siempre] Actual, editado por Felipe Burbano de Lara. Caracas: Nueva Sociedad. Pp. 25-49.

O'Donnell, Guillermo
"Delegative Democracy," *Journal of Democracy* 5: 1 (January): 55-69.
1999 "Poliarchies and the (Un)Rule of law in Latin America: A Partial Conclusion." En *The (Un) Rule of Law and the Underprivileged in Latin America.* Editado por Juan Méndez, Guillermo O'Donnell y Paulo Sérgio Pinheiro. Notre Dame: University of Notre Dame Press. Pp. 303-339.
2001 "Reflections on Contemporary South American Democracies." *Journal of Latin American Studies* 33: 599-609.

Ponce, Javier
2000 *Y la madrugada los sorprendió en el poder.* Quito: Planeta.

Quintero, Rafael
1989 "El mito del populismo velasquista y la consumación del pacto oligárquico." En Felipe Burbano de Lara y Carlos de la Torre, eds. *El Populismo en el Ecuador.* Quito: ILDIS. Pp.199-261.

Roberts, Kenneth
1995 "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case," *World Politics* 48 (October): 82-116.
1998 *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru.* Stanford: Stanford University Press.
2003 "Populist Mobilization and Political Organization in Latin America: Historical and Contemporary Variations." Paper prepared for presentation at XXIX International Congress of the Latin American Studies Association.

Roldós, Jaime
1982 *Jaime Roldós Su Pensamiento.* Quito: Secretaría Nacional de Información Pública.

Tanaka, Martín
1998 "From Movimientismo to Media Politics: The Changing Boundaries between Society and Politics in Fujimori's Peru." En *Fujimori's Peru: The Political Economy.* Editado por John Crabtree y Jim Thomas. London: Institute of Latin American Studies. Pp. 229-243.

Tilly, Charles
1998 *Durable Inequalities.* Berkeley: University of California Press.

Vilas, Carlos

1995 *La democratización fundamental. El populismo en América Latina.* México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Velasco Ibarra, José María

1937 *Conciencia o Barbarie.* Quito: Editorial Moderna.

s/f "¡Querida Chusma!" En, *Discursos. Obras Completas Tomo XII.* Quito: Editorial Santo Domingo

Weyland, Kurt

1996 "Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities." *Studies in Comparative International Development* 31, 3: 3-31.

2001 "Clarifying a Contested Concept. Populism in the Study of Latin American Politics. *Comparative Politics* 34 (1): 1-23.

2002 *The Politics of Market Reform in Fragile Democracies. Argentina, Brasil, Peru, and Venezuela.* Princeton: Princeton University Press.

Wolfe, Joel

1994 "'Father of the Poor' or 'Mother of the Rich'?: Getúlio Vargas, Industrial Workers, and Constructions of Class, Gender, and Populism in São Paulo, 1930-1954," *Radical History Review* 58: 80-112.

REPENSANDO EL POPULISMO

Gerardo Aboy Carlés

REPENSANDO EL POPULISMO*

*Gerardo Aboy Carlés***

Se ha repetido hasta el hartazgo que pocos términos han gozado en el ámbito de las ciencias sociales de tan escasa precisión como el *de populismo.* La mayor parte de los estudios dedicados a explorar y criticar este término, con mayores o menores pretensiones de alcanzar definiciones conceptuales mínimas, inician su recorrido con una trillada advertencia de este tipo. Más aún, podría afirmarse que, en general, los trabajos sobre el populismo conforman una suerte de subgénero menor de la literatura académica. Quien los aborda se enfrenta a una estructura rígida y predeterminada: se comienza señalando la mentada ambigüedad, se prosigue con la crítica de los usos y las conceptualizaciones que con distinto grado de felicidad tienen vigencia, y, tras ello, se desarrolla y establece una definición propia. Conforme al pundonor del autor, éste caracterizará a su criatura como un aporte entre otros, una verdad evidente que sólo la torpeza de sus colegas ha diferido, o, en el caso de quienes comprenden que esta última alternativa devalúa su propia labor, como el hallazgo que, al fin, acabará con la anarquía conceptual que rodea a nuestra palabra.

---

* Este artículo apareció en el volumen 4 de la Revista Política y Gestión, editado por Homo Sapiens. Rosario. Santa Fe. Argentina. Agradecemos profundamente a los editores y al autor por permitirnos reproducirlo y a Hugo Quiroga por su apoyo. Agradezco a Emilio de Ipola los comentarios realizados al presente trabajo.

** Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Investigador del CONICET/UNSAM. Profesor regular de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) *gacarles@unsam.edu.ar*

Realizada la advertencia que precede, debemos consignar que el trabajo que estamos presentando no recorre un camino original. Sigue los pasos de un libreto predeterminado (el del mentado subgénero) aunque desde una perspectiva particular. Nuestra crítica se ceñirá a un conjunto de usos vigentes del *término populismo* para posteriormente abordar, desde la perspectiva de la sociología política, la búsqueda de ciertos elementos comunes que han caracterizado la constitución identitaria de algunos *populismos realmente existentes.*

Nuestro trabajo de investigación se ha centrado en los procesos de constitución y transformación de las principales identidades políticas en Argentina, focalizándose en aquellos agregados políticos que dieron cuerpo a lo que denominamos una *matriz populista* de co-constitución de identidades: el radicalismo yrigoyenista y el peronismo. De allí que el *status* particular de la definición que proponemos deba delimitarse a partir de dos condicionantes específicos:

1. Nuestra aproximación parte de una perspectiva local, intentando rastrear patrones paradigmáticos que hacen a la definición de una *tradición* populista argentina. Si bien creemos que es viable su generalización a otros casos -pensamos especialmente en los llamados "populismos clásicos" latinoamericanos [Mackinnon y Petrone, 1998]-, tal extensión de la referencia conceptual está sujeta a un debate que excede largamente el objetivo de este artículo.
2. Con nuestra intervención, no buscamos postular una definición acabada y terminante, con pretensiones de cerrar un debate que se ha reabierto en los últimos años. Simplemente, intentamos aislar un conjunto de elementos comunes, capaces de describir un aspecto de las fuerzas políticas consideradas populistas en Argentina: aquel que hace a sus procesos de constitución identitaria. En este sentido, nuestra definición aparece como parcial; esto es, restringida a los intereses de nuestro específico campo de investigación. Nuevamente, determinar si los aspectos aquí circunscriptos hacen a la composición de una definición general del populismo (esto es, si constituyen parte del núcleo concep-

tual) es algo que, pese a nuestra apuesta en ese sentido, no puede ser plenamente determinado por este trabajo.

Expuestas estas limitaciones, comenzamos a recorrer, con nuestro paso, un camino conocido.

Crítica de un uso criticado

La creciente colonización del pensamiento sociológico y politológico por la economía ha conducido a que el uso más extendido del término *populismo* se vincule hoy a la connotación de ciertas políticas públicas: cuando, en nuestros días, un candidato denuesta el populismo no hace sino designar con ese nombre tanto a un conjunto de políticas destinadas a proteger y promover el mercado interno, como -y esto en el mejor de los casos- a la particular relación entre Estado y actores sociales característica de dichas políticas[1]. Sin embargo, el término sigue evocando hoy, en su uso corriente, una serie de significados contradictorios que exceden largamente esa referencia a un conjunto de políticas positivas[2]. Lejos de un desplazamiento absoluto de su significación, el significante populismo deviene polisémico porque una

---

1 Es decir, el uso político más cotidiano del término *populismo* refiere a un *set* de políticas que fue característico de los denominados *populismos clásicos* latinoamericanos. Esto es: un Estado interventor y asistencialista, con control de los servicios públicos; propiedad y control estatal en diversas esferas de la producción y la comercialización, proteccionismo comercial, utilización política del gasto público y redistribución de ingresos.

2 Sobre el particular, resulta ilustrativa la reciente contribución de Kurt Weyland (2001). El autor vincula la confusión existente en torno a la noción de populismo con la transformación operada por el paso de un concepto acumulativo (esto es por agregación de atributos, todos los cuales deben estar presentes para caracterizar a un fenómeno como populista) a un concepto aditivo, en el que no es necesaria la presencia de todos los atributos, sino la de uno *u* otro, para calificar como populista a un caso particular. La conversión del populismo en un concepto aditivo implicó que nuevas situaciones, que sólo comparten algunos atributos del llamado "populismo clásico" y que poseen otras facetas completamente diferentes de las de aquél, sean englobadas en la categoría, dando lugar a una infinita serie de subtipos *(radial categories)*.

amplia serie de situaciones han sido sucesivamente designadas con tal nombre. De allí que, al lanzar nuevamente al ruedo el término, estemos evocando un contradictorio conjunto de ideas que se ha ido sedimentando con el transcurso del tiempo, ideas que siempre pueden ser unilateralmente actualizadas, convirtiendo al populismo en un pseudoconcepto cuyo abandono parecería aconsejable (Roxborough, 1984).

Repasemos rápidamente algunos de esos otros significados contradictorios todavía en circulación en el contexto latinoamericano y más específicamente argentino. Ha de tenerse en cuenta que no nos proponemos un exhaustivo recorrido de la rica polisemia que ha adquirido este término a través de su devenir, sino simplemente enumerar los usos más corrientes que el mismo continúa teniendo en nuestro medio:

1. La interpretación estructural-funcionalista concibe al populismo como una temprana incorporación de las masas a la vida política que ha sobrepasado la capacidad de absorción de las instituciones existentes, lo que habilita la emergencia de un liderazgo discrecional y manipulatorio. Con múltiples matices diferenciales, los trabajos de Gino Germani y Torcuato Di Tella se inscriben en esta tradición. El populismo es, aquí, el producto de una asincronía en el proceso de transición de una sociedad tradicional a una sociedad moderna.
2. Diversos trabajos en las últimas dos décadas han señalado bajo el rótulo de populistas o "neopopulistas" a distintas experiencias políticas que abarcan desde la ola neoconservadora angloamericana de los ochenta hasta liderazgos de extrema derecha como los de Jean-Marie Le Pen y su Frente Nacional en Francia, o, Jörg Haider y el Partido de la Libertad austríaco. En el contexto latinoamericano, el término "populista" fue utilizado para referirse a movimientos tan disímiles como el de Fujimori en Perú, Menem en Argentina, o, Chávez en Venezuela. En los dos primeros casos, el prefijo "neo" parece hacer referencia a la adopción por parte de aquellos gobiernos de políticas de reforma económica antagónicas con el populismo tradicional latinoamericano, en-

tendido éste como una serie de políticas positivas destinadas a la protección y promoción del mercado interno, las consecuentes políticas redistributivas, etc.[3]

3. El populismo como una particular forma de discursividad política. Si bien con antecedentes, esta interpretación cobró fuerza a partir de 1977, cuando se produjo la aparición del texto de Ernesto Laclau "Hacia una teoría del populismo". Allí, el término remite a una particular forma de articulación discursiva consistente en la presentación de las interpelaciones popular democráticas como conjunto sintético antagónico respecto de la ideología dominante[4].

---

3 Los ejemplos sobre esta utilización extensiva del término populismo son abundantes. A principios de los años noventa, ya había una ampliación de la referencia a gobiernos que venían aplicando un *set* de políticas neoliberal, antagónico de aquel que había caracterizado a los considerados *populismos clásicos* de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Un verdadero hito en esta ampliación de la referencia estuvo dado por la aparición del conocido artículo de Kenneth Roberts (1995) sobre el caso peruano. En el contexto argentino, sobresalen los trabajos de José Nun (1995) y Marcos Novaro (1995a y 1995b) que consideran como populista la experiencia menemista. Nuestra posición difiere radicalmente de la de ambos autores.

4 Posteriormente, Emilio de Ipola, en su libro *Ideología y discurso populista* prestaría especial atención al trabajo de Laclau. La crítica de Ipola a Laclau (ver los artículos "Populismo e ideología" I y II. ambos escritos en 1979) se inscribe en el marco de su cuestionamiento a la noción althusseriana de interpelación. Desde una noción más tradicional de la representación política, de Ipola ponía el acento en el carácter unidireccional de la noción de representación que dicha noción althusseriana implicaba, señalando que faltaba en los trabajos de Laclau el plano de la recepción o mejor dicho, del reconocimiento imprescindible para que toda enunciación tenga efectos prácticos (de Ipola, 1987). Posteriormente, la influencia del pensamiento de Derrida y su concepción de la representación como suplementariedad influiría tanto sobre Laclau como sobre de Ipola, desdibujando el reparo esbozado. Sin embargo, la problemática sigue abierta toda vez que el marco posestructuralista debe vérselas con el análisis de un proceso (esto es, de una dimensión diacrónica del análisis). De allí, la aparición de pares antitéticos como los de sedimentación/reactivación o identidad/acto de identificación, tomados posteriormente por Laclau (1993 y 1994) de la fenomenología y el psicoanálisis, respectivamente.

4. En 1981, apareció el artículo de Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes". Allí, el populismo aparece como **una voluntad colectiva de contradictoria articulación**, estructurada a través de un conflicto entre tendencias a la ruptura y contratendencias a la integración. Los populismos realmente existentes se caracterizan para los autores por una fuerte concepción organicista que hace que los antagonismos populares contra la opresión, característicos de toda voluntad colectiva nacional-popular, se desvíen perversamente hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a la comunidad, enalteciendo la semejanza sobre la diferencia y la unanimidad sobre el disenso. A diferencia de Laclau, para quien el socialismo debía devenir populista para alcanzar la hegemonía, los autores marcaban una abrupta ruptura entre socialismo y populismo (de Ipola y Portantiero: 1989).

Si no nos satisface la asociación del populismo con una serie de políticas positivas, tampoco, ciertamente, nos parecen apropiadas algunas de las significaciones alternativas que hemos reseñado y que continúan jugando su papel en el ámbito de las ciencias sociales. Cada una de estas concepciones ha sufrido diferentes y alternativas refutaciones más o menos consistentes según el caso.

Comenzando con la asociación del populismo con una serie de políticas positivas (característica de la utilización que la dirigencia política hace del término para descalificar un *set* de políticas considerado anacrónico), debemos indicar que hay una suerte de desplazamiento entre el significante populismo y los casos particulares que connota sin que uno y otros puedan corresponderse con cierta regularidad: así surgirán múltiples ejemplos de experiencias que han sido llamadas populistas y han adoptado políticas radicalmente distintas a las consideradas como "populistas" por los economistas. Para citar sólo algunos ejemplos, indicaremos la experiencia de Yeltsin en Rusia o Menem en Argentina. En el pasado, la experiencia del chicotazismo uruguayo es un ejemplo clásico de un movimiento alternativamente rotulado como

populista y cuyas políticas específicas se desviaban del prospecto económico asociado a ese nombre. Del otro lado, hay toda una vasta serie de ejemplos de políticas proteccionistas y redistributivas que no han sido calificadas como "populistas". El caso más notorio estaría dado por la experiencia de la socialdemocracia europea hasta la década del setenta, y, especialmente, por el laborismo británico previo al triunfo conservador; pero aún en el contexto latinoamericano la calificación de "populista" suena excesiva y es rehuida para caracterizar a gobiernos fieles a la agenda económica proteccionista y redistributiva como la administración radical de Arturo Illia en la Argentina de los sesenta. Algo más rica es esta acepción del populismo cuando no se circunscribe a una serie de políticas concretas e intenta caracterizar al particular sistema político que es su ambiente: aquí el populismo, entendido como sistema nacional-popular, aparece singularizado por la imbricación del sistema de representación de intereses y el sistema de toma de las decisiones, derivando en la consecuente erosión de la diferencia entre lo público y lo privado.

En cuanto a la caracterización del populismo como un fenómeno de asincronía en un proceso de transición de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, la misma ha sufrido diversas críticas por el carácter teleológico que supone. Lejos de incorporar categorías para aproximarnos al estudio de situaciones concretas (en las que tradición y cambio se enlazan indisolublemente), estaríamos limitándonos a establecer el mapa del supuesto extravío del paradigma presupuesto como meta de llegada. Desde otra perspectiva, podría cuestionarse cómo diferentes asincronías inherentes a rápidos procesos de modernización han desembocado en experiencias políticas que sería temerario asociar al populismo (para citar algunos ejemplos, la administración González en España[5] o el proceso liderado por Vaclav Havel en la República Checa).

---

5 El gobierno socialista en España (1982-1996) es un claro ejemplo de la insuficiencia de la caracterización del populismo como "tentativa de control antielitista del cambio social" (Touraine, 1989: 165). Si bien el populismo puede concebirse como una tentativa de este tipo, es claro que constituye sólo *una* entre otras posibles.

Más complejo resulta aproximarnos a la utilización anárquica del término populismo que en los últimos años ha poblado la bibliografía especializada para referirse a disímiles casos de liderazgo político. En general, los autores que ponen a fenómenos tan dispares como los movimientos encabezados por Thatcher, Reagan, Fujimori, Le Pen, Haider, Menem o Chávez bajo una denominación común conciben al populismo como una suerte de "estilo"de liderazgo. En la base de este uso, se encuentran viejas aproximaciones al fenómeno (Shils, 1956; Wiles, 1969), que lo identifican con aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia. Por este camino, el término populismo se ha ido deslizando en los últimos años hasta hacerse indistinguible del concepto de demagogia[6] En un excesivo juego metonímico, aquella vieja totalidad de las primeras teorizaciones ha sido reducida a sus elementos componentes y, hoy, la identificación de algún aspecto particular que caracterizó a lo que en algún momento fue calificado como populismo es tomada como prueba suficiente para ingresar en la categoría. Pocos terrenos han sido tan propicios a caer en la falacia de afirmación del consecuente como los estudios políticos y sociales por la proliferación de este pseudoinductivismo analógico. Más aún: basta que un dirigente manifieste obrar en favor del pueblo o que simplemente invoque su nombre con cierto énfasis y persistencia para que inmediatamente sea calificado de populista. ¡¿Qué dirigente político puede sustraerse entonces al lanzamiento de este epíteto des/calificador?!

6 Pierre-André Taguieff ha reparado agudamente en ello. La violencia verbal (denuncias estigmatizaciones, etc.) no es un elemento exclusivo del populismo (y por tanto no puede ser su núcleo definitorio): "todos los discursos demagógicos deforman, retraducen y transfiguran las compulsiones y las pasiones negativas a fin de explotarlas simbólicamente. Lejos de denotar un rasgo específico del populismo, lo que está en juego aquí es algo típico de la demagogia" (Taguieff, 1996: 69-70).

La anárquica utilización del término no ha escapado en numerosas oportunidades a una fuerte impronta normativa: todos los "ismos" rechazados o extraños encuentran así su inscripción en el *populismo*, convertido en una suerte de categoría residual que acota un tranquilizante terreno para la morbidez política de otrora o la incorrección política de hoy: fundamentalismo, *racismo*, chauvinismo, son asociados bajo la recurrente nominación. El *saber* se reduce a *reconocer* ha escrito Taguieff, expresando en relación al lepenismo:

> la falsa evidencia de continuidades, relaciones y hasta repeticiones desalienta la exploración de la especificidad de los fenómenos. Por último, la ilusión tranquilizante de la identificación de una recurrencia sirve a la vez como una virtuosa condena moralista del fenómeno: como recurrencia del mal (la extrema derecha, el fascismo, el totalitarismo) no es necesario analizar y clarificar el movimiento lepenista sino, antes bien, denunciarlo y aislarlo (Taguieff, 1996: 44).

Lo que nos preocupa no es tanto la disparidad de los casos enlazados bajo la nominación de "populistas", sino la falta de un hilo conductor que justifique su coexistencia bajo un techo común. Esta utilización anárquica de la vieja nominación es el ejemplo más concreto de la necesidad de especificar la noción. "La palabra 'populismo' ha sufrido una irónica desventura: se ha hecho popular" ha apuntado el mismo Taguieff (1996:29).

Si por un lado la utilización ligera y poco rigurosa del término se repite constantemente en estudios de caso o análisis comparativos, por el otro, no han faltado recurrentes intentos de encauzar la discusión. Cada cierto número de años aparecen intervenciones teóricas cuyo objetivo es dar una cierta especificidad al concepto. Los mencionados trabajos de Laclau (1978) y de de Ipola y Portantiero (1989), persiguieron en su momento dicho fin. El último trabajo con una meta similar -aunque con una orientación completamente diferente de los anteriores- corresponde a Kurt Weyland (2001). Dar cuenta del uso de una nominación e intentar respetar ese uso en la construcción de un concepto es el objetivo que anima su reciente redefinición. Pese a concebir al popu-

lismo como una *estrategia política* y no como un *estilo*, la noción de Weyland da cabida a buena parte de los distintos usos que caracterizaron la anarquía conceptual que ha proliferado en las últimas dos décadas. El autor define al populismo como "una estrategia política a través de la cual un líder personalista procura o ejerce el poder gubernamental basado en el respaldo directo, inmediato y no institucionalizado de un amplio número de seguidores desorganizados". Distingue luego dos subtipos del fenómeno conforme a que los seguidores estén amplia o completamente desorganizados (Weyland, 2001)[7].

La noción de Weyland gozaría aparentemente de la generalidad necesaria como para dejar dentro del concepto a todos los usos, viejos y nuevos, estrictos y amplios, siempre que presenten esos dos rasgos: un liderazgo carismático y la desorganización de los seguidores -al menos ello es lo que expresamente nos indica el autor al desarrollar una justificación de su redefinición. La forma del respaldo, esto es la desorganización y la falta de institucionalización, sería la nota distintiva que caracterizaría al populismo como un tipo particular dentro de la categoría más amplia de dominación carismática. Recordemos que, si bien para Weber la heteronomía del séquito del moderno demagogo aparece como un dato, la desorganización de los seguidores está lejos de constituir un requisito para el liderazgo carismático. Pensando en los procesos de ampliación del sufragio en Occidente, Weber concedió un papel fundamental a la máquina partidaria, al punto de sostener que se convierte en líder aquel dirigente tras el cual se encolumna la máquina. De allí en más, la vigencia del liderazgo supone la proletarización intelectual de los seguidores (Weber, 1982).

---

7 En verdad el concepto de Weyland está especialmente orientado a la inclusión del llamado "neopopulismo" en la categoría. Así, llega a afirmar que, en la era de las encuestas de opinión y de los medios masivos de comunicación, el líder requiere mucho menos de estructuras organizacionales o de intermediación. A partir de ello, sostiene que el *neopopulismo* es, conforme a su definición, "más populista" que el *populismo* clásico.

En definitiva, entre heteronomía y desorganización no hay, pues, ninguna relación de necesidad en general, si bien su conjunción particular sería para Weyland definitoria del *populismo* en tanto estrategia de construcción política.

Una tercera variable abordada por Weyland es la referida al nivel de institucionalización[8] en el que el populismo emerge. Un importante aporte del autor consiste en no reducir a ámbitos de baja institucionalización la emergencia del populismo, un error que ha sido habitual en diversas aproximaciones al fenómeno. Del contexto de emergencia del populismo (esto es, del grado de institucionalización de aquel) dependerá que éste construya la diferencia que encarna, bajo la forma de una estrategia[9] que podríamos denominar *juridizadora*[10] (en contextos de baja institucionalización) o *qualunquista* (en contextos de alta institucionalización). Por supuesto que esta distinción hace referencia a tipos ideales de dudosa verificación empírica. Se trata de síntesis paradigmáticas polares, de modo que, a menudo, lo que tendremos son situaciones intermedias. Así, será común encontrar, en contextos políticos con un grado intermedio de institucionalización, la emergencia de estrategias populistas que aúnan, a un tiempo, tendencias juridizadoras y *qualunquistas*.

---

8 Entendemos por institucionalización la sedimentación de rutinas estables que hacen a la determinación de quién ha de ejercer el poder y cómo ha de ejercerse ese poder. En definitiva a la neutralización de lo político y su conversión en política como esfera regulada de limitación de la incertidumbre de la vida colectiva.

9 Creemos oportuno dejar en claro que, conforme a nuestra perspectiva, no entendemos por estrategia un curso continuo de acción racional con arreglo a determinado fin (empresa), sino la reconstrucción posterior de un devenir, muchas veces independiente de toda intencionalidad. Si el peronismo constituye un ejemplo de una estrategia populista de construcción política, dicha estrategia tiene poco que ver con la intencionalidad del líder y más con el complejo proceso de intersección entre formas de acción, resultados no queridos, etc.

10 El carácter *ciudadanizador* que diversos estudiosos han identificado en los populismos clásicos sería precisamente una variante particular de las estrategias que hemos llamado "juridizadoras".

Hasta aquí tenemos que, para Weyland, el populismo, en tanto una de las estrategias particulares de una forma de dominación carismática, supone la heteronomía de los seguidores (condición ésta necesaria pero no suficiente para la calificación de un fenómeno *como populista)*. Una estrategia populista podrá emerger en contextos de diferente grado de institucionalización (por lo cual esta variable nada nos dice acerca del concepto general que estamos revisando). Finalmente, la desorganización de los seguidores sería el rasgo distintivo, específico, que marcaría la particularidad del populismo en tanto noción diferenciable al interior de la dominación carismática.

Cabe subrayar este último aspecto (el de la organización baja o nula, que será siempre una variable polémica y difusa). Un primer cuestionamiento podría formularse al respecto: ¿Qué liderazgo surge de la completa desorganización?[11]. Es una constante de los movimientos populistas el asumirse como la encarnación de una radical ruptura respecto del pasado: de allí su carácter fundacional (peronismo) o refundacional, cuando se pretende una suerte de vuelta a las esencias (cardenismo). Así, es común que, en sus primeras fases, un movimiento populista fundacional apueste a "no tener pasado". En el caso del primer peronismo, esto es claro: el mito del país dual, la Argentina oculta e invisible[12], apareció como la más firme explicación asumida por los propios dirigentes e intelectuales peronistas. La propia representación era concebida como la mostración de una realidad masiva pero desarticulada, que, hasta entonces, había sido institucionalmente negada.

---

11 Weyland claramente supone que existen situaciones de esta clase ya que así define a uno de sus subtipos. Debemos destacar que esta distinción (seguidores poco organizados/seguidores completamente desorganizados) no se reduce directamente a aquella otra también esbozada por el autor entre contextos baja o altamente institucionalizados (de la que dependerá lo que hemos distinguido como carácter juridizador o *qualunquista* del movimiento).

12 Sobre la manifiesta influencia de la llamada "literatura de la crisis" (Scalabrini Ortíz. Martínez Estrada, Mallea) en el mito de emergencia del peronismo se han producido ricas y variadas aproximaciones en la última década: Quatróchi Woisson, 1992; Svampa, 1994 y Neiburg, 1995.

Los desplazamientos míticos[13] desarrollados durante el gobierno del primer peronismo y que han sido estudiados por Emilio de Ipola (1987) y Mariano Plotkin (1994 y 1995) se inscriben en la lógica de constitución del emergente liderazgo de Perón: la tentativa de eliminar de la memoria colectiva a las instancias intermedias –y más precisamente al sindicalismo organizado– de los sucesos de Octubre de 1945 (esto es la eliminación de una red organizacional que fue esencial a la constitución del liderazgo y que existía previamente)[14]. En este sentido, trabajos como los de Germani (1962, 1967 y 1973) o Félix Luna (1982) han contribuido a cimentar a posteriori la imagen que la propia conducción peronista promovió de su origen, identificada con la metáfora del país dual y una supuesta movilización de lo inorganizado (en esta perspectiva las distancias entre Germani y el discurso peronista se

---

13 Tomamos la noción de mito de Roland Barthes (1991: 205) exclusivamente en lo que hace a concebir a éste como un sistema semiológico segundo; esto es, como una construcción a partir de una cadena se-miológica que existe previamente (un signo constituido por un significante y un significado). Ese signo primero (el total asociativo de una imagen y un concepto), se vuelve simplemente significante en el segundo sistema semiológico llamado mito. De lo anteriormente expuesto, se deduce que, en el sistema mítico, el significante (al que Barthes denomina forma) es parcialmente motivado y no completamente arbitrario. A su vez, todo mito puede convertirse en el eslabón inicial de nuevos sistemas semiológicos como forma de un tercer sistema y éste a su vez de un cuarto sistema y así sucesivamente. Nos apañamos de Barthes en otras consideraciones acerca del mito, como su apoliticidad o cierta interpretación de su carácter de "lenguaje robado" (¿qué lenguaje no lo es?) que han devenido crecientemente anacrónicas.

14 Un ejemplo singular de estos desplazamientos míticos estuvo dado por el rechazo de Perón a la propuesta laborista de declarar al 17 de Octubre, fecha fundacional del peronismo, como "Día del Pueblo". Poco tiempo después de asumir el gobierno, el Congreso Nacional lo incorporaría a las festividades patrias bajo la nominación "Día de la Lealtad". Se seguía evocando una supuesta epopeya pero su sentido había mutado profundamente: no se celebraba ya el protagonismo popular como tal sino el lazo asimétrico que unía a un pueblo disperso con su líder. Al respecto ver Plotkin (1994). Sobre desplazamientos de este tipo, resulta, también, particularmente sugestivo, el artículo de Emilio de Ipola "Desde estos mismos balcones" (de Ipola, 1987: 175 y ss.)

establecen en torno al destino mórbido o no de esa movilización). Por el contrario, los más importantes estudios que criticaron la contraposición entre nuevos y viejos obreros de la tesis de Germani (Murmis y Portantiero, 1969), o que adjudicaron un activo papel al sindicalismo en los sucesos de Octubre (Torre: 1990 y 1995) erosionaban la construcción mítica que el peronismo realizaba de su propio origen. La filiación del peronismo con movimientos políticos anteriores (yrigoyenismo, federalismo), esto es, la transhistórica hipóstasis del mito del país dual, será, oficialmente para el peronismo, una operación tardía y vinculada al derrocamiento y la proscripción. Cuando el peronismo fue proscripto de la vida política, no tardó en enlazar su experiencia a un discurso histórico también proscripto como el del revisionismo[15].

A través de un simple caso testigo (el del primer peronismo) hemos intentado remarcar el exceso de la tesis de Weyland y su subtipo de populismo caracterizado por la completa desorganización de los seguidores. El lector no tardará en poder realizar ejercicios similares con el resto de las experiencias "populistas" en los términos definidos por el autor. Es claro que atribuir a cualquier movimiento político la absoluta desorganización de los seguidores (y en todo caso la superación de esa desorganización mediante instancias verticales y heterónomas bajo control del líder) es un exceso sin encarnación empírica. Ninguna experiencia política surge de la nada y, en este sentido, la conceptualización de Weyland asume acríticamente el propio mito de emergencia del discurso populista precisamente allí, en lo que hace al núcleo de su esfuerzo de redefinición.

Pero vayamos al segundo caso, el de una baja organización de los seguidores. Sin duda aquí tendremos ya una multitud de casos que en-

15 Si bien existieron precursores del discurso revisionista en el primer peronismo (John William Cooke, Ernesto Palacio, entre los principales), diversos autores, entre los que se destacan Mariano Plotkin (1994), y Maristella Svampa (1994), han demostrado cómo, en el primer período, el discurso oficial peronista asume la historiografía vigente (esto es la historiografía liberal) sin cuestionamientos.

carnan el subtipo conforme a la definición de Weyland (Fujimori, Bucaram, etc). Ahora bien, existiendo verdaderamente un liderazgo con un respaldo masivo es dudoso establecer cuál es el límite para clasificar la fortaleza o la debilidad de la organización que, en este caso, Weyland parece erróneamente vincular a la autonomía/heteronomía respecto del líder. Creemos haber dejado en claro que no hay necesidad lógica entre heteronomía y desorganización: aquí hay un segundo nivel de confusión, ya que nada dice que una instancia de agregación heterónoma no pueda estar fuertemente organizada. En este punto y pese a su aguda distinción inicial, Weyland parece deslizarse hacia un tercer error: la confusión de la variable organización/desorganización (de los seguidores) no sólo con la ya mentada distinción entre autonomía y heteronomía, sino también con aquella otra que hace referencia a la fortaleza o la debilidad institucional (del contexto). Por ello, el segundo subtipo de Weyland se vuelve, cuando menos, confuso en su definición y de escasa capacidad operatoria.

Llegados a este punto, es claro que, si bien nos parece que Weyland realiza un excelente desarrollo acerca del itinerario del *término populismo,* haciendo un rico rastreo del devenir que conformó su actual polisemia, mantenemos importantes diferencias respecto de su propuesta de redefinición. Si por un lado expresa que intenta subsumir bajo su definición todos los usos vigentes del término populismo, y, por otro, inserta dentro de su definición general y de subtipos, la caracterización que el propio populismo da de sí, no sería infundado -valiéndonos por una vez de la polisemia del término- calificar a la propuesta de Weyland como una definición *populista* del populismo[16]. La "desorga-

16 Definición populista por dos razones. La primera, epistemológica: esto es respetar incuestionadamente el uso de un pseudoconcepto para intentar construir un débil nexo que cobije a casos disímiles en una común nominación. Aquí, la referencia obligada es la del *narodnichestvo* ruso. Si éste abogaba en favor de una adaptación de los intelectuales al pueblo y sus necesidades cotidianas reales, la propuesta de Weyland es la adaptación sin más a un uso laxo del término, aquel sostenido por la mayor parte, de la comunidad académica (y no sólo por ella), en desmedro de quienes exigen mayor rigurosidad conceptual. La segunda razón es analógica, por cuanto Weyland asume, como dijimos, el propio

nización" de los seguidores, creemos haber comprobado, no puede ser su diferencia específica. Si el nivel de institucionalización del contexto nada nos dice en cuanto a la definición en general, sólo nos queda la heteronomía de los seguidores como rasgo distintivo. Ahora bien, la heteronomía respecto del líder es un rasgo de la dominación carismática como tal (no de un subtipo particular de ésta) y con ello, la noción de populismo devendría superflua.

A esta altura, bien podríamos preguntarnos: ¿Hay alguna utilidad para el término *populismo* en las ciencias sociales? ¿Existen rasgos comunes a los fenómenos intuitivamente asociados bajo esa nominación? Nos inclinamos por una respuesta afirmativa a ambas preguntas e intentaremos justificar nuestra opción. Nuestro camino será el de una reelaboración de los aportes de Ernesto Laclau, y, Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero sobre la materia y, por tanto, debemos abordar previamente las principales críticas que estas intervenciones han suscitado.

La mirada de la sociología política

Muchas veces, resulta dificultoso establecer un terreno propio para la sociología política. De hecho, los límites entre la sociología política y la ciencia política se han vuelto cada vez más difusos y problemáticos. Intuitivamente, se opta en los hechos por una suerte de recor-

---

discurso populista acerca de sus orígenes en la construcción de su definición.16

Definición populista por dos razones. La primera, epistemológica: esto es respetar incuestionadamente el uso de un pseudoconcepto para intentar construir un débil nexo que cobije a casos disímiles en una común nominación. Aquí, la referencia obligada es la del *narodnichestvo* ruso. Si éste abogaba en favor de una adaptación de los intelectuales al pueblo y sus necesidades cotidianas reales, la propuesta de Weyland es la adaptación sin más a un uso laxo del término, aquel sostenido por la mayor parte, de la comunidad académica (y no sólo por ella), en desmedro de quienes exigen mayor rigurosidad conceptual. La segunda razón es analógica, por cuanto Weyland asume, como dijimos, el propio discurso populista acerca de sus orígenes en la construcción de su definición.

te topográfico a partir de la correspondencia del objeto a supuestos ámbitos como la sociedad o el Estado. La vieja metáfora de la escisión revive, entonces, como una operación tranquilizadora: la ruptura del centauro que permite deslizarnos en una geografía simplificada, en la que cada cosa tendrá un lugar correspondiente[17]. Por este camino, la distinción disciplinaria se vuelve tan insostenible como aquella anacrónica escisión decimonónica[18]. La diferencia específica, aquello que da a la sociología política su razón de ser, no es la supuesta ubicación espacial de la materia sobre la que versa (de hecho, en sentido estricto, ni siquiera es la materia sobre la que versa), sino la forma en que construye su objeto. Dado que de *sociología* política estamos hablando, habrá, al menos, tantas concepciones de su objeto específico como concepciones acerca del objeto de la sociología. Por ello, diremos por ahora que, para nuestra perspectiva, el objeto de la sociología política será ese aspecto central del lazo social que es el lazo político. Las solidaridades políticas se convierten así en materia central de los estudios en nuestra disciplina.

El Laclau de 1977 es aún bastante fiel al concepto de interpelación althusseriano. Releer "Hacia una teoría del populismo" dos décadas más tarde puede ser un cruel ejercicio, si el lector, haciendo abstracción del espíritu de la época, hace hincapié en la pervivencia de sesgos

17 La metáfora topográfica no es inocua: analogados a espacios, ámbitos, terrenos o campos. Estado y sociedad guardarán una relación de mutua exclusión en esta imagen.

18 Pensemos, a modo de ejemplo, en los estudios sobre ciudadanía y nuevos derechos, la problemática sería inclasificable disciplinariamente si se siguiera una ingenua delimitación topográfica.

reduccionistas de clase[19] o en las contradicciones internas que la propia exposición depara[20].

Sin embargo, cuando Laclau publicó su trabajo sobre el populismo recibió principalmente críticas de dos tipos. En primer lugar, se indicó que el concepto era tan amplio que discriminaba muy poco. En efecto: al caracterizar al populismo por la presentación de las interpelaciones popular democráticas como conjunto sintético antagónico respecto de la ideología dominante, la categoría delineada por el teórico argentino incluía movimientos tan disímiles como los encabezados por Perón y Vargas (tradicionalmente considerados como populistas) junto a otros progresivamente más alejados de la ortodoxia clasificatoria (el nazismo, el maoísmo, el PCI). Ello hacía aparecer al concepto como excesivamente general para numerosos investigadores. Ahora bien, ya Emilio de Ipola, en su mencionado trabajo dedicado al aporte de La-

19 Si bien Laclau expresa en su texto que "no es ya posible pensar la existencia de las clases, a los niveles ideológico y político, bajo la fórmula de la reducción", (Laclau, 1978: 186), subraya que el carácter de "clase" de una ideología está dado por su forma (esto es por su principio articulatorio específico) y no por su contenido. Perduran en el texto expresiones del tipo "la ideología *espontánea* de las masas será siempre, en cuanto conjunto articulado, una ideología de clase" (ibid. 199). Ahora bien, subrayar la reducción clasista en un texto escrito especialmente para criticar el reduccionismo clasista, y más específicamente, en un texto que fue un hito importante en la deconstrucción del discurso reduccionista de clase, es tanto un ejercicio de pedantería intelectual como una forma de ignorar las circunstancias de una obra.

20 Así, en el texto de 1977, el yrigoyenismo argentino aparece calificado como "el punto más avanzado al que llegó el transformismo oligárquico" y, por tanto, es considerado una identidad no populista. De un lado, en cuanto al caso particular del yrigoyenismo, el autor identifica a éste como forma más avanzada del liberalismo sin advertir la contraposición entre pensamiento democrático y pensamiento liberal sobre la que el yrigoyenismo se constituyó. De otro lado, el término transformismo, tal como es utilizado, se asocia a una lógica de acción estratégica (que supone una sustancialidad de los actores) y que sería hoy rechazada por el Laclau posestructuralista (volveremos sobre ello). Claro está que el yrigoyenismo, aún en los términos de la propia definición de 1977, constituye un ejemplo paradigmático de articulación populista.

clau, nos previno sobre ese espíritu epistemológico Port Royaliano que da por supuesto que la riqueza de determinaciones de un concepto es, por fuerza, inversamente proporcional a su extensión (a su "generalidad")[21]. Sin embargo, la relevancia de un concepto (en este caso el de populismo) no depende del número de casos que abarca (su extensión) sino de la precisión y utilidad del vínculo que los une en una categoría común.

La segunda crítica fue más fuerte: se acusó a Laclau de reducir el populismo a un fenómeno ideológico, desconociendo una serie de características específicas (principalmente, la particular imbricación entre el sistema de representación de intereses y el sistema de toma de las decisiones) que caracterizaba a los casos denominados bajo aquel rótulo. En esta segunda crítica, se reprochaba a Laclau su escaso apego a la sociología (ya que fue, precisamente, desde esta disciplina de donde partieron los contrapuntos más mordaces). Aún hoy es usual escuchar este tipo de reproche a la interpretación de Laclau.

En "Hacia una teoría del populismo" aparece ya claramente la apuesta intelectual que signaría la producción posterior de Ernesto Laclau: su intento de construir un camino intermedio entre dos paradigmas antagónicos en el pensamiento marxista como el estructuralismo de Althusser y el historicismo de Gramsci. Progresivamente, Laclau recibiría el influjo del posestructuralismo derridiano, a partir del cual revisaría los supuestos iniciales de su búsqueda. Es precisamente en ese desplazamiento teórico en donde encontramos elementos de importancia para advertir la escasa comprensión del texto del autor argentino que revelaban las críticas de quienes subrayaban una suerte de reduccionismo ideológico en su definición. En rigor, cabe afirmar que, o bien quienes rechazaron -y rechazan- el texto sobre estos argumentos tienen una concepción reduccionista de la ideología -opuesta a la concepción gramsciana de una "materialidad" de las ideologías que Laclau

21 Sobre el particular ver de Ipola (1987, 95 y ss). Según la *Lógica de Port Poyal* (1662), cuanto mayor es la extensión de un concepto, más pobre es su contenido.

siempre hizo suya-, o bien -y esto es lo más común- parten de una concepción en la que el término *discurso* se restringe a denotar una serie de enunciados, incorporando en ciertos casos, en tanto dimensión retórica, el acto mismo de enunciarlos. No es, en pocos casos, que ambas cosas ocurren a la vez.

Para acercarnos a la comprensión de la innovación de Laclau al concebir al populismo como una particular forma de discursividad política, debemos, en primer lugar, detenernos en la amplia noción de *discurso* que el autor adopta. Para Laclau, es discurso toda práctica articulatoria[22] de naturaleza lingüística o extralingüística que constituye y organiza relaciones sociales mediante configuraciones de sentido. Laclau se distancia, así, de la concepción de Foucault (1986), ya que rechaza la distinción entre prácticas discursivas y prácticas no discursivas del autor francés, para afirmar que todo objeto se constituye como objeto de discurso, ya que ningún objeto se da al margen de una superficie discursiva de emergencia (Laclau y Mouffe, 1987: 121)[23]. Ahora bien, si el populismo es para Laclau una particular forma de articulación discursiva, esto quiere decir que se trata de una forma específica de constituir y organizar relaciones sociales. Lejos de un supuesto reduccionismo ideológico, la indagación de Laclau revela entonces una particular potencialidad en el específico campo de la sociología política, esto es en el estudio de la articulación de un tipo particular de solidaridad social.

---

22 Entendemos por articulación una práctica que establece una relación tal entre elementos que la identidad de los mismos resulta modificada como resultado de esa práctica. Ver. Laclau y Mouffe (1987:119).

23 Pese a los habituales errores de interpretación en clave idealista, con esto Laclau y Mouffe no niegan la emergencia de hechos, antes bien, señalan que, como tal, todo hecho se constituye como un objeto de discurso. Así, la intervención rusa en Chechenia puede objetivarse desde distintas articulaciones discursivas como la legítima defensa de la integridad territorial de la Federación, el avasallamiento del derecho de autodeterminación de un pueblo o una lucha contra el terrorismo internacional.

FLACSO - Biblioteca

La crítica más importante -en relación a nuestro objeto- recibida por Laclau proviene del artículo redactado en 1981 por Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero titulado "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes" (de Ipola y Portantiero, 1989: 21-36)[24]. La sustancia de esa crítica se abocó a subrayar cierta unilateralidad en la definición de Laclau a partir de su contrastación con algunos ejemplos paradigmáticos calificados como populistas (el peronismo aparecía entonces como el referente privilegiado tras la elíptica nominación de "populismos realmente existentes"). El fantasma del clásico debate de finales de la década del veinte en el seno de la izquierda peruana, entre Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, habita, indisimuladamente, las páginas de de Ipola y Portantiero, dedicadas a explorar lo que planteaban como una diferente articulación de "lo nacional-popular" por el populismo y el socialismo[25].

La tesis de la intervención crítica era expresamente declarada a poco de comenzar:

> ideológica y políticamente no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo. La hay en su estructura interpelativa; la hay en la aceptación explícita por parte del primero del principio general del fortalecimiento del Estado y en el rechazo, no menos explícito, de la tradición teórica que da sentido al segundo. Y la hay en la concepción de la democracia y en la forma de planteamiento de los antagonismos dentro de lo 'nacional-popular; el populismo constituye al pueblo como

24 Focalizamos nuestra atención en este trabajo para desarrollar una corrección al argumento de Laclau. En modo alguno se traía de la única intervención polémica que suscitó el artículo de 1977. Sobresale entre éstas el trabajo de Nicos Mouzelis "Ideology and Class Politics: A critique of Ernesto Laclau" *(New Left Review* no 112).

25 Exiliados en México entre fines de la década del setenta y principios de los ochenta, de Ipola y Portantiero participaron activamente en una serie de seminarios internacionales a los que también fue invitado Ernesto Laclau (residente desde hacía años en el Reino Unido). El posicionamiento de unos y otro frente al peronismo, y la consecuente disparidad de perspectivas en la relación entre populismo y socialismo, era el trasfondo eminentemente político del debate teórico.

sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo reifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular a base de la distinción entre 'amigo' y 'enemigo', (de Ipola y Portantiero, 1989: 23)[26]

Siguiendo a Gramsci, los autores recordaban que lo *nacional-popular* no constituía un espacio homogéneo, sino que era un campo de lucha ya que coexistían allí una aglomeración de todas las concepciones del mundo y de la vida que se habían sucedido en la historia. Remitían con ello al sentido común sedimentado en una formación social dada. De allí, que de Ipola y Portantiero sostuvieran vehementemente que, de ninguna manera, las tradiciones populares constituían en su conjunto un sistema coherente de condena a la opresión. Antes bien, un conflicto secular entre tendencias a la ruptura y contratendencias a la integración era la nota característica de este espacio *nacional-popular*. Tendencias contradictorias cuyo devenir dependía de una articulación siempre particular y provisional, basada en el intercambio entre intelectuales (en el amplio sentido gramsciano del término) y masas. A partir de esta constatación, los autores aseveraban en indisimulada referencia a Laclau:

26 Una primera objeción -no menor, por cierto- podría plantearse al argumento esbozado por de Ipola y Portantiero. Si los autores partían de denostar aquellos trabajos que abordaban el estudio de los socialismos sólo en sus formas "realmente existentes" mientras que contemplaban a los populismos sólo en lo que llamaban "su forma discursiva", bien podría sostenerse que obraban con simétrico sesgo. La reificación del Estado, la represión del despliegue pluralista, las oposiciones "amigo-enemigo", parecen todas ellas también características propias de "los socialismos realmente existentes" al momento de escribirse el artículo. Concederemos, no obstante, para desarrollar el argumento, que los autores hacían referencia (y aun así esto es cuestionable) a premisas doctrinarias explícitas de ambos tipos de agregación política. Esta paradoja queda pristinamente al descubierto cuando, completamente conscientes de la misma, de Ipola y Portantiero concedían: "sabemos, por fin, que el socialismo al que aspiramos sólo existe como proyecto" (ibid:24).

> Si esto es así, menos serán los populismos realmente existentes (es decir, los populismos como organización y como fase estatal) una articulación antagónica de las demandas nacional-populares frente al principio de dominación (op.cit: 27).

Aunque pueda aparecer como dudosa la pertinencia de este diálogo entre una concepción del populismo como un tipo particular de articulación discursiva (Laclau) y aquella otra que seguía identificando al fenómeno en tanto fase estatal y forma organizativa (de Ipola-Portantiero), cabe subrayar que hay un puente en el que dicho intercambio se vuelve particularmente productivo. Para Laclau, la noción de articulación discursiva remite, como señalamos ya, a la constitución y organización de relaciones sociales mediante configuraciones de sentido. De allí, que el concepto de hegemonía gramsciano, aunque revisado, ocupe un lugar central en su obra para explicar la constitución de toda relación social y, por tanto, de toda identidad[27]. De igual forma, en el caso de De Ipola y Portantiero, el énfasis era puesto en la hegemonía y los procesos de constitución de voluntades colectivas, esto es, de relaciones sociales e identidades políticas. La conformación de solidaridades políticas pasa, así, a convertirse en el objeto privilegiado de ambos enfoques[28].

Al señalar el carácter heterogéneo del conjunto de sentidos y tradiciones englobadas bajo el nombre de lo *nacional-popular*, de Ipola y Portantiero subrayaron una tensión interna a la constitución de una identidad populista que había sido desatendida por Laclau. Para este último, el populismo aparecía solamente bajo el aspecto de una ruptu-

---

27 En particular ver: Laclau y Mouffe (1987) y Laclau (1996 y 1997).

28 Queremos subrayar este aspecto para cuestionar la recurrente clasificación de la producción de De Ipola y Laclau en términos de trabajos sobre discurso político. Si se parte de una noción restringida de discurso (como conjunto de enunciados) y discursividad (enunciación), habría que revisar rápidamente la adscripción de estas obras a ese campo. Si la constitución y transformación de solidaridades políticas está en el centro de su atención, los trabajos más arriba analizados se inscriben en la más estricta tradición de la sociología política.

ra, de una suerte de dicotomización del campo político a partir de la escisión de lo nacional popular, presentado como conjunto sintético antagónico a la ideología dominante. Ahora bien, a partir de abordar (a modo paradigmático) un caso particular de "populismo realmente existente" (el peronismo), de Ipola y Portantiero circunscribieron, dentro del propio proceso de constitución de la identidad populista, una tendencia antagónica a la anterior: se trataba de aquella dimensión nacional estatal que, contrariamente a la propensión hacia una dicotomización del campo político, tendía hacia una nueva sutura mediante la homogeneización de dicho espacio. Era, precisamente, de este cierre de la conflictividad, de lo que nos hablaban los autores, cuando sostenían la presencia de una concepción organicista en los populismos realmente existentes que hacía que los antagonismos populares contra la opresión fueran reconducidos hacia una recomposición del principio nacional estatal "que organizaba desde arriba a la comunidad, enalteciendo la semejanza sobre la diferencia, la unanimidad sobre el disenso" (de Ipola y Portantiero, 1989: 29).

Llegados a este punto, podría argumentarse que Laclau tiene perfecto derecho a reservar el nombre *populismo* exclusivamente para el momento de la ruptura o la dicotomización. Sin embargo, tanto su interés por englobar dentro de su concepto a los *populismos clásicos*, como sus últimas intervenciones vinculadas a esta problemática dan cuenta de su disposición a hacer propia la coexistencia de estas antagónicas tendencias para caracterizar al populismo. Creemos conveniente, entonces, emprender la exploración de una redefinición, tomando en cuenta estas circunstancias.

Hay, sin embargo, un punto en el que nos parece oportuno señalar nuestra diferencia con las apreciaciones de Portantiero y de Ipola. Dadas estas tendencias contradictorias (una dimensión nacional-popular de ruptura y confrontación, y, una dimensión nacional-estatal de desactivación de los antagonismos y homogeneización), los autores daban por sentado que el populismo se caracterizaba por el primado de

esta última orientación sobre la primera[29]. De esta forma, el populismo aparecía como puro transformismo, en el sentido tradicional de este término. Aunque no pretendemos discutir aquí la calificación de los "populismos realmente existentes" en esta materia (lo que posiblemente daría la razón a los autores), al dar un primado determinado a una de las dos dimensiones, de Ipola y Portantiero obviaban el aspecto más novedoso de su hallazgo, el que hace precisamente a esa ambigüedad intrínseca del populismo, basada en la coexistencia de aquellas tendencias antagónicas. De más está decir, que el primado de una u otra (primado siempre parcial, provisorio y, por tanto, reversible) deberá determinarse en cada caso particular, sin poder ser establecido en nuestra opinión ningún tipo de sobredeterminación *a priori*, ni devenir necesario[30].

Abocarnos a una redefinición parcial del populismo, requiere, previamente, clarificar sumariamente qué entendemos por *identidades políticas.*

El estudio de las identidades políticas

En el curso de los últimos años, hemos asistido a una revitalización del interés en torno a la noción de identidad en el campo de la sociología política. Como en el caso del significante *populismo*, el uso del término *identidad* ha sido indiscriminado, intuitivo y carente de definiciones conceptuales mínimas.

---

29 Primacía ésta ya perceptible en otros textos de Emilio de Ipola (1987: 161-163)

30 Más aún, podemos plantearnos hasta qué punto el concepto mismo de transformismo no deviene superfluo para una concepción secularizada de la política, en la que el principio de inteligibilidad no estaría dado ya por la intencionalidad y sustancialización de los actores. Posiblemente, sería más correcto hablar entonces de hegemonía, o lógica hegemónica sin más, para dar cuenta de la conformación, descomposición e interrelación de identidades políticas. Mentar al diablo (el transformismo) constituye un eficiente medio de marcar la ruptura entre socialismo y populismo que animaba el texto de Portantiero y de Ipola.

Ya en el *Ensayo sobre el origen de las lenguas* de Rousseau, la noción de identidad aparecía como inescindible de su antítesis, la idea de diferencia. Así escribió el autor ginebrino:

> Cuando se quiere estudiar a los hombres, es necesario mirar acerca de sí; pero para estudiar al hombre, hay que aprender a llevar la vista a lo lejos; hay que observar primero la diferencia, para descubrir luego las propiedades (Rousseau, 1984).

Esbozado el carácter relacional de toda identidad, la advertencia de Rousseau no tardaría en devenir en principio explicativo del lazo social como respuesta a las preguntas sobre las formas de la cohesión colectiva. La distinción entre solidaridad mecánica y solidaridad orgánica desarrollada por Durkheim en su obra *La División del Trabajo Social* es un ejemplo paradigmático de esta potencialidad de las nociones de identidad y diferencia. Preguntándose por la naturaleza del lazo social, el principio de cohesión de las diferentes sociedades humanas, el sociólogo de Epinal no tardaría en encontrar la base de toda afinidad, bien en aquello que hay de común entre los hombres -su participación en una consciencia colectiva o común que reproduce el tipo de la colectividad-, bien en las cualidades diferenciales y específicas de cada quien. Estas últimas, producto de la individuación inherente al desarrollo de la división del trabajo, posibilitan un vínculo solidario de naturaleza diferente a aquel que radicaba en las semejanzas: la cooperación. No es difícil descubrir el papel que juegan las nociones de identidad y diferencia detrás de otras categorías que refieren a distintas caracterizaciones del lazo social: así, los conceptos de clase en sí y clase para sí en Marx, de comunidad y sociedad en Tõnnies, o, en el pensamiento político, la distinción entre amigo y enemigo del Carl Schmitt de *El concepto de lo político* están construidos sobre el espectro de aquel par distintivo.

En otro lugar (Aboy Carlés, 2001), hemos definido a la identidad política como el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación con la definición de asuntos públicos.

Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia.

Si bien la noción misma de identidad remite a la idea de sedimentación y permanencia, debemos subrayar que nuestro concepto de identidad debe ser captado desde la perspectiva de un devenir, pues sólo desde ésta los procesos de transformación e incluso de mutación pueden ser advertidos[31].

Identidad y diferencia política son conceptos *formales*, esto es, operatorios en distintos niveles de generalidad que suponen una distinta extensión de las solidaridades comprendidas. Así, es posible -aunque no hay aquí necesidad alguna- referirnos a la conformación de una identidad local, identidad que queda subsumida en un marco más general cuando, basándonos en una serie de rasgos comunes, prácticas y actitudes, hablamos de una identidad regional o más aún nacional. Algunos rasgos específicos se irán desdibujando en la medida en que se amplía el nivel de generalidad. Habrá, así, desde una dimensión eminentemente sincrónica, yuxtaposiciones identitarias y subsunciones diversas.

Es necesario enfatizar el imprescindible papel que la fijación de límites adquiere en la constitución de cualquier espacio identitario. Es ese límite, que puede ser una alteridad común o la ruptura con un cierto pasado, el que tiende a constituir un espacio solidario y al mismo tiempo relativamente homogéneo.

Toda identidad política, entendida en tanto devenir, tendrá límites inestables y susceptibles de constante redefinición a través de la articulación contingente de una pluralidad de otras identidades y relacio-

31 En función de ello, puede advertirse que distinguimos la noción de identidad política de la de actor político. La continuidad de un actor está dada por la pura continuidad de su nominación, en tanto que es posible pensar en un radical cambio en la identidad de un actor.

nes sociales. Es aquí donde el papel de la noción gramsciana de *hegemonía* retomada por Laclau y Mouffe (1987) revela su particular potencialidad para abordar los procesos de constitución de agregados políticos (llámense éstos voluntades colectivas, actores, etc.). Los autores distinguen dos lógicas contrapuestas inherentes a toda articulación hegemónica: la lógica de la *diferencia*, que supone una expansión y complejización del espacio político y la lógica de la *equivalencia*, que es una lógica de la simplificación del espacio político (por ejemplo la síntesis de dos identidades preexistentes que subvienen su carácter diferencial). Si, por un lado, ambas lógicas aparecen como contradictorias (una supone la división y la otra la unificación de un espacio solidario), la situación es diferente cuando tomamos en cuenta nuestro anterior énfasis acerca del carácter *formal* de la noción de identidad y su operatividad a distintos niveles de generalidad. Así, comprobaremos que ambas lógicas operan simultáneamente: si la diferencia establece un límite y una escisión del campo político, por ejemplo la emergencia de dos identidades contrapuestas, la equivalencia supone la homogeneización al interior de cada una de esas identidades particulares[32].

32 En definitiva, en toda articulación hegemónica ambas lógicas operan simultáneamente en el desplazamiento del límite de las solidaridades políticas. Así, si tomamos como ejemplo la situación argentina previa al 2 de abril de 1982, advertimos la división del espacio político a través de la emergencia de una identidad antidictatorial (lógica de la diferencia). Mediante la ocupación de Malvinas, la dictadura consigue -merced a una amplia complicidad política y social- un desplazamiento del límite a través de la fijación de una nueva diferencia: el traslado del antagonismo hacia un enemigo exterior (el Reino Unido). Como producto de este desplazamiento del límite, otra identidad (los argentinos), subsume, en un espacio equivalencial relativamente homogéneo, los preexistentes antagonismos internos (oposición democrática-dictadura). El tema del establecimiento y desplazamiento de los límites de las solidaridades políticas es el resultado esencial de toda operación hegemónica. Hemos querido aquí simplificar al máximo nuestra argumentación para hacerla de fácil comprensión (al costo de soslayar aspectos de vital importancia como la relación entre lo particular y lo universal en una articulación hegemónica). El lector interesado encontrará un excelente desarrollo de estas cuestiones en los trabajos "Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad" y "¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política", ambos en Laclau (1996).

Concluíamos nuestro análisis del artículo de De Ipola y Portantiero subrayando la importancia de su identificación de una tensión interna que animaba al populismo. Aquella distinción entre una dimensión nacional-popular orientada a la escisión del campo político y una dimensión nacional-estatal, asociada a la recomposición y homogeneización del mismo. La tensión entre la ruptura y la integración que evoca aquella distinción inicial parece muy similar a esta otra entre dos lógicas, la de la diferencia y la equivalencia que describen Laclau y Mouffe como característica de toda articulación hegemónica -y, por tanto, de toda forma de constitución de solidaridades políticas. La problemática -esto es la tensión en el juego de la identidad y la diferencia- se ha desplazado de un terreno particular -el de la identidad populista- a uno aparentemente de mucho mayor generalidad y extensión, la identidad política. Creemos, sin embargo, que es precisamente desde este campo más general desde donde debemos reconducir nuestra búsqueda para determinar la especificidad del populismo.

De un concepto ambiguo a la conceptualización de una ambigüedad

Toda identidad política supone un principio de escisión, el establecimiento de un espacio solidario propio detrás del cual se vislumbra la clausura impuesta por una alteridad. Pero, a su vez, toda identidad política busca la ampliación de su propio espacio solidario. Las lógicas de la diferencia y la equivalencia, con sus contradictorias tendencias a la división y a la homogeneización de los espacios solidarios, dibujan un conflicto irresoluble que atraviesa, pues, a cualquier identidad política: conflicto entre el establecimiento de un límite imprescindible para su constitución, y, de otra parte, pretensión de desplazar ese límite, de captar el espacio que se vislumbra tras la original clausura.

Aun en el marco de una solidaridad tan general como la evocada al referirnos al término *pueblo*, esa tensión habita insoslayablemente. Al respecto, son ilustrativas las reflexiones de Pierre-André Taguieff:

> la ambigüedad del pueblo {demos) reaparece cuando 'el pueblo' es al mismo tiempo la totalidad y parte de la gente, la parte supuestamente

'sana'. Todos los demagogos, en especial los nacionalistas, juegan con ambos significados. (Taguieff, 1996: 57)[33]

Si el populismo se caracterizara, como sostienen de Ipola y Portantiero, por esa tensión entre la tendencia a la ruptura y la contratendencia a la integración de un mismo espacio político, cabría pues concluir que toda identidad política es *tendencialmente* populista. Si bien parece acertado identificar esta tensión como una dimensión populista inherente a toda identidad, creemos que es insuficiente para acotar la especificidad de la *identidad populista* como tal. La particularidad del populismo estaría dada, entonces, por constituir una de las formas de negociar esa tensión irresoluble entre la división y la homogeneización de la comunidad política[34].

En un trabajo anterior (Aboy Carlés, 2001), abocados a estudiar los procesos de constitución y transformación del primer peronismo y del radicalismo yrigoyenista, introdujimos una distinción entre el concepto de *hegemonía* y -si se nos permite el neologismo- el de *hegemonismo.* Mientras que la idea de hegemonía remite a la lógica de constitución de cualquier espacio de solidaridades políticas, la noción de *hegemonismo* aparece como un tipo particular de articulación hegemónica, consistente en la irrealizable pretensión de clausura de todo espacio de diferencias en una formación política. Decimos irrealizable, porque la definición de límites aparece como un requisito para la constitución de cualquier identidad. En este sentido, la presencia de una alteridad es el exterior constitutivo que, en tanto cierre, permite la conformación

33 Ambigüedad del término *demos* que puede referir bien a la totalidad del cuerpo cívico, bien sólo a la gente común, a la multitud, a los pobres. Lo mismo ocurre con el vocablo latino *populus,* que puede referirse a la totalidad de los habitantes de un estado constituido o de una ciudad, o bien, a la totalidad de los ciudadanos no nobles y la multitud, "el populacho" (Taguieff, op.cit: 73).

34 Debo agradecer a Ernesto Laclau sus comentarios sobre este punto. La conceptualización del populismo como forma de negociar una tensión irresoluble entre representación de la comunidad global y creación de una frontera al interior de esa comunidad le pertenece.

del interior solidario de toda identidad[35]. Ahora bien, si el *hegemonismo* es, como dijimos, la pretensión de un *imposible*, no menos cierto es que tiene lógicas específicas a partir de las cuales aquella pretensión de lo imposible deviene articulación política *posible:* así, un mecanismo particular, a través del cual el hegemonismo negocia la irresoluble tensión entre la ruptura y la integración, estará dado por la alternativa exclusión/inclusión del adversario del propio campo de afinidades. Siguiendo los mencionados ejemplos del yrigoyenismo y el peronismo, nos permitiremos, entonces, describir el funcionamiento de este mecanismo alternativo de inclusión/exclusión que caracterizó a la matriz identitaria argentina.

La constitución de las principales identidades políticas en Argentina estuvo estrechamente vinculada al proceso de ampliación del sistema político. Las características de esta misma ampliación, abrupta y a expensas del sistema político previamente vigente, nos ayudan, ya, a comprender algunos de los rasgos que definirían a las identidades emergentes. Su constitución a través de la delineación de una frontera política[36] excluyente respecto del régimen anterior las dotó de una peculiar pretensión hegemónica a través de la cual el radicalismo yrigoyenista, primero, y el peronismo, luego, se concibieron a sí mismos como la encarnación de la Nación toda, cuya representación hasta entonces había sido negada en virtud de diferentes formas de bloqueo representativo.

---

35 Ejemplo paradigmático de llevar adelante la pretensión de representar a la comunidad política como un todo es el de los totalitarismos. Allí, el límite es establecido por la alteridad de un "enemigo externo". Sin embargo, ese enemigo externo aparecerá asociado a un "enemigo interno" como elemento perturbador que no permite la plena integración nacional estatal. El desplazamiento del límite hacia el exterior de la propia formación política conserva, pues, una falla interior que imposibilita la constitución plena de una comunidad integrada.

36 Entendemos por "frontera política" el planteamiento de una escisión temporal que contrasta dos situaciones diferentes: la demonización de un pasado, que se requiere aún visible y presente, frente a la construcción de un futuro venturoso que aparece como la contracara vis á vis de ese pasado que se pretende dejar atrás.

Una radical tensión marcó tanto al radicalismo yrigoyenista que llegó al gobierno en 1916, como al peronismo que lo hizo treinta años más tarde: si, por una parte, ambos movimientos se plantearon como la representación de la Nación toda en búsqueda de una expresión que le era negada en el plano institucional (tanto la "Causa" yrigoyenista como la "Argentina invisible" que alumbró el peronismo se concibieron como la representación de un supuesto "verdadero país"), por otra parte, ambos movimientos debieron enfrentar, a su turno, una alteridad consistente, encarnada por los voceros del antiguo orden. De esta forma, los dos movimientos políticos más importantes de la Argentina contemporánea se constituyeron sobre la base de dos aspiraciones antagónicas: por un lado, la pretensión de encarnar una representación global de la sociedad, por otro, la escisión respecto de un orden y unos actores que, pese a su desplazamiento del poder, seguían presentes en la escena política.

Esta tensión entre pretensiones antagónicas sienta las bases de un inestable dualismo que fue constitutivo de las dos principales identidades políticas argentinas: la tensión entre una tendencia a la ruptura, es decir a la escisión respecto a un orden y unos actores dados, y, en contraste con esta tendencia, la aspiración a un cierre de las conflictividades, a una disolución de las diferencias, que permitiera, al nuevo movimiento, atribuirse la representación de una realidad homogénea, de la formación política como un todo.

En el caso del yrigoyenismo[37], este dualismo queda de manifiesto a través de la coexistencia entre el antagonismo implícito en la larga lucha por la consecución del sufragio libre, antagonismo entre la UCR

37 Somos conscientes de que, a diferencia de lo ocurrido en el peronismo, el liderazgo de Yrigoyen nunca fue incontestado dentro de la UCR. No pretendemos, aquí, reducir la significación de esta fuerza a la experiencia desarrollada por la corriente yrigoyenista, aunque atendemos, básicamente, a las características de la misma en función del papel central que tuvo en el establecimiento de los principales rasgos que definieron el sistema de co-constitución de identidades políticas en la Argentina contemporánea.

y el Régimen conservador de una parte, y, la identificación de la propia fuerza política (la UCR) como encarnación de la Nación en el discurso de Yrigoyen. La misma concepción regeneracionista de Yrigoyen sentaba ya las bases para una operación que desdibujaba la radical ruptura inicial: el antagonismo se despersonalizó, entonces, al punto de aseverar que se luchaba contra un sistema y no contra hombres, intentando incorporar, precisamente, a los actores del viejo sistema a las nuevas reglas de juego. Por otra parte, la oposición o la resistencia a la asimilación por parte de los actores del antiguo orden reanimaba la escisión y el enfrentamiento fundacional.

En el peronismo, el dualismo es aún más extremo. Al fracaso de la maniobra comúnmente calificada como *transformista* de Perón, esbozada en su célebre discurso ante la Bolsa de Comercio de Buenos Aires en agosto de 1944[38], siguió la radicalización de éste en la campaña electoral de 1946. Una vez alcanzada la victoria, se produjo la disolución del Partido Laborista y la posterior cooptación de la CGT en un intento por diluir las diferencias estructuradas en el momento fundacional, diferencias que serían reavivadas ante los crecientes cuestionamientos de la oposición al régimen. Es sobre esta radical ambigüedad que Perón construyó el propio espacio de su liderazgo: el peronismo fue alternativamente un partido reformista y un partido del orden. Dos ideas fuerza del peronismo: la "identidad nacional" y la "justicia social" nos servirán para ejemplificar esa doble naturaleza.

Alternativamente, la solidaridad nacional es reducida, en el discurso del primer peronismo, a los límites de lo popular -identificando

38 El 25 de agosto de 1944, Perón pronunció su famoso discurso en la Bolsa de Comercio. Allí, sosteniendo que era preferible dar un 30% a tiempo antes que perder todo a posteriori, intentó sumar a los representantes del poder económico a una maniobra de desactivación de las identidades emergentes, consistente en diluir la creciente conflictividad social a través de la concesión de ciertas políticas reformistas hacia el mundo del trabajo. Lejos de acompañar la propuesta, los factores de poder económico identificaron a Perón con la promoción de las demandas obreras, restándole su apoyo y sumándose a las fuerzas de oposición al gobierno militar.

a los argentinos con los peronistas- y calificando como no argentinos a los adversarios de las políticas reformistas implementadas en materia social por el gobierno. Pero, en un movimiento contrario, la invocación a una solidaridad nacional se utiliza en un segundo sentido que no se reduce ya a connotar el campo de "lo popular", sino que abarca los límites mismos de la formación política para intentar desactivar todo tipo de diferencias sociales entre los argentinos. Así, podemos explicarnos que muchos de quienes permanecieron fieles al clivaje rupturista, pudieran ser calificados de "traidores" o "agentes extranjeros" por el propio Perón cuando se daba paso a un nuevo ciclo de desactivación de las diferencias.

Similar es la invocación de la "justicia social" en el discurso de Perón: alternativamente utilizada como bandera en la consecución de las reformas sociales contra el orden precedente, o, por el contrario, utilizada como barrera contra la "lucha de clases" para dividir las aguas respecto de la oposición de izquierdas.

La naturaleza dual del peronismo queda de manifiesto en la contradictoria coalición de fuerzas que llevó a su derrocamiento en 1955. Confluyeron, allí, tanto aquellos que veían en el peronismo una vulneración de la libertad y la democracia como quienes respondieron, también, con la sedición a las políticas reformistas en materia social del régimen. Es éste un elemento de particular importancia para caracterizar a las identidades populistas: si éstas se constituyen a través de un alternativo movimiento de exclusión/inclusión de la propia alteridad constitutiva, tenderán a desarrollar, más tarde o más temprano, dos frentes de oposición: uno, en virtud de su dimensión nacional-popular de ruptura -que las caracteriza en tanto fuerzas reformistas- y otro, en rela-

ción a su dimensión nacional-estatal de integración, que las convierte en provisionales partidos del orden[39].

Las características del proceso de constitución de las principales identidades políticas en Argentina contribuyen a hacer comprensible su particular fortaleza a lo largo de décadas. Originadas en una impugnación global a un orden político o social considerado ilegítimo frente al que se levantaron como representación del "verdadero país", no tardaron en considerar impertinente a un adversario percibido como no representativo. Fortalecidas a través de experiencias como las abstenciones radicales y la resistencia y proscripción peronista, se adaptaron mucho mejor a la confrontación extra institucional o al ejercicio plebiscitario del poder, que al desarrollo de prácticas rutinarias de intercambio, negociación y cooperación.

Como pretendida expresión de un "verdadero país", yrigoyenistas y peronistas no tardaron en establecer linajes y heredades históricas.

---

39 Es, precisamente, esta razón la que nos hace disentir con quienes califican a la experiencia menemista *como populista o neopopulista* (Nun, 1995; Novaro, 1994, 1995a y 1995b). La crisis hiperinflacionaria vivida en Argentina en 1989 permitió la emergencia del menemismo como proceso de recomposición de una agencia de autoridad pública. Fue la crisis hiperinflacionaria la que habilitó, tras la asunción del poder por Menem, tanto la práctica desaparición de una dimensión nacional-popular de ruptura como el privilegio de una dimensión nacional estatal de integración. En otras palabras, el desplazamiento de un horizonte en el que la identidad se vertebraba a través de una promesa reformista en materia económico-social *(la justicia social)* hacia el privilegio del orden y la estabilidad ante un caos inmediato y anterior. Lejos de consistir en componentes antagónicos de una identidad (como lo habían sido a lo largo de toda la tradición peronista), la dimensión rupturista del menemismo se estableció respecto de un caótico pasado, haciéndose inescindible de la recreación de un orden. Ruptura respecto de la situación crítica y sutura de las diferencias como superación de las beligerancias internas fueron una y la misma cara de un discurso hobbesiano de superación del caos. El partido del orden devoró entonces el antiguo reformismo social acabando con el juego pendular entre ruptura e integración del peronismo tradicional. Así, frente al menemismo, no existió una oposición compleja sino un único espacio opositor.

Con especial fuerza tras el derrocamiento de Yrigoyen en 1930 y el de Perón en 1955, y, con un énfasis mayor en el peronismo, unos y otros reconstruyeron el pasado en función de las luchas políticas del presente y convirtieron a éstas en la sola prolongación de los enfrentamientos de otrora. Aspirantes a una representación global de la Nación, los enfrentamientos del pasado y del presente fueron decodificados en una maniquea disputa entre una "patria" y una "antipatria" constantemente reeditada. De esta forma, se legitimaba la propia identidad al amparo de supuestas glorias del pasado, al tiempo que se sentaban las bases para la constitución de una tradición que daba rigidez y consolidaba los sistemas de afinidades y diferencias sobre los que la misma identidad se había estructurado. Lejos de aparecer como una deliberada instrumentalización del pasado, muchas veces, este proceso fue el resultado casi azaroso de la competencia entre las principales identidades políticas, tal como parece demostrarlo la entronización del revisionismo como credo en el peronismo de la resistencia. Sin embargo, esa azarosa acumulación de iconos no tardaría en desempeñar un papel en la orientación de la acción política.

Ni el yrigoyenismo ni el peronismo se concibieron como partes en un sistema pluralista. Antes bien, abominaron de los partidos, sosteniendo que los mismos introducían artificiales divisiones en la sociedad, y reclamaron, para sí, una representación global de la Nación. Si el radicalismo yrigoyenista comenzó a modificar, lentamente, esta percepción en el marco de su disputa con un peronismo que lo había relegado a desempeñar una representación minoritaria, en el justicialismo, este proceso, sólo muy tímidamente esbozado en la tercera presidencia de Perón, recién alcanzaría cierta entidad en los últimos diecisiete años. Entre tanto, la supervivencia de concepciones hegemonistas que daban lugar a una pugna por la apropiación exclusiva de elementos comunes fue un factor no desdeñable en la generación de una inestabilidad política crónica.

Los dos gobiernos de las distintas vertientes radicales durante la proscripción peronista (1958-1962 y 1963-1966), y el retorno del justicialismo al poder en 1973 son una clara muestra del potencial disrup-

tivo de la antigua matriz populista. Si el radicalismo se "liberaliza" en su alteridad con el gobierno peronista de 1946-1955, empezando a desvertebrar aquella concepción hegemonista del yrigoyenismo[40], ésta será aún lo suficientemente fuerte como para que bajo el pretexto de la "defensa de la libertad" las distintas vertientes de la UCR se conviertan, tras su participación en el golpe de 1955, en el principal sustento político para revertir el comicio libre, aquella reivindicación que, paradójicamente, había constituido su razón de ser. Disímiles interpretaciones como las del "copamiento de la revolución" o el "engaño de las masas" habían sido entronizadas como hipótesis *ad hoc* por la dirigencia radical para explicar el relegamiento de su fuerza a partir del surgimiento del peronismo.

Pero, es el proceso de recomposición en el seno de la identidad peronista a partir del derrocamiento de Perón en 1955, el que llevó al paroxismo el potencial disruptivo de la vieja matriz populista. Es, precisamente, en la exacerbación de la tensión constitutiva del peronismo donde radica la reconstrucción de su poder: expulsado del gobierno en nombre de la ausencia de democracia y orden, Perón desagregaría, gradualmente, el bloque antiperonista hasta convertirse en el único garante de las aspiraciones comunitarias de democracia y orden. La fórmula "saber controlar el desorden", promovida por el líder desde Madrid, es, quizás, la que mejor sintetiza el dualismo constitutivo del peronismo. Alentado por Perón desde el exilio, el peronismo se radicalizó en los años de la proscripción, acentuando su dimensión de ruptura con el orden establecido. Estos procesos de redefinición identitaria en el peronismo, que incluyeron el aval a grupos armados por parte del exiliado líder, demostraron una singular resistencia a su asimilación con el retorno del peronismo al gobierno en 1973.

---

40 Desde la vertiente intransigente del radicalismo, el primer pronunciamiento público que pone en cuestión la identidad entre la UCR y la idea de Nación, característica del yrigoyenismo, recién ocurre en marzo de 1956 (antes de la ruptura del partido), cuando Arturo Frondizi pronuncia su discurso al ser reelegido al frente del Comité Nacional.

La existencia del peronismo como unidad de referencia y nominación tenía como condición el equilibrio entre los principios antagónicos que habían marcado su origen. Así intentó establecerlo Perón cuando desautorizó, públicamente, a Montoneros el 1° de Mayo de 1974, tratando de recomponer y dar cuenta de las contrapuestas expectativas que habían propiciado su retorno. Ya no había margen para ello: el precio del retomo había sido la ruptura del equilibrio entre las polaridades constitutivas de la identidad peronista. La violencia y no ya el juego pendular del líder, cuyo margen mismo había agotado el proceso que condujo a su retorno, sería el medio de resolver el desequilibrio. Las fronteras de la alteridad se construyeron entonces hacia el interior mismo del peronismo, y, poco antes de morir. Perón anunciaba una recomposición violenta de la identidad peronista que inevitablemente conducía al terrorismo de Estado[41]. El intento de recomposición del equilibrio acentuó la militarización de la vida política que, tras la muerte de Perón, perdió la última y ya maltrecha instancia posible de negociación. El ambiguo significante "Perón", lejos de morir, se convirtió en la legitimación de posiciones y métodos que, alentados en su momento alternativamente por el líder, dotaron a cada grupo contrapuesto de una legitimidad histórica.

Este breve repaso de los procesos de constitución y transformación de las principales identidades políticas argentinas nos permite circunscribir un mecanismo específico de gestión de aquella tensión irresoluble entre ruptura e integración que caracteriza a toda identidad política. Consiste en un juego pendular que agudiza estas tendencias contrapuestas a través de la alternativa exclusión/inclusión de la alteridad

41 Sostuvo Perón en un mensaje al país el 20 de enero de 1974: "Estamos afrontando una responsabilidad que nos ha dado plebiscitariamente el pueblo argentino. Vamos a proceder de acuerdo con la necesidad, cualquiera sean los medios. Si no hay ley, fuera de la ley, también lo vamos a hacer y lo vamos a hacer violentamente. Porque a la violencia no se le puede oponer otra cosa que la propia violencia. Eso es una cosa que la gente debe tener en claro".

constitutiva del propio marco de solidaridades[42]. Es éste, para nosotros, el rasgo específico que caracteriza al *populismo* como forma particular de negociación de aquella tensión irresoluble. Un movimiento pendular que agudiza las tendencias a la ruptura y las contratendencias a la integración, que afirma y devora alternativamente su propia frontera constitutiva, y que por tanto, promueve la emergencia de oposiciones bipolares[43].

Este alternativo desplazamiento de los límites de las solidaridades políticas que caracteriza a la *identidad populista* aparece como el principal impedimento para el desarrollo de rutinas institucionales, lo que ha sido una nota distintiva de los denominados *populismos clásicos*. La gestión de la tensión, a través de la exacerbación de su polaridad, inhibe, consecuentemente, el afianzamiento de un régimen político estable.

---

42 Es necesario enfatizar las nociones de dualismo y ambigüedad para dar cuenta de esta suerte de "doble naturaleza" del populismo. Si bien hemos recurrido a caracterizaciones de esta estrategia como "juego pendular" o alternativa exclusión/inclusión del adversario, somos plenamente conscientes de que este proceso de desplazamiento de los límites no siempre siguió la secuencia diacrónica que podría desprenderse de estos últimos términos. En un movimiento de la complejidad del peronismo, los procesos de desplazamiento en los límites de la solidaridad política a través de las contrapuestas tendencias a la ruptura y a la integración se han operado muchas veces de forma simultánea. Agradezco a Alejandro Bonvecchi sus comentarios al respecto.

43 Cabe aclarar, para prevenirnos de reiterar los vicios del pseudoinductivismo analógico, que, si bien las oposiciones bipolares aparecen como un rasgo del populismo, no toda oposición bipolar remite a la presencia de una identidad populista. Por otra parle, se podrá objetar que, en el desarrollo de los llamados movimientos populistas, pueden verificarse oposiciones unipolares: tendemos a pensar que, en líneas generales, estamos, en ese caso, ante una transición, un abandono del populismo, tal como aquí lo hemos definido, y su recomposición en base a un diferente modelo de gestión de la tensión entre ruptura e integración.

Palabras finales

La última compilación dedicada al populismo aparecida en Argentina lleva el subtítulo "el problema de la Cenicienta"[44]. La referencia obligada es una célebre conferencia dictada por el desaparecido Isahia Berlin en Londres, en mayo de 1967, en la que caracterizó de aquella forma la utilización del término populismo en los estudios sociales y políticos. La palabra que nos ocupa aparecía, allí, como el zapato que muchos pies *casi* podían calzar, pero el pie perfecto, aquel para el cual había sido fabricado el zapato, el "populismo puro", permanecía oculto en algún recóndito lugar. El tiempo transcurrió y, con él, falsas Cenicientas siguieron deambulando con zapatos impropios.

La conversión del término populismo en un pseudoconcepto ha conllevado, generalmente, una unilateralización de los componentes que caracterizan los casos históricos que son utilizados como ejemplos paradigmáticos del fenómeno; esto es, ha conducido a una reducción de su complejidad. O bien se vio allí un mero "transformismo" sustentado en la capacidad manipulatoria de un liderazgo, o bien se pretendió poner de relieve una dimensión revolucionaria de escisión y enfrentamiento respecto de un orden dado. Uno y otro énfasis oscurecían la riqueza potencial de un concepto que, en sus manifestaciones paradigmáticas, supuso la precaria e inestable gestión de la ruptura y el orden social, del reformismo y el antirreformismo.

Diversas aproximaciones al populismo consiguieron advertir que el mismo se constituía en una tensión entre ruptura e integración. Surgieron, así, las caracterizaciones del populismo como *Estado de compromiso* (Weffort, 1967 [1998]) o como una *voluntad colectiva de contradictoria articulación* (de Ipola y Portantiero, 1981 [1989]). Si el argumento aquí desarrollado es correcto, si el populismo es una forma particular de gestionar una tensión irresoluble que habita en toda iden-

44 Mackinon y Petrone (1998). *Populismo y neopopulismo en América Latina, el problema de la Cenicienta.* Buenos Aires. Eudeba.

tidad política, el equívoco estaría originado en la confusión de esta tensión con aquella particular forma de negociación de la misma, consistente en la alternativa y pendular exclusión/inclusión de la alteridad constitutiva del propio marco solidario.

Se ha repetido hasta el cansancio que toda *revolución* cual Saturno devora a sus hijos, los revolucionarios. El signo del *populismo,* por su parte, no es otro que aquel inestable juego entre el borramiento y la reinscripción de su propio origen. No es de Cenicienta su alma sino de Penélope.

Bibliografía

Aboy Carlés, Gerardo
2001 *Las dos fronteras de la democracia argentina. La refomulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem.* Homo Sapiens. Rosario

Arditi, Benjamín
1996 a "The Underside of Difference". Working Papers No 12. Centre for Theoretical Studies in the Humanities and the Social Sciences. University of Essex.

Arditi, Benjamín
1996 b "The Negotiation of Equivalence". Working Paper. Centre for Theoretical Studies in the Humanities and the Social Sciences. University of Essex. barthes, roland. (1991). *Mitologías.* México. Siglo Veintiuno Editores.

De Ipola, Emilio
1987 [1983]). *Ideología y discurso populista.* México. Plaza y Valdes-Folios.

De Ipola, Emilio y Juan Carlos Portantiero
[1981]1989 "Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes". En Emilio de Ipola, *Investigaciones Políticas.* Buenos Aires. Nueva Visión.

Di Tella, Torcuato
1970 "Populism and Reform in Latin America". En C. Veliz (comp.) *Obstacles to Change in Latin America.* Londres.

Durkheim, Emile
[1893] 1985 *La división del trabajo social.* Planeta De Agostini. Barcelona.

Foucault, Michel
1986 *Arqueología del saber.* México. Siglo Veintiuno Editores.

Germani, Gino
1962 *Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires. Paidós.

Germani, Gino
1967 *Estructura social de la Argentina* [1955]. Buenos Aires. Solar.

Germani, Gino
1973 "El surgimiento del peronismo, el rol de los obreros y los migrantes internos". Revista *Desarrollo Económico* No 74. Buenos Aires.

Laclau, Ernesto
[1977] 1978 "Hacia una teoría del populismo". En E. Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo.* Madrid. Siglo Veintiuno.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe
[1985] 1987 *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia.* Madrid. Siglo Veintiuno Editores.

Laclau, Ernesto
1993 *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo.* Buenos Aires. Nueva Visión.

Laclau, Ernesto. (COMP)
1994 *The Making of Political Identities.* London. Verso. Laclau, Ernesto. (1996). *Emancipación y diferencia.* Buenos Aires. Ariel.

Laclau, Ernesto
1997 "Deconstrucción, Pragmatismo y Hegemonía". Revista *Agora* No 6, Buenos Aires.

Luna, Félix
1982 *El 45, Crónica de un año decisivo.* Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

Mackinnon, Moira y Mario Alberto Petrone [comps.]
1998 *Populismo y neopopulismo, el problema de la Cenicienta.* Buenos Aires. Eudeba.

Mouzelis, Nicos
1978 "Ideology and Class Politics: A critique of Ernesto Laclau". *New Left Review* no 112. Noviembre-diciembre. Londres.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero
[1969] 1971 *Estudios sobre los orígenes del peronismo.* Buenos Aires. Siglo Veintiuno.

Neiburg, Federico
1995 "El 17 de Octubre de 1945: un análisis del mito de origen del peronismo". En Juan Carlos Torre (comp.) *El 17 de Octubre de 1945.* Buenos Aires. Ariel.

Neiburg, Federico
1998 *Los intelectuales y la invención del peronismo.* Buenos Aires. Alianza Editorial.

Novaro, Marcos
1994 *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989-1993).* Buenos Aires. Ediciones Letra Buena.

Novaro, Marcos
1995a "Crisis de representación, neopopulismo y transición democrática". Revista *Sociedad* No 6. Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Novaro, Marcos
1995b "Menemismo y Peronismo. Viejo y nuevo populismo". En Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer (comps.). *Política y Sociedad en los años del menemismo.* Buenos Aires, Carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.

Novaro, Marcos
1995c "Alteridad y escenificación. Cambios en las formas de representación y las identidades políticas en la Argentina de los '90". Ponencia en las Terceras Jornadas de Investigación para Investigadores Jóvenes de la Asociación de Universidades Grupo Montevideo. Salto-Concordia. Septiembre de 1995.

Nun, José
1995 "Populismo, representación y menemismo". En VV.AA. *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina.* Buenos Aires. El cielo por asalto, plotkin, mariano. (1994). *Mañana es San Perón.* Buenos Aires. Ariel.

Plotkin, Mariano
1995 "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de Octubre y el imaginario peronista 1945-1951". En Juan Carlos Torre (comp.) *El 17 de Octubre de 1945.* Buenos Aires. Ariel.

Portantiero, Juan Carlos
1995 "Menemismo y peronismo: continuidad y ruptura". En VV.AA. *Peronismo y Menemismo. Avatares del populismo en la Argentina.* Buenos Aires. El cielo por asalto.

Quattrocchi-Woisson, Diana
1992 *Un nationalisme de déracinés. L'Argentine pays malade de sa mémoire.* Toulouse. CNRS.

Roberts, Kenneth M.
[1995] 1998 "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano". En Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone [comps.]. *Populismo y neopopulismo, el problema de la Cenicienta.* Buenos Aires. Eudeba

Rousseau, Jean-Jacques.
1984 *Ensayo sobre el origen de las lenguas.* México. Fondo de Cultura Económica.

Roxborough, Ian
1984 "Unity and Diversity in Latín American History". *Journal of Latin American Studies* 16:1 (May): 1-26.

Schmitt, Carl
1991 *El concepto de lo político.* Madrid. Alianza Editorial.

Shils, Edward
1956 *The Torment of Secrecy: the Background and Consequences of American Security Policies.* Londres.

Sidicaro, Ricardo
1990 "Identidades Políticas y adversarios sociales". Revista *Relatos de Hechos e Ideas* No 1. Buenos Aires.

Svampa, Maristella
1994 *El dilema argentino: Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista.* Buenos Aires. El cielo por asalto.

Taguieff, Pierre-André
1996 "Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real". En VV.AA. *Populismo posmodemo.* Bernal. Universidad Nacional de Quilmes.

Tonniés, Ferdinand
1947 *Comunidad y Sociedad.* Losada. Buenos Aires.

Torre, Juan Carlos
1990 *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo.* Buenos Aires. Editorial Sudamericana-Instituto Torcuato Di Tella.

Torre, Juan Carlos (comp.)
1995 *El 17 de Octubre de 1945.* Buenos Aires. Ariel.

Touraine, Alain
1989 *Política y sociedad en América Latina.* Madrid. Espasa Calpe.

Weber, Max
1982 "La política como vocación". En M. Weber, *Escritos Políticos* Tomo II. México. Folios.

Weffort, Francisco

[1969] 1998 "El populismo en la política brasileña". En Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone [comps.], *Populismo y neopopulismo, el problema de la Cenicienta.* Buenos Aires. Eudeba.

Weyland, Kurt
2001 "Clarifyng a Contested Concept: Populism in the Study of Latin América Politics". *Comparativo Politics* 34 (1), October.

Wiles, Peter
1969 "A Syndrome, not a Doctrine: Some Elementaru Theses on Populism". En, G. Ionescu, y E. Gellner [eds.], *Populism. Its Meaning and National Characteristics,* Londres, Weidenfeid & Nicholson.

Worsley, Peter
1970 "El concepto de populismo". En G. Ionescu y E. Gellner (comps.), *Populismo, sus significados y características nacionales.* Buenos Aires. Amorrortu.

Zizek, Slavoj
1992 *El sublime objeto de la ideología.* México. Siglo Veintiuno Editores.

EL POPULISMO EN LA POLITICA ECUATORIANA CONTEMPORANEA

Hernán Ibarra

FLACSO biblioteca

EL POPULISMO EN LA POLITICA ECUATORIANA CONTEMPORANEA

Hernán Ibarra

"El pasado influye, con mayor o menor intensidad, según las circunstancias, como un factor codeterminante del presente. La razón de ello no es sólo la inercia de las tradiciones que siguen ciegamente su camino, por así decirlo, sino también porque una imagen de las fases previas de la sociedad sigue viviendo a pesar de lo deformada que pueda estar, en la conciencia de la actual, sirviendo inconscientemente como un espejo en el que uno se ve y ve a los demás". (Norbert Elias, Los alemanes, p. 66)

La vigencia del populismo en la política ecuatoriana, hace que una indagación sobre su trayectoria y significado permita acercarse a los factores que lo han dado lugar. Los repetidos pronósticos sobre su caducidad o próxima desaparición han chocado reiteradamente con la realidad.

La presencia de políticos y partidos populistas ha sido constante desde los años treinta del siglo XX hasta la actualidad. Esto ha tenido diversas explicaciones, y particularmente hay controversias sobre el significado del populismo de Velasco Ibarra, quien gobernó el país por cinco ocasiones entre 1933 y 1972. La política populista adquirió un perfil regional con la fundación en Guayaquil de Concentración de Fuerzas Populares (CFP) hacia 1949, partido que se mantendrá en el espectro político y arribará al poder en alianza con la Democracia Popular en 1979 al ser electo Jaime Roldós como Presidente. Con su fallecimiento en 1981 y del líder histórico del CFP Asaad Bucaram en el mismo año, emerge desde 1982 el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), liderado por Abdalá Bucaram. Entre los años ochenta y noventa el po-

pulismo de Abdalá Bucaram se instala sólidamente en el escenario político, y el momento culminante fue su elección como Presidente en 1996. Su efímero gobierno que duró apenas seis meses, fue derrocado por la acción de una amplia coalición opositora que abarcó prácticamente todo un espectro político que incluyó múltiples tendencias políticas.

En términos muy amplios, el populismo puede ser definido como un estilo de hacer política sustentado en la movilización de masas y un liderazgo carismático. Surge como parte de los procesos de modernización social y política limitados. Estos, se caracterizan por un sistema partidario frágil, debilidad institucional y amplios segmentos de la población no incorporados o excluidos de la política. De allí que se convierta en constante la desarticulación social expresada en la falta de autonomía entre actores sociales y políticos, y el determinismo de los actores políticos sobre la sociedad.

El populismo ecuatoriano es el resultado de una compleja trama de factores sociales y políticos relacionados con la presencia de líderes carismáticos que tienen capacidad de producir discursos de fuerte oposición simbólica al orden social. Los factores sociales aluden a la existencia de un orden social jerarquizado y poco fluido que excluye a amplios sectores sociales y limita la movilidad social. Los factores políticos revelan la existencia de problemas constantes de representación política y una debilidad del sistema partidario. Finalmente, los líderes populistas producen un discurso basado en la oposición pueblo-oligarquía que permite movilizar a las masas. Las soluciones populistas han estado presentes tanto en los momentos de transformaciones estatales iniciales de los años treinta y de ensanche de la participación popular, hasta la declinación de la intervención estatal con los programas de ajuste estructural.

En este texto se trata de establecer la peculiaridad de la política populista en diversas fases históricas. La perspectiva de este análisis, tiene como punto de partida una revisión sobre las definiciones sobre el populismo en América Latina, que sobre todo han abordado los casos

argentino y brasileño. Así que las controversias y discusiones sobre la pertinencia de emplear el concepto populismo, tiene que contrastarse con la especificidad del Ecuador como un país de fuertes clivajes étnicos y regionales y débiles procesos de urbanización (por lo menos hasta 1960). Sobre todo interesa situar una perspectiva histórica que permita evaluar los rasgos de los procesos políticos populistas. Para ello se identificarán las condiciones sociales y políticas que les dieron origen, su desarrollo y permanencia en la política ecuatoriana.

1. Definiciones y controversias sobre el populismo

Hay una manera de definir el populismo como una forma política surgida desde los años treinta en la que se articularon los procesos de acumulación de capital con un tipo de régimen político. Se trata de los procesos de sustitución de importaciones basados en la expansión del mercado interno y el papel predominante del Estado que incluso puede llegar a suplir la ausencia de una burguesía industrial como sujeto político. Por eso el populismo se presenta como una fórmula movilizadora de los trabajadores y las clases populares urbanas interesadas en la ampliación del consumo y la redistribución. Este modelo general permite abarcar los casos de Brasil, Argentina y México.[1] Pero quedan en la penumbra situaciones del estilo de la ecuatoriana que tuvieron tardíos procesos de sustitución de importaciones y de implantación del Estado desarrollista.

En una síntesis comparativa de los populismos latinoamericanos, Octavio Ianni estableció que los regímenes populistas fueron el resultado de una crisis del Estado oligárquico, al producirse importantes procesos de urbanización y quiebre de las sociedades estamentales.[2] Todo ello con particularismos nacionales y locales. De modo que el po-

1 Carlos Vilas, "El populismo latinoamericano: un enfoque estructural", *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 111, oct-dic. 1988, Buenos Aires, 323-352.

2 Octavio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*, Ed. ERA, México D.F., 1975, pp. 163-168.

pulismo fue una vía de incorporación de las masas excluidas del sistema político al otorgar ciudadanía a segmentos populares.

Touraine ha señalado que lo característico de América Latina es la desarticulación social, expresada en la ausencia de una sociedad civil y actores sociales autónomos. Esto ha tenido como consecuencia un papel predominante del Estado como actor político que conduce los procesos de modernización. Según su argumento, después de los años treinta, el Estado nacional-popular, definido por sus tareas modernizadoras y de conducción del desarrollo, suple la ausencia de actores sociales y políticos autónomos. Así, el predominio del Estado está dado por la falta de una diferenciación de este con el sistema político, ya que hay una confusión entre Estado y sistema político, dada la ausencia de acción autónoma de los actores sociales. Por tanto la política nacional popular, vigente hasta la crisis del modelo de sustitución de importaciones, fue la única capaz de articular sociedades heterogéneas.[3] Sus incidentales observaciones sobre el Ecuador, señalan por ejemplo que Velasco Ibarra no entraría en la categoría de los líderes nacional populares. Realmente, el análisis de Touraine se halla condicionado por sus referencias a Argentina, Brasil y México. Menciona en menor medida otros casos como el APRA peruano, pero más como lo que considera un modelo de partido populista que tuvo una capacidad de diseminación hacia otros países.[4]

El nexo entre modernización social y política con el populismo, fue establecido a comienzos de los años sesenta por Gino Germani para analizar el peronismo. Según su visión, los procesos de urbanización y el crecimiento económico, unidos a fuertes procesos de migración interna, permitieron la aparición de contingentes sociales que no se hallaban encuadrados en la política tradicional, quedando como masas disponibles.[5]

---

3 Alain Touraine, *América Latina. Política y sociedad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, pp. 162-168.

4 Ibid, pp. 174-175.

5 Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1962.

Weffort, en su análisis de la experiencia populista brasileña, señaló la fuerte interrelación existente entre los procesos de formación de las clases populares urbanas en un contexto de crisis del Estado oligárquico. En la crisis de los años treinta se produjo una situación peculiar: se agota el dominio oligárquico y las capas medias son incapaces de dar una salida a la crisis. Había otro hecho básico, la ausencia de una burguesía industrial como fuerza política. En estas condiciones las clases populares ingresan a la escena política. El populismo brasileño se presentaba entonces como una forma de establecer un "Estado de compromiso" que incorporaba corporativamente a la clase obrera.[6]

Como se sabe, el peronismo ha sido objeto de muchas interpretaciones y debates. Es parte de discusiones que han contribuido incluso a la conformación de la identidad de las ciencias sociales en Argentina, en tanto el populismo fue un objeto central de investigación, especialmente entre sociólogos y politólogos. El origen de los estudios sobre el peronismo, provino de una sensación de singularidad o excepcionalidad del caso argentino unido a fuertes prejuicios ante un fenómeno político que no podía ser ignorado por su peso en la acción política.[7]

Una de las vías de estudio es el análisis del discurso populista. Por tanto, se trata de saber cuanto puede aportar tal tipo de análisis al conocimiento de los procesos políticos. Ernesto Laclau, puso en el centro de la discusión el rol del discurso siguiendo el concepto de ideología desarrollado por Althusser. Propuso que el discurso populista tenía una capacidad interpeladora a las masas populares.[8] De acuerdo con esto, el fenómeno populista, sería un hecho político-ideológico que se

---

6 Francisco Weffort,"Clases populares y desarrollo social", et.al. *Populismo, marginalización y dependencia*, EDUCA, San José, 1976, 2a.ed.

7 Federico Neiburg, "Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 34, N° 136, 1995, Buenos Aires, pp.533-555.

8 Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1978.

caracteriza por dar forma a interpelaciones democrático populares que son antagónicas a las formaciones ideológicas dominantes. En tanto las ideologías democrático populares serían inmanentes a los sujetos populares, lo que haría el discurso populista es constituir las interpelaciones ideológicas que forjan un nuevo proceso de hegemonía política. Y de este modo, el discurso populista con su definición del pueblo como sujeto, crea un espacio político y cultural. Pero como el mismo Laclau ha señalado, hay dos precondiciones para el surgimiento del populismo: una crisis de dominación y una crisis del transformismo, cuando ya no hay condiciones para sostener políticas redistributivas de tipo tradicional.

La controversia inicial sobre el populismo en el Ecuador, tiene su origen en las discusiones que generó la interpretación de Agustín Cueva sobre el velasquismo. Su análisis, que en sus primeras versiones circuló ya a fines de los años sesenta, postulaba que el velasquismo fue una fórmula de dominación surgida en la crisis de los años treinta, ante el ocaso de los regímenes oligárquicos liberales.[9] La base social velasquista se hallaba constituida por un *subproletariado* que había escapado al control de la política tradicional. Ese subproletariado, producto de las migraciones y la urbanización, había respondido a un discurso que apelaba a valores morales y se oponía a los políticos tradicionales. De modo que ese subproletariado junto con otros sectores excluidos de la participación política encontraron en Velasco Ibarra a un redentor. Cueva usó muy poco el término populismo, pero manejó en cambio la noción weberiana de *carisma* para remitirse a la formación del liderazgo.[10] Escrito en una época de escasa producción en ciencias sociales,

9 Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1979. La primera edición del texto es de 1972.

10 Según Max Weber, la noción de carisma tiene un significado que se aplica a los liderazgos religiosos que suponen una cualidad extraordinaria de una personalidad que se considera tiene fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas. Esta noción de carisma fue derivada también al liderazgo militar y político. Adicionalmente, el carisma se "rutiniza" en los procesos sociales y políticos expresándose en formas de dominación. (Max Weber, *Economía y sociedad*,[1922], FCE, Madrid, 1993, 10a. reimp. pp. 202-203).

fue una vigorosa e influyente explicación que articuló lo social, lo político y lo simbólico. Aunque se perciben ecos de las discusiones sobre el populismo argentino que ya circulaban en los años sesenta, principalmente a través de las nociones de modernización y de la presencia de masas disponibles. Esto último sobre todo se concentró en la identificación de un subproletariado urbano. Si bien afirmó desconocer los debates argentinos, se advierte cierto "parecido de familia".

Un cuestionamiento al análisis de Cueva provino de Rafael Quintero, quien estudió las condiciones históricas y sociales que dieron origen al primer gobierno de Velasco Ibarra (1933-1934). Un acceso al poder cuando el electorado constituía menos del 5% de la población del país. Según Quintero, el triunfo de Velasco Ibarra en las elecciones de 1933 no se debió al subproletariado, sino a otros sectores sociales, y además fue una votación proveniente sobre todo de las zonas rurales serranas. Aunque Quintero coincide con Cueva en señalar que el velasquismo fue producto de una crisis de dominación en los años treinta, acota que mas bien fue una prolongación de la hegemonía terrateniente conservadora sobre la sociedad.[11] Sin embargo, el error de Quintero fue el de caracterizar toda la época velasquista con esa primera experiencia de poder. Negó la validez de la noción de populismo para explicar el fenómeno velasquista.

Posteriormente, Amparo Menéndez-Carrión, en un estudio que tiene abundante información y datos de participación electoral, analizó los factores determinantes en la lucha electoral desde 1950 hasta 1978. Su enfoque partió de la tesis del comportamiento electoral como opción racional de los electores. Específicamente consideró que la participación electoral había ocurrido mediante la formación de redes clientelares e intermediarios que canalizaban el voto hacia los candidatos populistas. Lo esencial de su análisis se halla en la formación del Partido Concentración de Fuerzas Populares (CFP), su base electoral y los procesos de reclutamiento de los pobladores del suburbio guayaqui-

11 Rafael Quintero, *El mito del populismo en el Ecuador*, FLACSO, Quito, 1980.

leño.[12] Aunque Menéndez expone importante información sobre el discurso y el estilo populista, e incluso en las clasificaciones de tendencias electorales maneja la noción de populismo, también negó su valor conceptual. En su lugar expuso la necesidad de concebir estos fenómenos como una dinámica de máquinas políticas, intermediarios y clientelismo, siguiendo las orientaciones teóricas de las teorías del comportamiento electoral.

Según la interpretación de Alejandro Moreano, el término populismo ha transitado con éxito desde las ciencias sociales hacia el sentido común, aunque haya dificultades en su definición. "El término populismo es mágico: inabarcable, incesante, ubicuo, múltiple, diverso, polisémico, infinito, ambidextro, transpolítico, proliferante. Al final, sin embargo, no nos dice nada. Y sin embargo, es el término que gobierna la lucha política en el Ecuador actual."[13] Existe entonces una paradoja. Mientras en el lenguaje común se ha instalado la etiqueta de populismo para referirse a una multiplicidad de actores y movimientos políticos, las discusiones en las interpretaciones sociológicas plantean controversias sobre el uso de la noción de populismo.

Entre aquellos que consideran la necesidad de seguir utilizando la noción de populismo para comparar fenómenos políticos que tienen rasgos en común, se halla Carlos de la Torre, quien sostiene que "...los autores que abandonan la noción de populismo usan categorías objetivistas de análisis de la realidad social que por su naturaleza no pueden dar cuenta de las esferas no cuantificables de las experiencias populistas como la formación de identidades colectivas, los rituales, los mitos y las ambigüedades de los significados del populismo para sus acto-

12 Amparo Menéndez-Carrión, *La conquista del voto en el Ecuador: de Velasco a Roldós*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1986.

13 Alejandro Moreano, "Las diversas lecturas del populismo y su función política", et.al., *Populismo*, Abya-Yala- El Duende- ILDIS, Quito, 1992, p. 102.

res".[14] Quizá habría que establecer relaciones entre la explicación del carisma y la del clientelismo político. Antes que dos formas opuestas, pueden ser explicaciones complementarias. El tema del carisma alude al significado simbólico e ideológico del líder, y el clientelismo a la forma específica de organización y reclutamiento de los electores como actos de participación política concreta.[15]

En los estudios sobre el populismo, se ha instalado una disyuntiva entre lo que podemos llamar el enfoque simbólico de la política, y por otro lado, el enfoque del comportamiento electoral que pone atención a los procesos de captura del voto.

Toda la ambigüedad que porta el término populismo, lleva constantemente a observar que rasgos podrían ayudar a una definición de carácter general. En este sentido, Alvarez Junco propone descartar las definiciones que se remiten a sus bases sociales o aspectos doctrinarios o programáticos, dado que la noción de pueblo es maleable y los sectores sociales implicados en las movilizaciones populistas corresponden a un entramado social complejo. Los aspectos doctrinarios, tampoco remiten a un cuerpo de doctrina político sólido. De modo que hay que rescatar de las experiencias populistas sus contenidos relativos a la organización y movilización de los sujetos sociales. Así, un liderazgo carismático está en capacidad de articular las demandas de los sectores sociales movilizados, tras un ideario de fortalecimiento de la intervención del Estado. Los seguidores del líder populista, más que interesados en la participación electoral, se involucran en un universo simbólico que la acción populista contiene."El tipo de integración del pueblo en la vida política en que el líder populista piensa es, pues, estético o litúrgico, más que institucional. El dirigente difunde los mitos y símbolos que identifican al "pueblo" como legítimo portador de los valores na-

14 Carlos de la Torre, "Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos",en J. Alvarez Junco y R. González, *El populismo en España y América*, Ed. Catriel, Madrid, 1994, p. 40.

15 Ibid, pp. 53-54.

cional-democráticos y convoca los ritos y festejos en los que el sujeto colectivo emergente ratifica con su presencia la nueva religión cívica."[16] No obstante la movilización de los seguidores del líder, tiene necesariamente que concluir en la obtención de resultados tangibles. Y por eso, se desarrollan intercambios de tipo clientelar, que sin embargo también se hallan articulados a factores de identidad política y afectividad.

2. El populismo velasquista

Todavía no existe una significativa producción historiográfica sobre el velasquismo. Si José María Velasco Ibarra (1893-1979), fue una figura dominante en la escena política por cuatro décadas, su paso real por el poder fue de algo de más de 11 años, habiendo terminado uno solo de sus períodos para los que fue electo (1952-1956).¿Qué pasaba cuando Velasco Ibarra no estaba en el poder? Convertido en el *gran ausente*, desaparecía su discurso porque no habían dispositivos de comunicación constituidos por mensajes, mediaciones y representantes, es decir, la materialización de la circulación del discurso político. En contraste, esta capacidad si la tuvo el peronismo, en lo que Sigal y Verón llaman "control a distancia."[17] ¿Pero porque después de obligadas ausencias se reinstalaba su presencia política? ¿Que substrato quedaba en el ambiente que hacia posible su triunfo? La respuesta a estas preguntas, ya se convierte en un tema de naturaleza histórica. Aunque persiste la percepción equivocada de que existe suficiente conocimiento histórico, esto no es así, dado que hay escasos aportes desde la historia política o la sociología histórica.

Una nueva perspectiva ha sido inaugurada por Carlos de la Torre Espinoza al tomar en consideración el velasquismo de la década del cuarenta, centrando su análisis en la coyuntura de la revolución "gloriosa" de 1944 que dio lugar al segundo gobierno velasquista. El tiem-

16 José Alvarez Junco,"El populismo como problema", en J. Alvarez Junco y Ricardo González Leandri, *El populismo en España y América*, Ed. Catriel, Madrid, 1994, pp. 26-27.

17 Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Ed. Legasa, Buenos Aires, 1986. p. 22.

po histórico en que se sitúa el estudio, es de el período 1925-1944, que fue una etapa de modernización social y política del Ecuador. En esta aproximación al liderazgo de los movimientos políticos personalistas, propone:

"...1) la manera en que los líderes son socialmente generados, a partir del análisis, en coyunturas específicas, de las condiciones socioeconómicas, los marcos discursivos disponibles y los patrones de acción colectiva; y, 2) la forma en que los líderes se autoproducen como las figuras claves de estas coyunturas, para lo que se analizan sus biografías, obras intelectuales, estrategias electorales y discursos políticos. Es en este sentido en que la seducción velasquista fue mutua: el líder fue seducido por sus seguidores y estos, a su vez, por el líder."[18]

El argumento central, por tanto, se halla en la intención de situar las relaciones entre las bases sociales, el liderazgo y los discursos generados en un proceso político. El enfoque elegido, trata de articular la acción social y los discursos como ejes problemáticos donde cuenta la situación social de los actores sociales y políticos. Sin embargo, no se sabe como fue recibido el mensaje velasquista por las masas que le dieron su apoyo.

La coyuntura de la revolución de 1944, es la vía de entrada a la reconstrucción histórica. Como es conocido, este evento imbricó de una manera simultánea la cuestión nacional, por la derrota de 1941 en la guerra del Ecuador con el Perú, el cuestionamiento de la dominación liberal, y un fuerte proceso inflacionario, al cual De la Torre sin embargo no le atribuye ningún mérito como causa de la revolución, en la medida que la inflación y el alto costo de la vida, "no fueron causas directas de la revuelta, pues lo económico era considerado como resultado de lo político; es decir, de la ineptitud y deshonestidad del gobierno".[19] El conjunto de actos de violencia presentes en este acontecimiento, son vistos como parte de los repertorios de acción colectiva de la población.

---

18 Carlos De la Torre, *La seducción velasquista*, Ed. Libri-Mundi, Quito, 1994, p. 12.

19 Ibíd, p. 37

Luego de este recuento de la revolución del 28 de mayo, donde se trata de identificar sus causas, se analiza el contexto socioeconómico de las décadas del treinta y cuarenta, donde una de las cosas que llama la atención, son los datos sobre las estructuras ocupacionales de la década del treinta. Se advierte el peso adquirido hacia la época por las clases medias, que por ej. en Quito sumando empleados del Estado y empleados privados, se tiene un 25 % de trabajadores, y así mismo se observa el peso del servicio doméstico con el 22 %, frente a un escaso peso de trabajadores industriales, y artesanos.

Se enfoca lo que él llama los marcos compartidos del discurso en la época, en el sentido de que los contenidos del discurso, podían ser un campo de disputa entre las diversas fuerzas políticas. De este modo, sitúa la presencia del lenguaje clasista entre los sectores organizados de las clases populares, y un lenguaje de "reforma moral" como eje del discurso de Velasco Ibarra y otros sectores políticos de izquierda y derecha. Mientras el lenguaje de clase estaría predominando en la costa; en la sierra, el matiz del lenguaje político sería la reforma moral.[20]

En tanto De la Torre argumenta alrededor de la conformación de esos lenguajes, se requieren algunas puntualizaciones. Respecto a los contenidos morales de la política, hay que mencionar que ello es inherente al discurso político ecuatoriano por lo menos desde la época de García Moreno (1860-1875), cuando se convierte en un discurso estatal. Luego, en la época liberal, la beneficencia y las políticas estatales de trato hacia las clases populares introducen un contenido moral a la acción estatal. Los gremios y asociaciones de las clases populares también compartían un enfoque moralizante de sus actos. El contenido moral del discurso velasquista en las propuestas de redención y otros rasgos de ética cristiana, ya fueron reconocidos por Agustín Cueva en su análisis del velasquismo.[21] En cuanto a los lenguajes de clase, es necesario considerar que estos se presentan como racionalizaciones que actúan

20 Ibíd, pp. 109-110.

21 Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, pp. 150-151.

sobre la formación de demandas y como conceptos afines al surgimiento de movimientos sociales de la clase trabajadora.[22]

Si el velasquismo emergió en una época de quiebre de una sociedad estamental y de castas, sería necesario saber hasta que punto el lenguaje de clase producido por los sectores medios y grupos populares, había estado ya primando sobre el lenguaje de castas. La vigencia moderna del lenguaje de castas como una herencia colonial y mentalidades que asignaban a los individuos y colectividades en posiciones de las cuales era difícil escapar, se entremezcló con una estructura de clases moderna, que vino acompañada del viejo lenguaje de castas, expresando clases embrionarias que se hallaban atrapadas en las castas de naturaleza colonial.

La configuración específica del discurso de Velasco Ibarra, tanto dentro de sus aspectos más elaborados como producción escrita, o sus discursos en la acción política, conducen a una breve revisión biográfica del caudillo y del contexto de sus discursos, para mostrar a continuación una amalgama ideológica en la que coexisten el liberalismo individualista, una moralidad de inspiración católica y una suerte de socialismo que el autor define como "visión católica-elitista de la caridad a los pobres".[23] Pablo Cuvi también había sugerido que el discurso velasquista era "católico-liberal", en la medida de que había fundido un tipo de individualismo liberal con una moral católica. Blanksten, uno de los primeros estudiosos del velasquismo, había advertido como el pensamiento de Velasco Ibarra siendo doctrinariamente liberal, en el ejercicio del poder, alentaba la intervención del Estado.[24]

---

22 Gareth Stedman Jones, *Languages of class. Studies in English working class history 1832-1982*, Cambridge University Press, Oxford, 1989, (reprint), pp. 101-105.

23 Carlos de la Torre, *La seducción velasquista*, p.133.

24 George Blanksten, "Ecuador: Constituciones y caudillos", en Felipe Burbano y Carlos de la Torre(eds.), *El populismo en el Ecuador. Antología de textos*, ILDIS, Quito, 1989, pp. 108-109.

La campaña electoral de 1939-1940 muestra el estilo electoral de Velasco Ibarra. En contraposición con los candidatos liberales y conservadores, se produjo una innovación en las campañas políticas al recorrer intensamente el país y, mediante la presencia popular, democratizar los espacios públicos. "En el Ecuador, al igual que en otros países latinoamericanos, la plaza pública era el lugar de reunión de los ciudadanos, que a finales de los años treinta y principios de los cuarenta se limitaban a elites reducidas. Al ocupar simbólicamente los espacios públicos restringidos, Velasco Ibarra y sus seguidores extendían la definición de ciudadanía. Pese a que esta democratización fue más simbólica que real, pues la mayoría de la población seguía excluida del derecho al voto, la ampliación de los espacios públicos y la consecuente expansión de la política desde los cafés y salones de las elites y las oficinas de la alta burocracia fue entusiastamente apreciada por sus seguidores." [25]

Sin embargo, el punto nodal de esta etapa es la manera en que Velasco Ibarra organizó su propia conceptualización del pueblo y como lo fue descubriendo. Su identificación del pueblo, como un conjunto de sectores sociales correspondientes a aquellos que habían sido incorporados a una estructura corporativa de representación tales como los artesanos o los obreros, así como los que carecían de esa representación, dio a la noción de pueblo una consistencia que tenía su opuesto: la oligarquía.[26]

---

25 Carlos de la Torre, op.cit., p. 168.

26 Ibíd, pp. 201-203. En la historia del pensamiento velasquista, sus escritos juveniles sobre el sindicalismo y los indígenas ilustran una percepción de la llamada cuestión social. El sindicalismo fue el tema de su tesis doctoral en la Universidad Central y participó lateralmente en el debate sobre el concertaje. Su visión del sindicalismo estaba enmarcado en la doctrina social de la iglesia en contraposición a los enfoques socialistas y ácratas. En el debate público sobre la supresión de la prisión por deudas, adoptó un punto de vista cercano a las ideas liberales, pues veía en ello un paso hacia una reforma laboral y moral del agro que podía dar lugar a una política protectora del Estado hacia los indios. Ver: J.M. Velasco Ibarra, "El sindicalismo", 1922, y "El apremio personal y las obligaciones civiles", 1919. Estos textos están compilados en sus *Obras Completas. T. III. Estudios Varios*, Ediciones Lexigrama, Quito, 1973.

De allí que la oposición pueblo-oligarquía como conflicto social dominante y el eje movilizador de la acción política, se presente globalizando las contradicciones sociales y étnicas de la sociedad ecuatoriana. Podría por tanto postularse que Velasco Ibarra contribuyó en la definición de una identidad nueva, disolviendo o subsumiendo los lenguajes de castas y clases en una identidad genérica: pueblo.

Los velasquismos posteriores a 1950 no han sido estudiados a profundidad. Los conocimientos disponibles sugieren algunos temas relativos a una época de modernización social y política. Se trata de la gran transformación desarrollista que inaugura Galo Plaza en su gobierno (1948-1952). Fue una circunstancia de fortalecimiento de la capacidad interventora del Estado que sería continuada por los gobiernos que le sucedieron. En el tercer gobierno de Velasco (1952-1956) se mantienen los fundamentos de la acción estatal inaugurada por Plaza. Una institución clave, la Junta Nacional de Planificación se funda en 1953.

Las bases sobre las que se edificó la intervención estatal, fueron las simientes ya echadas desde la revolución juliana y la generación de una legislación social desde la década de 1930. Hasta que punto esto significaba un desarrollo del Estado como institución autónoma, está por dilucidarse.

La lenta expansión del sistema escolar y la promoción de la alfabetización incidieron en el crecimiento de la población alfabetizada. Esto produjo un aumento de la participación electoral que a mediados del siglo XX coincidió con impulsos de cambios socioeconómicos y un proceso de urbanización. Entre 1948 y 1960, la proporción de votantes casi de duplicó al crecer desde el 16 % al 24% de la población.[27] Estas proporciones no eran muy distintas de las que existían para otros países de América Latina hacia el mismo período.

---

27 Rafael Quintero y Erika Silva, *Ecuador: una nación en ciernes*, Vol. II, FLACSO/Abya-Yala, Quito, 1991, p. 148.

El Estado además ingresó en un proceso de redefinición de las relaciones centro-periferia, con el reconocimiento de la figura del Alcalde Municipal en 1947 y la fundación de los Consejos Provinciales desde 1949. La creación de una autoridad electa en las capitales de provincia y de una instancia de representación provincial del poder, incidió en la creación de un espacio para el surgimiento de liderazgos políticos locales como producto de las disposiciones de la Constitución de 1946. Esto se articuló a un parlamento bicameral en el cual también se conservó una representación corporativa a través de los senadores funcionales.

A escala local, las orientaciones políticas se dirimían en una polarización predominante entre conservadores y liberales; y, una parcial incidencia de la izquierda. El velasquismo tenía reducidos impactos en la configuración de la representación en los municipios y consejos provinciales. Más bien, a lo largo de la década del cincuenta, surgieron liderazgos políticos locales urbanos con sus propias particularidades.[28]

Pero la redefinición de las relaciones centro-periferia se tradujo también en una nueva intervención estatal a nivel regional con la creación de aparatos de desarrollo regional y corporaciones con competencias específicas, las denominadas instituciones autónomas. Estos cambios institucionales si tenían conflictos con la visión centralizadora de Velasco, puesto que consideraba que el Estado debía concentrarse en las funciones de seguridad, educación y salud. En 1953, emite una opinión contraria a los nuevos aparatos de intervención regional:

"Hemos centralizado lo geográfico, lo distante geográficamente, desconociendo con peligro mortal para el país la verdadera autonomía

---

28 Esto ocurrió en algunas ciudades, aparte de Guayaquil, con una disputa entre el liderazgo cefepista y velasquista, surgieron nuevos liderazgos en Ambato, Esmeraldas y Loja. En Loja, aparecen en los años cincuenta manifestaciones de nuevos liderazgos locales urbanos opuestos al dominio aristocrático. Ver: Emmanuel Fauroux, *Le pouvoir a Loja au xxè siecle: Une oligarchie fonciere face a la montee des contre-pouvoirs*, These pour le Doctorat de Troisieme Cycle, Universite des Sciences Sociales, Tolouse I, 1988.

provincial, y hemos creado una serie indefinida de corporaciones administrativas autónomas, de pequeñas repúblicas nacionales, con finalidades nacionales, amparadas por incoherente y absurda autonomía, que hace imposible todo plan orgánico de fomento y de trabajo (...)"[29]

En los espacios rurales de la sierra, predominaba un régimen gamonal de poder, como una forma despótica y patrimonial sustentada en la hacienda y la dominación étnica.[30] Esta forma de dominación se encontraba en un parcial cuestionamiento por la intervención del sindicalismo rural y el indigenismo. Es así que desde mediados de los años cincuenta comienza a ponerse en el tapete el tema de la reforma agraria. En la campaña electoral de 1960, Velasco incorpora a su discurso la reforma agraria y la oposición al gamonalismo, poniéndose a tono con los vientos reformistas y el creciente malestar rural.

3. Origen y surgimiento de concentración de fuerzas populares

Por su gravitación en la política regional inicialmente, y luego a escala nacional, hay que referirse a Concentración de Fuerzas Populares, partido fundado en 1949 por Carlos Guevara Moreno, quien había ocupado el Ministerio de Gobierno en el Segundo Velasquismo. Guevara Moreno auspició la formación de un partido de masas que disputa el poder local y luego se proyecta a las elecciones presidenciales. A su sombra crece Asaad Bucaram, quien terminará por desplazar a Guevara Moreno en los años sesenta. Bucaram fue sucesivamente, Concejal, Diputado, Alcalde de Guayaquil, Prefecto del Guayas y probable candidato a la Presidencia de la República en las fallidas elecciones de 1972. Justamente el golpe de estado de ese año, tuvo como su motivación bloquear la candidatura de Bucaram.

Se debe destacar que la construcción de la base social del CFP, provino de la capacidad de orientar la ocupación del suelo mediante

29 Mensaje del Dr. José María Velasco Ibarra, *La Tierra*, 1/1/1953.

30 H.Ibarra, "Orígenes y decadencia del gamonalismo en la sierra ecuatoriana", *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. LIX, No. 2, 2002, Sevilla, pp. 491-510.

invasiones hacia terrenos de propiedad municipal. La época de florecimiento del cefepismo, coincide con el crecimiento de Guayaquil y la expansión del suburbio guayaquileño. En efecto, en 1950, el 12 por ciento de la población se hallaba en el suburbio, mientras que hacia mediados de la década del setenta, ya estaba allí asentado el 57 por ciento de los habitantes de Guayaquil.[31]

El papel del CFP, sugiere la existencia de problemas de análisis que remiten al pasado y al desarrollo de los procesos políticos. En esta perspectiva, se constata el vacío de una historia política que recupere la dimensión regional. Surgen algunas preguntas sobre las ideologías previas al cefepismo y las características particulares de la sociedad guayaquileña.

Es una época en la que es observable un mayor desarrollo del laicismo, unido paradójicamente a fuertes cultos religiosos populares. Todo esto ocurría con una baja presencia institucional de la iglesia católica en la costa. A diferencia de la sierra, donde los conceptos laicos, eran bastante más débiles.

El desarrollo de una vigorosa cultura obrero artesanal, tuvo su máximo auge al parecer hasta la década del cuarenta. Luego de esa década, esta cultura, languidece. Al quedar recluida en ámbitos estrictamente corporativos, perdió capacidad en irradiarse a los amplios sectores populares urbanos. Quizá por eso mismo, el CFP y el velasquismo dieron poca importancia a los espacios gremiales. No quiere decir eso que los ignoraran, ya que sectores obreros y artesanales adhirieron a opciones populistas.

Ciertas fuentes sugieren la existencia de una soterrada pugna entre plebeyos y patricios, tanto desde el punto de vista de la ocupación de los espacios públicos, como por un conflicto de antagonismos cotidianos. El populismo, recupera en sus variadas expresiones este antagonismo. El pueblo tiene su opuesto en una época las "trincas", en otra la

31 John D. Martz,"La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960", en Felipe Burbano y Carlos de la Torre, *Populismo*, p. 331.

oligarquía, o el antagonismo es asumido como un enfrentamiento entre el bajo pueblo y los señoritos o pelucones.

El surgimiento del CFP, coincide con un momento de crecimiento económico de la costa con el inicio del ciclo bananero y fortalecimiento del Estado en su papel interventor. Esto es hasta cierto punto un lugar común que se ha repetido en el análisis del populismo, y es evidente que núcleos de empresarios bananeros apoyaron al cefepismo.

Para el desarrollo inicial de la ideología cefepista, habría que referirse a ciertos instrumentos con los que se creó un lenguaje de acción política. En esto ocupó un papel destacado la Revista *Momento*[32] y la radiodifusión. Allí, es posible percibir la creación de un lenguaje populista más cotidiano. Esta revista definió un ámbito de la lucha política y configuró una importante vertiente de la opinión pública local. Publicada semanalmente, construyó una posición que articuló la política local y nacional del CFP definiendo intereses regionales, oposición al Estado central y la reivindicación del "hombre de la calle". Mientras que el uso de la radio replicaba lo que ya hacían otras fuerzas políticas.

El espacio que definió *Momento* era de oposición a liberales, conservadores e izquierda, aunque una parte de sus activistas y lenguajes provinieron de ésta. Desde la política local se articulaba a la escena política nacional y también se proyectaba a zonas rurales y de provincia. El CFP hacía cotidianamente una crítica a los dirigentes de izquierda y a los sindicalistas influidos por ésta, diferenciando lo que para el

32 El nombre completo de la revista es *Comentarios Políticos del Momento*. Se publicó semanalmente entre 1949 y 1952. El director formal de la revista fue Carlos Guevara Moreno y su principal redactor, Rafael Coello Serrano, ex militante de izquierda. El tiraje inicial proclamado fue de 5.000 ejemplares. El entonces Presidente Galo Plaza era quizá el blanco principal de los ataques de la revista. Un partidario de Plaza definió a *Momento* como "pasquín especializado en insultar, propalar rumores y levantar calumnias contra el Gobierno." Ver: Miguel Albornoz, *Galo Plaza ecuatoriano universal*, CCE, 1988, p. 173. Agradezco a Nicolás Kingman por haberme dado acceso a su colección personal de la revista y haber evocado los momentos fundacionales del CFP.

cefepismo eran los trabajadores e izquierdistas honestos susceptibles de ser incorporados al naciente partido.

En su análisis de la base doctrinaria del CFP, Rafael Guerrero destaca su autodefinición como popular y costeño, que impugnaba también al centralismo de naturaleza serrana.[33] De este modo, queda vigente una yuxtaposición con un planteamiento más nacional popular que está presente en su ideología. Esto produciría una ambigüedad y tensión entre lo regional y lo nacional. La doctrina del CFP es un conjunto de planteamientos que tienden a reformas socioeconómicas, a una mayor centralidad del Estado en su capacidad de intervención en la economía. Desde un enfoque costeño, se reclamaba una mayor descentralización administrativa.[34] Era la irrupción de una fuerza política local en una coyuntura en la que se renegociaban las relaciones centro-periferia del Estado nacional.

Lo que hemos mencionado, nos conduce a la cuestión de la identidad política. Si el CFP, generó un espacio en el que se reconocieron sectores excluidos del sistema político, esto tuvo un acento regional inicial, para traducirse luego en una expresión nacional, aunque con un escaso electorado en la sierra durante los años sesenta.

4. El populismo de Abdalá Bucaram

El marco de la política ecuatoriana reciente, se halla dado por la reforma política de 1978, cuando se elaboró una nueva Constitución política del Estado junto a una ley de partidos. Para lo que aquí interesa, se definió la elección del Presidente de la República en dos vueltas

---

33 Rafael Guerrero, *Regionalismo y democracia social en los orígenes del "CFP"*, CAAP, Quito, 1994. Un movimiento político regionalista italiano, la Liga del Norte ha sido reconocido como populismo por su apelación genérica a una identidad de pueblo, una región específica, oposición al Estado y al sistema de partidos. Ver: Cesáreo Aguilera de Prat, *El cambio político en Italia y la Liga Norte*, CIS, Madrid, 1999, pp. 140-143.

34 John D. Martz,"La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y el CFP, 1948-1960", pp. 338-339.

electorales, junto con un parlamento unicameral basado en la representación proporcional. Este podía ser renovado en elecciones de medio período que frecuentemente terminaban en la representación minoritaria del partido o la coalición gobernante. Al otorgarse la ciudadanía a los mayores de 18 años y los analfabetos, se levantaron las últimas restricciones a la participación electoral, dando lugar a una tardía incorporación del voto rural a los indígenas, algo que coincidía también con el fin de las políticas agrarias dirigidas a la reestructuración de la propiedad. La Constitución de 1978, terminó por reconocer el papel rector e interventor del Estado, tal como había sido consolidado por los gobiernos militares de los años setenta. El régimen de partidos, que acompañó a este diseño constitucional, buscaba limitar la intervención de los gremios en la política, así como también reducir el espacio de acción de los liderazgos populistas. Específicamente, se impidió que Asaad Bucaram, el caudillo del CFP fuera designado como candidato presidencial. De ese modo, fue nominado Jaime Roldós como candidato presidencial de la alianza CFP-Democracia Popular.

Las elecciones de 1979 se realizaron en el marco de la nueva ley de partidos que estableció el monopolio de representación en los partidos, buscando eliminar a aquellos minoritarios, debilitar las opciones de derecha y fortalecer los partidos de centro. Aunque en principio, la ley de partidos tuvo un efecto positivo de racionalización, pronto se mostraría que debajo de un armaje moderno se hallaban contenidos tradicionales. Dice Conaghan:

"Los aspectos más positivos tuvieron que ver con una racionalización de un sistema de partidos ya existente por medios jurídicos. Las nuevas normas no eliminaron la fragmentación de los partidos y sus debilidades organizativas. En vez de ello, la ley inspiró nuevas adaptaciones de individuos y partidos ya acostumbrados a operar según la lógica de un sistema de partidos débil. La resolución que exigía la afiliación de los candidatos a un partido esencialmente forzó a los personajes con ambiciones políticas a entablar asociaciones artificiales con los partidos. Creó un estrato de políticos, prácticamente en todos los partidos, que tenían escasos vínculos afectivos e ideológicos con la organi-

zación. Esta falta de vínculos sentó las bases para lo que dio en llamarse "cambio de camisetas": la deserción de los parlamentarios de sus partidos y su afiliación a otros partidos o su asunción de un estatus "independiente".[35]

En el fragmentado espectro de los partidos políticos ecuatorianos hay una base regional o local desde la que estos se organizan. Conaghan anota que la polarización ideológica es débil y que los partidos carecen de nexos con una base social específica, a excepción de los partidos de izquierda.

En 1979 Roldós fue electo en la segunda vuelta electoral, tras derrotar contundentemente a Sixto Durán Ballen con el 64. 8% de los votos contra el 31.5 % de su contendor. El reestreno de la democracia ecuatoriana, reimplantaba un personaje populista, que sin embargo se hallaba condicionado por un marco de alianzas políticas de naturaleza tecnocrática. Esto obviamente entró rápidamente en colisión con el líder histórico del CFP, Asaad Bucaram, quien controlaba el Parlamento.[36] La muerte de Jaime Roldós en 1981, permitió el acceso al poder de

35 Catherine Conaghan,"Partidos débiles, políticos "indecisos" y tensión institucional: el presidencialismo en Ecuador, 1979-1988", en Juan Linz y Arturo Valenzuela (comps.), *Las crisis del presidencialismo 2. El caso de Latinoamérica*, Alianza Universidad, Madrid, 1998, p. 268.
De acuerdo con Linz, en el acto electoral de elegir un presidente y legisladores simultáneamente, se halla uno de los problemas centrales del presidencialismo, puesto que se da al ejecutivo atribuciones para gobernar en exclusividad, mientras se produce un parlamento en el que el partido de gobierno se halla en minoría. En esta "legitimidad dual", se halla la cuestión de "que ningún principio democrático puede decidir quién representa la voluntad popular en principio. "Cfr. Juan Linz, "Democracia presidencial o parlamentaria:¿Qué diferencia implica?", en J.Linz y A.Valenzuela (eds.), *Las crisis del presidencialismo. Perspectivas comparadas*, vol. 1., Alianza Editoral, Madrid, 1997, p. 35. Más en el caso que nos ocupa, Jaime Roldós y Asaad Bucaram eran del mismo partido. Adicionalmente parientes políticos, ya que Roldós estaba casado con una sobrina de Bucaram. Esta confrontación entre la coalición gobernante y el partido mayoritario en el Parlamento, respondía también a la presencia de una generación de relevo en el CFP junto a la autoridad patriarcal de Asaad Bucaram.

Osvaldo Hurtado, quien era el vicepresidente de la república. A Hurtado le correspondió administrar una severa crisis económica e impulsar los primeros planes de estabilización que vinieron con la crisis de la deuda externa en 1982.

Se preveía que los partidos de centro se fortalecerían, o el menos conservarían su influencia en la política ecuatoriana. Pero la crisis abrió el cauce para el regreso de la derecha. Así es como León Febres Cordero llegó al poder en 1984 tras derrotar a Rodrigo Borja el candidato de la Izquierda Democrática. Es en ese año que Abdalá Bucaram (cuñado del fallecido Roldós) es electo Alcalde de Guayaquil con un nuevo partido, el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), surgido parcialmente de un desprendimiento del CFP, aunque centrado en la recuperación de la figura de Roldós.

No obstante, también la derecha política se impregnó de un discurso populista. Así, León Febres Cordero hizo su campaña electoral con una oferta condensada en la fórmula "Pan, Techo y Empleo". Ya en el gobierno, Febres Cordero intentó también llevar adelante políticas de ajuste, sin embargo terminó por incrementar el empleo estatal y generó un alto proceso inflacionario a consecuencia de emisiones monetarias para sostener el gasto público. Durante su gestión que proclamó inicialmente la intención de llevar adelante una reforma neoliberal, ocurrió que los grupos empresariales que le apoyaban se incrustaron de diversas maneras en el Estado, produciéndose un efecto contrario, la estatización del neoliberalismo.[37]

Algunos antecedentes localizados en la trayectoria política de Abdalá Bucaram permiten encontrar claves explicativas de un estilo de hacer política que se fue configurando a lo largo de su vida. Se trata de un estilo enraizado en la tradición populista costeña con un discurso y un modo de acción política.

---

37 César Montúfar, *La reconstrucción neoliberal. Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en el Ecuador 1984-1988*, Abya-Yala/ Universidad Andina, Quito, 2000.

Una primera huella de su pensamiento lo constituyen *"Los Mandamientos de Abdalá"* que fueron publicados en 1979 y practicados cuando ejerció de Intendente de Policía del Guayas. En esos 16 mandamientos tenemos todo un código moral a partir del ejercicio de la autoridad desde ese puesto público. Los ejes que están presentes son la familia, la mujer, problemas de precios y reglas de conducta. Exaltan a la madre y la Virgen María, prohiben orinarse en público e inducen al ahorro y condenan el alcoholismo. Su referencia a la mujer está conectada estrictamente a un tema familiar y religioso: "Respetarás por sobre todas las cosas a la mujer y al niño ecuatoriano. Recuerda que proviene del vientre materno y que la mujer es la más delicada de las flores de la naturaleza. Inspira tu respeto y admiración a la mujer en la imagen de la Virgen María" (Mandamiento 3). Todo este ideario moral se complementaba con principios relativos a la reivindicación regional de Guayaquil y la provincia del Guayas, la necesidad de controlar los precios, la regulación del tiempo libre y de tarifas profesionales, el control de la corrupción y la preservación de la moral familiar.[38] Era una propuesta de moral pública a ser implantada bajo mecanismos coercitivos. Reglas destinadas a producir un orden público sustentado en la moralidad. En estos mandamientos se halla presente una concepción del honor y la decencia desde un enfoque de moral cristiana y principios reglamentarios policiales.

En la campaña para la Alcaldía de Guayaquil en 1984, usó la imagen de Batman y Robin como personajes representantes de la justicia. Batman era Abdalá Bucaram, y Alfredo Adoum, candidato a Prefecto era Robin. Este uso de personajes de historieta y televisión fue solo el comienzo de lo que vino después con el manejo del repertorio de la cultura de masas. La permanencia de fuerzas populistas en Guayaquil plantea importantes preguntas sobre la cultura política de los sectores populares en esta ciudad.

38 "Los Mandamientos de Abdalá", *El Expreso*, 7/9/79, Guayaquil.

FLACSO Biblioteca

Cuando se reflexiona sobre las bases constitutivas del populismo en el Ecuador, se encuentra que hay un conjunto de creencias religiosas anteriores a la participación política de los sujetos populares. Esta tradición religiosa contiene valores y creencias que el populismo incorpora y los maneja en su discurso e imágenes.

Es el modo con el que Abdalá Bucaram fue organizando su acción política recurriendo a elementos que tratan de simbolizar ese tipo de creencias. En la campaña electoral de 1988 incorpora temas religiosos con mucha fuerza, incluso usa imágenes donde aparece crucificado. En esa campaña utilizó también las referencias a "Plástico", una conocida canción de Rubén Blades para tipificar a los oligarcas como hombres y mujeres plásticos.[39] En algún momento se declara aficionado a la música rocolera y se identifica con Barcelona, el equipo de fútbol de mayor arrastre popular, situándose, así, alrededor de grandes polos de aglutinamiento de la vida popular de Guayaquil, ciudad que cuenta con un amplio sector informal, de una multitud de pequeños empresarios y trabajadores por cuenta propia con una mentalidad centrada en la actividad libre y autónoma crea los puentes con el discurso empresarial.

La sociedad guayaquileña tiene una especificidad respecto a otras ciudades, dado el papel de la empresa privada como eje organizador de la sociedad. Así mismo, las clases medias son más dependientes del comercio y la relación con el empleo privado. Esto es diferente a Quito, en donde la estructura social se halla muy influenciada por la ubicación del aparato de Estado y el empleo público, por lo que las clases medias asalariadas y redes organizadas de la población disponen de mayor influencia. Si bien esto debe ser relativizado por el impacto de la vigente retracción del Estado.

La eficacia histórica del populismo en Guayaquil, desde la época de Velasco Ibarra hasta los ejercicios del poder local por Asaad Buca-

39 Esta emblemática canción se encuentra en el LP. *Siembra*, de Rubén Blades y Willie Colón (Fania, 1978)

ram, consiste en haber dado respuesta a las necesidades de vivienda a través de la dotación de terrenos en lo que conllevaría a la formación del suburbio guayaquileño. El conflicto en torno a la apropiación del suelo enfrentaba al liderazgo populista con los terratenientes vinculados a la oligarquía guayaquileña y la Junta de Beneficencia de Guayaquil. Este conflicto por la apropiación del suelo fue importante hasta mediados de la década del ochenta cuando pierde intensidad, trasladándose predominantemente a la dotación de servicios.

Desde su base guayaquileña, el PRE avanzó hacia otras zonas de la sierra y costa captando apoyo electoral. En la costa, su votación se incrementó en ciudades intermedias situadas en zonas de desarrollo capitalista agrario. Así mismo en provincias de la sierra central captó el apoyo de contingentes urbanos y rurales mestizos e indígenas. Los datos disponibles sobre el voto indígena, señalan que entre 1988 y 1996, el voto populista pasó del 11% al 22%, al tiempo que declinaba el voto en favor de la izquierda tradicional en esta población.

El discurso de Abdalá utilizado en la campaña electoral de 1996, recurre a elementos de interpretación histórica sobre la vigencia de la dominación oligárquica en el Ecuador. El eje se halla en la reivindicación del pobre y el pueblo contra la oligarquía. No se debe dejar de constatar las similitudes que tiene este discurso con las ideologías de izquierda. A su modo integró conceptos multiculturales: "... creo en el cholo, en el negro, en el indio."[40]

El componente musical que acompañó a Bucaram sufrió una evolución, siendo hasta cierto punto intrigante el por qué terminó con "Los Iracundos" en 1996. En su niñez y adolescencia fue aficionado a la canción ranchera y a dar serenos.[41] En los años ochenta, manifiesta su afición a la canción rocolera cuando ésta se hallaba en auge. En las elecciones de 1988, Bucaram diseña una canción cantada por el, "El Loco".

40 *Hoy*, 9-2-96.

41 Revista *Cosas*, mayo 1996, Quito.

También utiliza transitoriamente las canciones de José Luis Perales como música de fondo en sus videos del exilio panameño. Al margen de que hayan sido las canciones de "Los Iracundos" con las que habría enamorado a Rosita Pulley, se puede percibir que hay algo de industria de la nostalgia, puesto que el tipo de canción romántica como aquella que interpreta ese conjunto, se mantenía con una pequeña congregación de melómanos, espacios radiales y el contacto periódico de esos músicos uruguayos en sus giras por el Ecuador. Claro que también habían conjuntos nacionales que emulaban a Los Iracundos. Así Bucaram terminó siendo "el loco que ama".

Como no podía ser de otro modo, el discurso de Abdalá se hallaba concentrado en su combate el PSC. Su otro enemigo era la "oligarquía de la sierra", lo que seguramente aludía a la Izquierda Democrática. Por otra parte, efectúa una crítica a los empresarios, que los considera una mafia carente de una actitud de invertir en la esfera productiva, por el contrario dedicada al comercio o la especulación, y también habla de una mafia política. Reivindica a los pequeños empresarios y los informales. Fustigó al sistema bancario y financiero, dejando a salvo a Roberto Isaías (Filanbanco), quien fue calificado de caballero, al igual que Sixto Durán Ballen a quien se refería con respeto.

En esa campaña electoral definitivamente tomó el lugar central el uso de la TV y los mecanismos de marketing político.[42] La televisión

42 . No conozco estudios sobre el impacto de la televisión en los votantes. Los datos disponibles sobre el acceso a aparatos de televisión a mediados de la década de 1990, muestran sorprendentemente que se han incrementado incluso en los hogares tipificados como pobres. Así, el 54% de los hogares pobres tenía TV blanco y negro y un 10% de TV a color. En los hogares no pobres, el 57% tiene TV en blanco y negro, y los hogares no pobres, el 49% de TV a color. Aunque a nivel rural todavía haya un contraste marcado. Por ejemplo, el 45% de hogares rurales pobres disponían de acceso a TV en blanco y negro y solo un 3% acceso a TV a color. Son indicadores que evidencian un incremento de pautas de consumo modernas paralelas a la electrificación del país. Estos datos corresponden a la encuesta de condiciones de vida realizada en 1994. (World Bank, *Ecuador. Poverty Report*, vol. II, Washington, 1995, p. 124).

exige un uso del tiempo en formas muy abreviadas y condensadas. El efecto sobre el discurso político es imponer la brevedad del tiempo, también la transitoriedad del discurso que opera como una imagen visual que quiere producir o generar un imaginario.

Sin embargo, no hay una distancia temporal muy considerable con la época de utilización predominante de las plazas públicas y los recursos retóricos. La gestualidad y el lenguaje político que debía convencer a públicos con los que había un contacto relativamente cercano. Mitines y concentraciones tenían un sentido de balance del arrastre de los candidatos. Los actos públicos en la campaña electoral de Bucaram en la primera vuelta en 1996, condensaron el manejo de los símbolos de oposición a la derecha y a los ricos, dándole un lugar a una mujer, Rosalía Arteaga, la candidata a la vicepresidencia como un factor de racionalidad. El uso de la música, sus bailes en la tarima y su fuerte intercambio y diálogo en los mitines bucaramistas, permitían la identificación del líder con sus seguidores.[43]

El reclutamiento de electores en las grandes ciudades, ha tenido siempre que recurrir a intermediarios que tienen algún tipo de mecanismos de relación y control de la población. La ampliación de la población disponible para votar ha corrido paralela a los mecanismos crecientes de organización y redes informales de captación del voto. Los mecanismos clientelares tienen una larga historia en la política ecuatoriana. Esto también ha sido correlativo a la baja institucionalización de los partidos políticos.[44]

La llegada al poder en 1996 de "La fuerza de los pobres" representaba una articulación de intereses de grupos económicos con secto-

---

43 Carlos de la Torre, *Un solo toque: populismo y cultura política en el Ecuador*, CAAP, Quito, 1996.

44 Cristina Larrea Killinger, "Liderazgo autoritario y violencia urbana: un estudio de caso en Guayaquil", *Ecuador Debate*, N° 39, dic. 1996, pp. 175-199; Gerard Burgwall, *Struggle of the poor: neighborhood organization and clientelistic practice in a Quito squatter settlement*, CEDLA, Amsterdam, 1995.

res populares vinculados a una promesa redistributiva. Específicamente, un segmento del capital de origen árabe, estuvo muy claramente entre los auspiciantes de la candidatura de Bucaram. El desafío dirigido a las fuerzas de derecha y centro se sustentaba en un reavivamiento de las tendencias sociales opuestas al ajuste estructural. Todo ello tampoco implicaba alguna alianza electoral sólida o bases sociales firmes en las que pudiera descansar la acción del gobierno. Bucaram logró el 54% de la votación frente al 46% de la obtenida por Nebot, candidato del PSC.

Conaghan señaló con cautela que el papel del populismo en la política ecuatoriana seguiría vigente.[45] Hay que decir que este razonamiento era relativamente compartido en los círculos académicos, aunque se pensaba que el populismo no tendría sino un peso marginal en el futuro. Lo que ocurrió en los años noventa, fue un declive progresivo de los partidos de centro, junto a un ascenso de la derecha política y el populismo. Tampoco en los años ochenta se podía prever el grado de deterioro de la institucionalidad estatal a la que se llegaría como consecuencia de las políticas de ajuste.

Se puede afirmar entonces que el predominio de una forma regional de hacer política había terminado por imponerse. Esto que he denominado la *costeñización* de la política ecuatoriana significa la supremacía de dos fuerzas partidarias de origen costeño (el PRE y el PSC) en la escena política nacional, producida como consecuencia de la declinación de los partidos de centro izquierda, que no casualmente se fundamentan en bases sociales y electorados serranos[46]. Se trata de una penetración que sin ser todavía mayoritaria en el electorado de la sierra, adquiere un peso específico y dimensiones en ciertos niveles locales. Hay también un hecho demográfico: la mayoría de la población reside ahora en la costa y lo mismo, la mayor proporción del electorado.

---

45 Catherine M. Conaghan, "Partidos débiles, políticos "indecisos" y tensión institucional: el presidencialismo en Ecuador, 1979-1988", 1998, pp.239-281.

46 H. Ibarra, "Las elecciones de 1996 o la costeñización de la política ecuatoriana", *Ecuador Debate,* N° 38, agosto 1996, pp. 23-31.

Por otra parte, la cultura serrana también se ha tornado más permeable a la cultura costeña. En un nivel puramente fenomenológico, determinados aspectos y modismos del habla costeña han sido incorporados al habla serrana. La comida costeña se ha tornado muy popular en la sierra, ídolos populares costeños son bien recibidos en la sierra. Aunque también esto alude a una mayor fluidez interregional.

Esta costeñización es una traducción del ascenso del mercado y el declive del Estado. Puesto que si éste ha representado el predominio de la sierra en la definición de la política ecuatoriana, al reducirse su centralidad, se ha erosionado el esquema político en el que el centro político tenía primacía. El ascenso del mercado, tiene ante todo una concreción claramente regional al haberse concentrado un mayor desarrollo económico en la costa. El hecho de que dos candidatos costeños quedaron como finalistas para aquella segunda vuelta electoral, no proviene solamente del mayor peso de la costa en el electorado, sino de que la forma costeña de hacer política se ha difundido en la sociedad ecuatoriana con el avance del ajuste estructural.

La desinstitucionalización del Estado y la creciente desintegración social, han incidido en la actual situación de pérdida de interés de la población por la política. Sin embargo, la obligatoreidad del voto contrarresta la abstención. Mientras que la presencia directa de grupos económicos o sus representantes en la lucha política expresa el acentuamiento de una tendencia antidemocrática al reducir el espacio de la toma de decisiones políticas. Se consolida un aspecto que ha sido propio de la tradición política ecuatoriana: empresas electorales y líderes que crean un entorno extremadamente personalizado de la acción política. En definitiva, una conducción patrimonial de la política. Como consecuencia surge con mayor nitidez el hecho de que el sistema de partidos que va quedando se torna más "transparente" al reproducir más directamente el control de grupos económicos y de interés.

El arribo de Abdalá Bucaram a la presidencia se hizo sobre la ilusión que implica contar con la legitimidad que otorga el obtener una mayoría absoluta en la segunda vuelta electoral. Puesto que se trata de

una votación que expresa múltiples orígenes y actitudes políticas, sin sólidas alianzas electorales, había una fragilidad real del apoyo. La coalición gobernante se constituyó con el PRE, un entorno de dos pequeños partidos, el Frente Radical Alfarista (FRA) y Acción Popular Revolucionaria Ecuatoriana (APRE), y un movimiento, el MIRA, representado por la figura vicepresidencial de Rosalía Arteaga. Proclamando una ideología de centro izquierda, se habían agregado acuerdos con sectores populares y étnicos organizados, que fueron prontamente quebrados. Así, al crear el Ministerio de Etnias, abrió un frente de confrontación con las organizaciones indígenas. Otro conflicto le enfrentaba a los sindicatos del sector público con las propuestas de privatización. El manejo del presupuesto del Estado, propiciaba una confrontación con los municipios. Finalmente la anunciada convertibilidad monetaria, abría un espectro de oposiciones entre el mundo empresarial y financiero.

El conflicto central al que se enfrentaba Bucaram provenía de la confrontación entre la aplicación de las políticas de ajuste estructural y las ofertas de la campaña electoral pletóricas de promesas redistributivas que habían fortalecido una tendencia de resistencia a las políticas de ajuste. Este conflicto fue el que a la larga le llevo a su caída, aunque mediado por determinaciones morales y simbólicas de oposición a su estilo político.

Los dos soportes de la política bucaramista fueron, por una parte, la propuesta de la convertibilidad monetaria como panacea y pieza maestra en la política económica. Por otro lado, el espectáculo y la representación como formas de sostener un vínculo con las masas. El planteamiento de la convertibilidad era un arma de ataque a las oligarquías, entendiéndose a estas como el sector financiero. En tanto que el espectáculo se dirigía a la creación de nuevos rituales públicos antagónicos a las formas de la cultura ilustrada. Desde un enfoque redistributivo, buscó aceleradamente establecer un programa de vivienda que fue una pieza de su oferta electoral.

La política de Bucaram procesó y capturó diversos aspectos de la vida plebeya guayaquileña sustentada en las prácticas deportivas y culturales que tienen relación con el uso del tiempo libre. Se trata del fútbol y de la música como componentes que impregnan la vida diaria de Guayaquil. Otro de los aspectos de la costeñización de la cultura ecuatoriana, fue el crecimiento de la hinchada del club Barcelona de Guayaquil hacia el resto del país, coincidiendo con el ascenso electoral del PRE y del Partido Socialcristiano. En los años ochenta y noventa la dirección del club fue captada por personajes del PSC.

Que las dirigencias deportivas capitalicen su liderazgo hacia la representación política no es nada nuevo. Los aficionados que se identifican con algún equipo, lo hacen también con sus dirigentes cuando estos circulan hacia la representación política. Son elites "político deportivas". De modo que también la formación de identidades políticas, requiere sustentarse en algo no político como el deporte, constatándose que la dirigencia deportiva es un escalón para llegar a la dirigencia política. De los diputados electos entre 1979 y 1988, el 50% habían tenido la experiencia de ser dirigentes deportivos.[47] Un equipo de fútbol o cualquier otro cargo de representación en el deporte permite a un individuo adiestrarse en la conducción de grupos humanos. Los dirigentes deportivos de nivel más básico son también intermediarios de la acción política en tanto que reclutantes de electores en ámbitos de acción barriales o locales.

En su intento por quitar espacios de control a los socialcristianos, Bucaram asumió la dirección del club Barcelona poco antes de su caída. Su cotidianidad eran actos de representación en los que cantaba y bailaba. La presencia de personajes de la farándula guayaquileña en su circulo personal le daba cierto colorido a su séquito. El mismo Abdalá posiblemente haya estado viviendo un ritual de pasaje que implicaba su conversión de cantante aficionado en la campaña electoral a cantante de show. Algo que viene simultáneamente con su paso de candidato

47 Simón Pachano, *Los diputados. Una elite política*, IEE-CEN, Quito, 1991, p. 135.

presidencial a Presidente. Este proyectarse al firmamento musical mediante el lanzamiento de un CD tuvo como escenario Guayaquil y las fiestas octubrinas. Con una voz ronca y sin la suficiente tonalidad o versatilidad, interpretó las canciones de Los Iracundos y el "rock de la cárcel", en un acto que parecía una hora social en la que se lucía ante sus parientes y su círculo íntimo. Esta frenética adquisición de múltiples roles y funciones de representación: Presidente, cantante, bailarín y dirigente deportivo, se unía a una fuerte convicción megalómana de si mismo y a la exaltación de sus atributos: "tengo talento, soy joven".

Según ha mencionado Javier Ponce, hay una diferencia sustancial con el populismo del CFP, porque ya no existen las masas incondicionales: "El populismo de Abdalá tiene que ganarse la audiencia con el diario sudor de su frente. No hay sustento social permanente."[48]

El predominio del espectáculo en la acción política presidencial, producía una eliminación del tiempo político y este era reemplazado por seudoacontecimientos que encubrían otros actos de gobierno. Una de las características del espectáculo es precisamente instalar una noción de ocio y ruptura con la historia, congelando el tiempo.[49] El copamiento de la escena política con el espectáculo, provocaban un desconcierto constante y malestar en los medios de comunicación. Los medios impresos iniciaron un giro hacia la crítica a las acciones gubernamentales.

Aunque ya existieron signos esporádicos de malestar en los últimos meses de 1996, predominaba un clima de apatía y desmovilización acompañados de sentimientos de miedo y temor. Las medidas de estabilización de enero del 1997, junto a la anunciada convertibilidad, generaron un estado de agitación y manifestaciones de protesta, que culminaría en las movilizaciones del 5 de febrero que concluyeron en el

---

48 Javier Ponce, "Crónica de un sarcasmo en 13 sábados", *¡Que se vaya! Crónica del bucaramato*, Edimpres-Hoy, Quito, 1997, p. 34.

49 Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*, Ed. Pre-Textos, Madrid, 2000, 2ª. Reimp., pp. 133-141.

derrocamiento de Bucaram. En las movilizaciones y demandas presentes en este evento, aparece una notoria mezcla de intereses particulares y sectoriales. Estas demandas parciales junto al general cuestionamento al gobierno, fue la tónica antes y durante la protesta. Desde demandas particulares de grupos campesinos e indígenas, quejas de sectores laborales y empresariales hasta peticiones de gobiernos seccionales que buscaban mayores asignaciones del presupuesto público.

De modo que se juntaron simultáneamente posiciones favorables y contrarias al ajuste estructural, cuestionando el autoritarismo y la corrupción. Las clases altas y medias concentraron su descontento en lo vulgar y grosero de Bucaram. Se hablaba mucho del *honor* y la *dignidad* pisoteadas. Una visión de que los valores de las elites políticas habían sido afectados por la patanería e incultura del PRE. La geografía de los actos de movilización, mostró que su epicentro se hallaba en Quito y las ciudades intermedias de la sierra, mientras que en Guayaquil y otras ciudades costeñas, la movilización anti Bucaram fue bastante menor. Los intentos de Bucaram por lograr movilizaciones populares a su favor en Guayaquil no dieron el resultado esperado.

En las motivaciones que estuvieron en la movilización política dirigida a su derrocamiento, se produjo en los hechos un gran consenso moral en torno a lo que significaban el honor y la "decencia". Valores morales que articularon los discursos que buscaban objetivos contrapuestos. Jorge Enrique Adoum, una figura que marca ciertos ámbitos de la opinión cultural, condenso así un tipo de opiniones anti Bucaram: "Mi problema personal con el gobierno de Bucaram no solo era ético sino estético. Yo no recuerdo momento de mi vida en donde no haya sentido más vergüenza de ser ecuatoriano."[50] En otra parte, Adoum reitera, "Derrocamos un gobierno vergonzoso, asqueroso."[51] El

50 Pablo Salgado, "Jorge Enrique Adoum: 'Tengo urgencia por ver los cambios'", *Vistazo*, 29 de abril 1999, p.59.

51 Entrevista de Jean O'Bryan-Knight a Jorge Enrique Adoum, en *Hispamérica*, N° 79, abril 1998, p. 44.

miedo a la degradación social y el temor a la superioridad de otros, son los elementos constitutivos de la vergüenza como un sentimiento privado consistente en la reprobación de lo que se considera desagradable.[52] Empero, Bucaram es un catalizador de la vergüenza que se transforma en un sentimiento colectivo expresado públicamente. El comunicado de la "Asamblea de Quito" como el organismo ad-hoc constituido en aquellos días para expresar una dirección política, insiste en la grosería, insolencia y desvergüenza del Jefe de Estado:

"El pueblo ecuatoriano está **harto de la insolencia y la grosería** con que el gobierno, desde sus más altas esferas, ofende sistemáticamente a individuos, grupos e instituciones. **Está harto de las acusaciones falsas** que enfila sin responsabilidad alguna contra todos quienes no piensan como él, y del empleo de un lenguaje procaz por parte de Ministros que se ufanan de ese comportamiento y que ofenden a nuestros valores.

El pueblo ecuatoriano está harto de ver cómo el Jefe de Estado desprestigia al país y se enorgullece de hacerlo (...) El pueblo ecuatoriano está **harto de la desvergüenza** con que el Presidente defiende la comisión de actos inmorales así como de la corrupción institucionalizada."[53]

Toda aquella variopinta movilización que combinaba invocaciones y símbolos nacionalistas, demandas concretas sobre política económica, y resentimiento por ofertas incumplidas, se llenó con el lenguaje del honor y la decencia. Valores que reivindicaban los políticos desde la derecha hacia la izquierda. Por ejemplo, Rodrigo Borja –invocando la constitución- situaba el asunto de la destitución de Bucaram como un problema de honor nacional. Recuperando una expresión de Thompson, puede postularse que en la "economía moral" de la movilización

52 Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1987, pp. 499-500.

53 " El pueblo de Quito al país", *El Comercio*, 2/2/1997 (subr. en el original).

para el derrocamiento de Bucaram, hubo una noción legitimizante que permitía articular las más diversas posiciones en principio antagónicas o contradictorias.[54] Este consenso para el restablecimiento del honor y la decencia traducía un ideal de orden social y político que habría estado vulnerado por el bucaramismo.

¿Por qué el honor apareció con tanta fuerza en aquellos días? Una revisión somera del honor como valor social e ideológico permite encontrar unas claves históricas que evidencian la conformación de mentalidades en las que lo moral está presente.

El honor fue uno de los atributos que tenían los estamentos en las sociedades de antiguo régimen. Alude a las marcas de distinción, reconocimiento de jerarquías y linajes familiares. Es un "cemento" cohesivo de una sociedad jerarquizada. En la época colonial, permitió el establecimiento de jerarquías y delimitó a los grupos sociales con barreras muy rígidas.[55] El honor fue un factor de distinción social y cultural, y terminó incorporado a los preceptos jurídicos republicanos.

En tanto el honor supone unos procedimientos para que funcione una sociedad jerarquizada, se hace necesario referirse a las pautas que posibilitan operar al honor. El célebre Manual de Carreño estableció pautas muy precisas para el funcionamiento de un orden jerárquico. Los fundamentos patriarcales de la familia y la sociedad tienen el ideal de un orden donde la moral pública y privada se encuentran teñidas del respeto, la cortesía y la caballerosidad. Y en contrapartida, Carreño penaliza lo vulgar, lo incivilizado y lo inculto.[56] Como se sabe, es-

54 E.P. Thompson, "La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Ed. Crítica, Barcelona, 1979, p. 65.

55 Christian Büschges, "'Las leyes del honor'. Honor y estratificación social en el Distrito de la Audiencia de Quito (siglo XVIII), *Revista de Indias*, vol. LVII, No. 209, 1997, Madrid, pp. 55-83.

56 Manuel Antonio Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, [1854], Ed. Epoca, México D.F., 2000.

te modo de pensar fue decisivo en los procesos de moralización y desarrollo de las buenas costumbres desde la segunda mitad del siglo XIX. En el canon de Carreño respecto al comportamiento en la vida pública, se insiste en la necesidad de la observación de las formas, las jerarquías y la majestad de la autoridad pública, caso contrario, opera la crítica social.

Una referencia de Velasco Ibarra al honor, hace posible reconocer como este se hallaba incorporado a su visión política. En 1953, durante su tercera presidencia, se encontraba en conflicto con el CFP, lo que implicaba constantes fricciones. Para Velasco, el CFP era una forma ruidosa de hacer política que debía ser desterrada para restablecer el honor: "Y nuestra política volverá a sus antiguos cauces en los que, si se produjeron con frecuencia tumultos mortales, en la vida corriente de cada día se salvaron siempre para honor nuestro las normas elementales de la caballerosidad y la decencia."[57] Entonces, el honor se vincula claramente con la decencia. Pero en la prédica de Velasco, también había una identificación de los sectores trabajadores como portadores de valores positivos, tales como la honradez, la aceptación de las diferencias y la moral social.[58] O sea que para Velasco, tan importante como ser honrado, era saber ocupar su correspondiente lugar en la sociedad; y asumía la defensa de los trabajadores a los que se achacaban defectos como la negligencia y el incumplimiento. Estos valores tienen puntos de coincidencia con aquellos defendidos por sectores populares organizados.

El modo en el que determinados sectores populares definieron su relación con la moralidad, se halla en las tradiciones ideológicas de los artesanos y la izquierda que predicaron una ética del trabajo y oposición formal al alcoholismo en los tiempos fundacionales del sindicalismo. El testimonio de un antiguo dirigente laboral, contiene claras

57 "Mensaje del Dr. José María Velasco Ibarra", *La Tierra*, 1/1/1953.

58 María Cristina Cárdenas, *Velasco Ibarra: ideología, poder y democracia*, CEN, Quito, 1991.

alusiones a la honradez, el honor y la dignidad como valores y atributos que regulan los actos personales y los vínculos con la sociedad.[59] Unos betuneros en un comunicado público se defienden de acusaciones de carencia de honradez y se autodefinen como "... ciudadanos carentes de riquezas económicas pero honrados y dignos."[60] Si bien, diferentes de las definiciones de honor de las elites, son valores centrados en la honradez y la dignidad. Existía por tanto una moral popular que estaba distante de la decencia como atributo. Sería absurdo sostener que estos valores se han mantenido inmutables, aunque si se puede afirmar que se han propagado en la sociedad los valores del éxito, la competencia y la superación personal que conviven con las barreras y jerarquizaciones. Sobre todo, el éxito, resulta más importante e instrumental que la honradez y la dignidad.

Sin embargo, el honor adquiere el carácter de un atributo colectivo en los símbolos patrios y la nación. La definición tradicional de la nación, convocaba también a otros valores conexos. De allí que en la caída de Bucaram se invocó al honor nacional, y más ampliamente a valores morales que debían ser restaurados: "la dignidad, la democracia, la ética, la moral, la honradez, la tolerancia, la buena fe, la gentileza, la paz, el respeto de sexos (...)".[61] La presencia del tricolor nacional con un crespón negro representaba al honor nacional ofendido. Y hay que recordar que se hallaba fresco el "espíritu" del Alto Cenepa que precisamente lo había reivindicado, al situar en un punto alto a una de las instituciones portadoras del honor.

Así que el aparecimiento de estos valores morales principalmente evocados por las elites, plantea la persistencia de elementos residua-

59 José Ignacio Guzmán, *Páginas del libro de mi vida*, Facultad de Ciencias Económicas, U. de Guayaquil, 1978, pp. 20-23. Para una revisión parcial de los valores y orientaciones ideológicas de los sectores artesanales en las primeras décadas del siglo XX, ver: H. Ibarra, "Los orígenes sociales y étnicos de las clases populares", *Memoria*, No. 5, 1995, Quito, pp. 237-248.

60 "Sociedad de Betuneros defiende a sus asociados", *La Tierra*, 21/6/1953.

61 *El Comercio*, 2/2/1997.

les en la cultura política de éstas. Lo residual consiste en la presencia de aspectos del pasado en el presente, pero con una configuración específica en las ideologías dominantes.[62] Esto significa que en la ideología pública de la protesta, se evidenciaron valores de naturaleza tradicional. Lo que tampoco implica que todos los actores movilizados compartieran estas orientaciones morales. La impugnación de las organizaciones de mujeres, apuntaban a una crítica de la masculinidad tosca de Bucaram, mientras que la Asamblea de Cuenca sostenía una reivindicación regional desde la noción de sociedad civil. En fin, sectores laborales e indígenas exhibían sus propias motivaciones.

Bucaram emergió como alguien que estaba quebrando los escenarios políticos tradicionales, y atentaba contra la figura presidencial *qua* representación simbólica. En efecto, siempre los procesos de deslegitimación que conducen a golpes de Estado, traen consigo un cuestionamiento del representante del ejecutivo cuando se aleja de las normas y las reglas que supone su rol de representación de la autoridad política y la nación. La representación simbólica que encarna un Jefe de Estado, se basa en las creencias de los electores sobre lo que el representa como artífice de símbolos y en un liderazgo eficaz.[63] Pero con la política espectáculo, Bucaram rompía con el imaginario simbólico de la figura presidencial, que en cualquiera de sus expresiones, implicaba el respeto a las formas y ceremonias del poder. Si esto exacerbaba el malestar de la clase política, la convertibilidad agitaba al mundo empresarial.

El orden que estaba en construcción, tenía un sustento en una estructura de poder paralela a la institucionalidad formal, que funcionaba como una maquinaria de administración política y recolección de fondos mediante prácticas corruptas. Los mecanismos informales de

62 Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Ed. Península, Barcelona, 1980, pp. 144-145.

63 Hanna Pitkin, *El concepto de representación*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985, pp. 115-117.

poder se habían instalado en la institucionalidad formal de la política y el Estado. Esta situación, se acerca a aquella que Evans define como Estado "predatorio". Un tipo de configuración estatal que tiene como eje promover la riqueza de un pequeño grupo de privilegiados. La orientación hacia la renta, es una característica histórica del Estado, porque este es visto como una fuente de riqueza que puede ser utilizada por quienes toman el control del aparato estatal. Pero esta característica se halla exacerbada en los estados "predatorios".[64] Precisamente en el período de las reformas neoliberales es cuando han aparecido con mucha intensidad las prácticas predatorias en América Latina.

La capacidad del Estado ecuatoriano para armonizar un componente tecnocrático y administrativo con formas de dominación tradicional fue la clave de la política inaugurada en 1979. Esto se ha traducido en la existencia de estilos patrimonialistas de gobierno. De este modo, la armazón formal del Estado y el sistema político, recubrían un contenido social y político tradicional. El gobierno de Bucaram planteaba una exacerbación de los estilos patrimonialistas y excluyentes. A más de que provocaba una aguda desinstitucionalización de la política y el Estado. Pero con esto no hizo sino continuar lo realizado por el gobierno de la derecha que le precedió. En efecto, en el gobierno de Sixto Durán (1992-1996), se evidenciaron relaciones de poder patrimoniales en el Estado, serias distorsiones en el gasto público, deterioro de los niveles profesionales de la burocracia pública y debilitamiento de los sistemas de control e información.[65] Es un Estado erosionado en su organicidad y su capacidad técnica y política, pero que sigue teniendo una relativa centralidad. Esto se acerca a aquella observación de O'Donnell sobre el deterioro de la institucionalidad que da origen a amplios espacios de privatización del poder y pérdida de legitimidad del Estado.[66]

---

64 Peter Evans,"El Estado como problema y como solución", *Desarrollo Económico*,vol.35, No 140, 1996, Buenos Aires, pp. 536-537.

65 Milton Maya, "Reducir el Estado: para qué y para quién?", *Ecuador Debate*, N° 39, dic. 1996, pp. 18 y 23.

66 Guillermo O'Donnell, "Estado, democratización y ciudadanía", *Nueva Sociedad*, No. 128, noviembre-diciembre 1993, Caracas, pp. 62-87.

FLACSO - Biblioteca

Entre toda aquella heterogénea gama de actores involucrados en el derrocamiento de Bucaram, algunos terminaron por invocar a la sociedad civil como la figura aglutinante condensadora de lo social y opuesta al Estado. Si se recuerda las situaciones de transición desde las dictaduras a la democracia en el cono sur, la invocación a la sociedad civil, permitía articular el espacio social y político ante el Estado. Fue parte de una resistencia y de la creación de un lenguaje político que tiene un contenido antiestatista y reivindicador de lo social, en circunstancias de baja actividad de los partidos políticos. En el Ecuador, la invocación a la sociedad civil propuesta por ONGs, grupos profesionales e instituciones educativas, definía un espacio separado de los partidos políticos y era una nueva manera de canalizar la representación política por fuera de los partidos.

Siguiendo el razonamiento de Lipset, se requiere construir legitimidad y eficacia del sistema político para que este tenga estabilidad. La legitimidad remite a la capacidad del sistema para generar creencias en la validez de sus instituciones. La eficacia alude a la capacidad de acción y respuesta del sistema político a las demandas y presiones de los grupos e intereses de la sociedad. Mientras la legitimidad es valorativa, la eficacia es instrumental. Por ello la combinación de legitimidad y eficacia produce sistemas políticos estables.[67] La eficacia del sistema se traduce en su legitimidad. En las transiciones de un sistema social a otro se producen crisis de legitimidad. Esto se halla motivado por las divisiones sociales y las orientaciones de los grupos.[68] Ahora bien, lo que ocurría era una erosión de la institucionalidad estatal que se arrastraba desde los años ochenta con una deslegitimación del Estado al declinar agudamente su capacidad de realizar políticas sociales. Los avances y frenos a las políticas de ajuste por lo que se requerían reiteradas políticas de estabilización en su aplicación concreta, fracasaban en con-

67 Seymour Lipset, "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política", [1959], et.al., *Diez Textos básicos de Ciencia Política*, Ed. Ariel, Barcelona, 1992, p. 134.

68 Ibíd., p. 131.

trolar los déficit fiscales, al producirse un descontrol del gasto público en los ciclos electorales.

Una opinión anterior al ascenso de Bucaram al poder, mencionaba que su estilo populista ponía en peligro las formas institucionales surgidas de la reforma política de 1979, al cuestionar la rigidez de las formas estatales y la estructuración de la escena política. El bullicio del mercado y la feria transportados a la política contrastaban con la solemnidad de las instituciones.[69]

5. La persistencia del populismo en el Ecuador

A la controversia sobre el populismo como concepto explicativo de modos y formas de acción política, se ha adicionado la incorporación del término para tipificar las políticas económicas de expansión del gasto público[70], independientemente de la época histórica. También en los años noventa, emerge el debate sobre el neopopulismo, centrado en los casos de Menem y Fujimori. El neopopulismo, implicaría una nueva manera de explicar los liderazgos políticos en condiciones de retracción del Estado y una acentuada informalización de la sociedad.[71]

A diferencia de las discusiones sobre el populismo en Argentina y Brasil, en las cuales ha ocupado un lugar central el rol de las clases populares y más específicamente de la clase obrera, en el Ecuador el tema no se presenta de ese modo, dado que se trató de una sociedad predominantemente rural hasta hace poco tiempo, a más de un tardío proceso de industrialización que se truncó con la crisis de los años ochenta. Por otra parte, un Estado populista con rasgos muy específicos en Ar-

---

69 Alejandro Moreano, "Las diversas lecturas del populismo y su función política", et.al., *Populismo*, Abya-Yala- El Duende- ILDIS, Quito, 1992, pp. 111-112.

70 Rudiger Durnbush y Sebastían Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, FCE, México D.F., 1992.

71 Kurt Weyland, "Neopopulismo y neoliberalismo en América Latina: afinidades inesperadas", *Pretextos*, No 10, 1997, Lima, pp. 7-41.

gentina y Brasil estuvo ausente en el Ecuador. Habría en el futuro que dirigir la mirada hacia el gaitanismo colombiano y al aprismo peruano para efectuar comparaciones que pueden ser muy pertinentes.

Uno de los ingredientes de la prédica velasquista fue la intervención del Estado, pero esto tenía antecedentes y posturas compartidas por otros actores sociales y políticos. En primer lugar, hay que mencionar al liberalismo, por haber sido una ideología que impactó en otras corrientes políticas. En su base doctrinaria, incluyó temas relativos a una mayor intervención del Estado y la justicia social, por lo menos desde 1923, cuando se puede fechar una redefinición moderna del partido liberal. De manera que el liberalismo, situó al Estado como un actor central de la vida social. Así mismo, el Partido Socialista desde su fundación en 1926, introduce el rol del Estado como un eje de la constitución de la sociedad, siguiendo de muy cerca las formulaciones efectuadas por la ideología liberal. A tal punto el Estado se convierte en un tema dominante, que un político conservador aristocrático, Jacinto Jijón y Caamaño en sus propuestas políticas y su gestión de Alcalde de Quito a fines de la década del cuarenta, incorpora una versión de Estado benefactor a nivel local. Todo esto alude a la centralidad que adquirió lo estatal en la sociedad ecuatoriana como actor definidor de la acción política. Comparativamente, desde los años treinta hay en Argentina (como en otros países de América Latina) un "clima de ideas" relativo a la intervención del Estado y la justicia social que es compartido por diversas fuerzas políticas.[72]

La presencia del populismo en la política ecuatoriana desde el velasquismo hasta el populismo de Abdalá Bucaram, alude a circunstancias diversas. El velasquismo, fue en sus inicios producto de la crisis social de los años treinta cuando se procesaba un deterioro de las formas tradicionales de dominación en momentos del ascenso del Estado en su papel frente a la sociedad, contemporáneamente a un renovado papel de la sierra como factor regional de poder luego de la crisis ca-

72 Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ed. Ariel, Buenos Aires, 1994, p. 43.

caotera de los años veinte. Acompañó contradictoriamente los procesos de modernización social y política, específicamente la etapa de implantación del Estado desarrollista después de 1950. Mientras que el populismo de Bucaram se hace presente en una fase de ascenso regional de la costa y un acentuado declive del Estado desarrollista y modificaciones de la representación política.[73] Velasco Ibarra representó una opción política en medio de una polarización liberal conservadora, cuando habían restricciones a la participación electoral. Bucaram construye la representación política de un amplio espectro de sectores sociales, aunque en una época de ampliación de la participación electoral y una polarización entre centro izquierda y derecha, que justamente se halla delimitada por la intervención del Estado.

Sin duda existe un agudo problema de la representación, puesto que hay un desfase entre la representación social y la representación política. La representación popular y social disponen de canales corporativos, y los partidos políticos tienen el monopolio de la representación de los ciudadanos, sin que haya una fluidez entre los actores sociales y los actores políticos. La incrementada heterogeneidad social y cultural, abre un espacio para demandas multiculturales junto a una creciente apatía política. Un estudio de David Lehmann sobre la mentalidad que se ha incubado en los sectores populares urbanos, muestra una población apática ante los políticos, deseosa de ascender socialmente utilizando canales individuales, e indiferente ante la corrupción.[74] Por otra parte, el comportamiento electoral ha evidenciado una deslegitimación del sistema político con el incremento de la abstención y el voto nulo en algunas contiendas electorales.

---

73 El detallado estudio de Flavia Freidenberg sobre el liderazgo de Abdalá Bucaram y la construcción política del PRE, aporta notablemente a un nuevo conocimiento. Ver: *Jama, caleta y camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y el PRE para ganar las elecciones*, UASB/CEN, Quito, 2003.

74 David Lehmann, *Modernidad y soledad: aspectos de la cultura popular en Quito y Guadalajara*, PREALC, Documento de Trabajo No. 355, Santiago de Chile, 1990.

La solución populista ha estado presente definiendo varios sentidos en la historia política contemporánea. Entre 1930 y 1970, acompaña la ampliación de la participación política con el ascenso de la intervención estatal en la sociedad. A mediados del siglo XX se expresa como un fenómeno regional que cuestiona la legitimidad del Estado central y constituye liderazgos políticos locales. Después de 1980, evidencia una crisis de representación política que acompaña a una deslegitimación del Estado y el sistema político.

Bibliografía

Aguilera de Prat, Cesáreo
1999 *El cambio político en Italia y la Liga Norte*, CIS, Madrid.

Albornoz, Miguel
1988 *Galo Plaza ecuatoriano universal*, CCE, Quito.

Alvarez Junco, José
1994 "El populismo como problema", en J. Alvarez Junco y R. González, *El populismo en España y América*, Ed. Catriel, Madrid, pp. 11-38.

Bucaram, Abdalá
1979 "Los Mandamientos de Abdalá", *El Expreso*, Guayaquil.

Büschges, Christian
1997 "'Las leyes del honor'. Honor y estratificación social en el Distrito de la Audiencia de Quito (siglo XVIII), *Revista de Indias*, vol. LVII, No. 209, Madrid, pp. 55-83.

Burbano, Felipe y Carlos de la Torre (eds.)
1989 *El populismo en el Ecuador. Antología de textos*, ILDIS, Quito.

Burgwall, Gerard
1995 *Struggle of the poor: neighborhood organization and clientelistic practice in a Quito squatter settlement*, CEDLA, Amsterdam.

Cárdenas, María Cristina
1991 *Velasco Ibarra: ideología, poder y democracia*, CEN, Quito.

Carreño, Manuel Antonio
2000 *Manual de urbanidad y buenas maneras*, [1854], Ed. Epoca, México D.F. *Comentarios Políticos del Momento*, 1949-1952, Guayaquil.

Conaghan, Catherine M.
1998 "Partidos débiles, políticos "indecisos" y tensión institucional: el presidencialismo en Ecuador, 1979-1988", en Juan Linz y Arturo Valenzuela (comps.), *Las crisis del presidencialismo 2. El caso de Latinoamérica*, Alianza Universidad, Madrid, pp.239-281.

Cueva Agustín
1979 *El proceso de dominación política en el Ecuador*, [1972], Casa de las Américas, La Habana.

Debord, Guy
2000 *La sociedad del espectáculo*, Ed. Pre-Textos, Madrid, 2ª. Reimp

De la Torre, Carlos
1994 *La seducción velasquista*, Ed. Libri-Mundi, Quito.

De la Torre, Carlos
1996 *Un solo toque: populismo y cultura política en el Ecuador*, CAAP, Quito.

Di Tella, Torcuato
1975 "Populismo y reformismo", en O. Ianni (ed.), *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*, Ed. ERA, México D.F.

Durnbush, Rudiger y Sebastian Edwards (comps.)
1992 *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, FCE, México D.F.

Elias, Norbert
1987 *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.

Evans, Peter
1996 "El Estado como problema y como solución", *Desarrollo Económico*, vol.35, No 140,0, Buenos Aires, pp. 529-562.

Fauroux, Emmanuel
1988 *Le pouvoir a Loja au xxè siecle: Une oligarchie fonciere face a la montee des contre-pouvoirs*, These pour le Doctorat de Troisieme Cycle, Universite des Sciences Sociales, Tolouse I.

Freindemberg, Flavia
2003 *Jama, caleta y camello. Las estrategias de Abdalá Bucaram y el PRE para ganar las elecciones*, UASB/CEN, Quito..

Germani, Gino
1962 *Política y sociedad en una época de transición*, Ed. Paidós, Buenos Aires.

Guzmán, José Ignacio
1978 *Páginas del libro de mi vida*, Facultad de Ciencias Económicas, U. de Guayaquil.

Ianni, Octavio
1975 *La formación del Estado populista en América Latina*, Ed. ERA, México D.F.

Ibarra, Hernán
1995 "Los orígenes sociales y étnicos de las clases populares", *Memoria*, No. 5, Quito, pp. 237-248.

Ibarra, Hernán
1996 "Las elecciones de 1996 o la costeñización de la política ecuatoriana", *Ecuador Debate*, N° 38, agosto, pp. 23-31.

Ibarra, Hernán
1997 "La caída de Bucaram y el incierto camino de la reforma política", *Ecuador Debate*, N° 40, abril, Quito, pp. 21-33.

Ibarra, Hernán
2002 "Orígenes y decadencia del gamonalismo en la sierra ecuatoriana", *Anuario de Estudios Americanos*, Vol. LIX, No. 2, Sevilla, pp. 491-510.

Laclau, Ernesto
1978 *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo XXI, Madrid.

Larrea Killinger, Cristina
1996 "Liderazgo autoritario y violencia urbana: un estudio de caso en Guayaquil", *Ecuador Debate*, N° 39, dic., pp. 175-199.

Lehmann, David
1990 *Modernidad y soledad: aspectos de la cultura popular en Quito y Guadalajara*, PREALC, Documento de Trabajo No. 355, Santiago de Chile.

Linz, Juan
1997 "Democracia presidencial o parlamentaria:¿Qué diferencia implica?", en J.Linz y A.Valenzuela (eds.), *Las crisis del presidencialismo. Perspectivas comparadas*, vol. 1., Alianza Editoral, Madrid.

Lipset, Seymour
1992 "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política",[1959], et.al., *Diez Textos básicos de Ciencia Política*, Ed. Ariel, Barcelona, pp. 113-150.

Maiguashca, Juan y Lisa North
1991 "Orígenes y significados del Velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972", en R. Quintero (ed.), *La cuestión regional y el poder*, Corporación Editora Nacional, Quito.

Menéndez-Carrión, Amparo
1986 *La conquista del voto en el Ecuador: de Velasco a Roldós*, Corporación Editora Nacional, Quito. Mensaje del Dr. José María Velasco Ibarra, *La Tierra*, 1/1/1953.

Montúfar, César
2000 *La reconstrucción neoliberal. Febres Cordero o la estatización del neoliberalismo en el Ecuador 1984-1988*, Abya-Yala/ Universidad Andina, Quito.

Moreano, Alejandro
1992 "Las diversas lecturas del populismo y su función política", et.al., *Populismo*, Abya-Yala- El Duende- ILDIS, Quito.

Neiburg, Federico
1995 "Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 34, N° 136, B. Aires, pp. 533-555.

O' Donnell, Guillermo
1993 "Estado, democratización y ciudadanía", *Nueva Sociedad*, No. 128, noviembre-diciembre, Caracas, pp. 62-87.

Pachano, Simón
1991 *Los Diputados. Estudio de una elite política*, Corp. Ed. Nacional/IEE, Quito.

Pitkin, Hanna
1985 *El concepto de representación*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.

Plotkin, Mariano
1994 *Mañana es San Perón*, Ed. Ariel, Buenos Aires.

Quintero, Rafael
1980 *El mito del populismo en el Ecuador*, FLACSO, Quito.

Sigal Silvia y Eliseo Verón
1986 *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Ed. Legasa, Buenos Aires.

Stedman Jones, Gareth
1989 *Languages of class. Studies in English working class history 1832-1982*, Cambridge University Press, Oxford, (reprint).

Thompson, E.P.
1979 "La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Ed. Crítica, Barcelona, pp. 62-134.

Touraine, Alain
1989 *América Latina. Política y sociedad*, Espasa-Calpe, Madrid.

Varios Autores
1997 *¡Que se vaya! Crónica del bucaramato*, Edimpres-Hoy, Quito.

Velasco Ibarra, José María
1973 *Obras Completas. T. III. Estudios Varios*, Ediciones Lexigrama, Quito.

Vilas, Carlos
1988 "El populismo latinoamericano: un enfoque estructural", *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 111, oct.-dic., Buenos Aires, pp. 323-352.

Weber Max
1993 *Economía y sociedad*, [1922], FCE, Madrid, 10a. reimp.

Weffort, Francisco
1976 "Clases populares y desarrollo social", et.al. *Populismo, marginalización y dependencia*, EDUCA, San José, 2a.ed.

Weyland, Kurt
1997 "Neopopulismo y neoliberalismo en América Latina: afinidades inesperadas", *Pretextos*, No 10, Lima, pp. 7-41.

Williams, Raymond
1980 *Marxismo y literatura*, Ed. Península, Barcelona.

World Bank
1995 *Ecuador. Poverty Report*, vol. II, Washington.